

no 1

CUADERNOS de MADRID



REVISTA
de la
DELEGACION DE PROPAGANDA
y la
ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS
MADRID

1939
Ayuntamiento de Madrid

CUADERNOS DE MADRID

REVISTA DE LA DELEGACION DE PROPAGANDA Y LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS

COMITE INTERNACIONAL DE HONOR

ROMAIN ROLLAND. ANDRÉ MALRAUX. LOUIS ARAGÓN. HEIN-
RICH MANN. LUDWIG RENN. ERNEST TOLLER. GUSTAVO
REGLER. TEODORO DREISSER. E. HEMINGWAY. MIGUEL
KOLZOV. ALEXIS TOLSTOI. SELMA LAGERLOFF. ANDERSON
NEXÖE. RABINDRANATH TAGORE. PABLO NERUDA. JUAN
MARINELLO. RAUL G. TUÑÓN. DAVID ALFARO SIQUEIROS.
CARLOS PELLICER. ANTONIO MACHADO. JOSÉ BERGAMÍN.
JAIME CORTEÇAO. STEPHEN SPENDER. ALDOUS HUXLEY.
G. FERRERO.

REDACCIÓN

MIGUEL SAN ANDRÉS. DOCTOR JOSÉ ESTELLES. RAFAEL ALBERTI.
JESÚS G. LEOZ. SANTIAGO ONTAÑÓN. ARTURO RUIZ-CASTILLO. GA-
BRIEL ABREU. ANGEL FERRANT. ANTONIO APARICIO. ROSARIO DEL
OLMO. EMILIO DELGADO. JOSÉ MIRANDA. ALBERTO MARÍN ALCALDE.
PABLO DE LA FUENTE.

Secretaria: MARÍA TERESA LEÓN.

Administración: ANGEL MARTÍNEZ CARMONA.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Marqués del Duero, 7

Ayuntamiento de Madrid

La

ALIANZA

de

INTELECTUALES

ANTIFASCISTAS

sigue en su puesto

junto al

GOBIERNO DE

UNIÓN NACIONAL

En el momento de terminarse de imprimir nuestra revista llega la carta, que reproducimos, del poeta francés Luis de Aragón. Amigo entrañable, sincero, son sus palabras un estímulo magnífico. No vienen a aumentar nuestra fe, si no a confirmarnos en nuestra razón y nuestra esperanza.

Abrazamos sobre las fronteras que el fascismo ha abierto entre los franceses leales, escritores hermanos y nosotros, a los camaradas ausentes, a quienes pronto abrazaremos.

«París, 10 de febrero de 1939.

Querido Rafael, querida María Teresa:

Os escribo apresuradamente esta carta para que sepáis noticias mías. Ya habréis recibido mis telegramas; por tanto, tenéis noticias de cuales de nuestros amigos han podido pasar a Francia. He de deciros que la emoción aquí es muy grande, y que todos los hombres dignos de ese nombre, todos los franceses que no llevan un portamonedas en el lugar del cerebro, sufren la desgracia de las armas republicanas en Cataluña, la sienten como una vergüenza para ellos, como un crimen de nuestro Gobierno.

Voy a incluirte en esta carta un artículo aparecido en «Regards», donde hablo del telegrama que me enviasteis pidiéndome la obra de Caryl Capek. Trabajo todo lo que puedo por España. La semana pasada la pasé en la frontera haciendo una encuesta sobre las condiciones en que vivían los refugiados. Durante tres semanas sostuve la opinión pública (puedo decirlo así porque he recibido millares de cartas) con los artículos aparecidos en «Ce Soir» sobre el tema de la ayuda a los niños refugiados. Hasta tal punto llevé mi campaña, que M. Bonnet ha hablado contra mí y recogido mis palabras en la tribuna de la Cámara. Gracias a esta campaña hemos asegurado la vida de un millar de niños, que sostienen los lectores de nuestro periódico: «Ce Soir» ha abierto también otra suscripción con los artículos de André Viollis para enviar a la zona Centro un dispensario móvil, habiendo recibido para él más de 200.000 francos. Es necesario que os diga que los acontecimientos de Cataluña no han aminorado la suscripción; por el contrario, todo el mundo comprende que *nuestro deber elemental* es ayudar todo lo que podamos a la España heroica de Madrid, de Valencia, de Extremadura.

Todo esto os lo escribo como para justificar a mi país a mis amigos, a mí mismo. Pensamos en vosotros día y noche. Yo me levanto en medio de la noche para escribiros esto. Es el único momento un poco tranquilo, porque durante el día, además del trabajo abrumador del periódico, hay todas/esas cosas que hace falta hacer de manera urgente para no sentirse cómplice de los monárquicos de la no intervención.

No sé hasta qué ignominia un puñado de hombres podrá todavía arrastrar a Francia; el horror del *oficio* que hacen hacer a su país, ¡será pronto lo suficientemente grande, como para que los franceses logren desembarazarse de ellos? Lo ignoro. Y a esta hora os digo francamente que me resulta muy difícil continuar cumpliendo mi deber aquí y no correr a vuestro lado. Ya sabéis que (no soy un romántico y que pienso que cada uno debe quedarse en el lugar que se le designó, y que es desertar marcharse de él. Sabéis también que siempre he sostenido que un escritor es, ante todo, un escritor, y que un escritor francés era más útil en París que en ninguna parte. Lo sigo pensando; pero lloro de rabia y soporto muy mal la impresión de inutilidad y cobardía que me dan las cosas que hago.

Os digo todas estas cosas mal y al azar. Pero lo que me importa que comprendáis es cuanto os queremos todos y cómo *vuestra* España es el centro de nuestra vida, de nuestro pensamiento, de nuestro corazón. Quiero que sepáis qué CONFIANZA tienen en vosotros millones de franceses, en vuestra España del Centro, reducida, pero no vencida; en vuestra resistencia, en vuestra decisión para la lucha, en vuestra victoria.

Y esto no son palabras. De la tarea formidable que os ha tocado desde hace dos años y medio se dice que es la defensa de toda la Humanidad, del Progreso y de la Libertad. Cuando esto se limita a ser una frase, es bien poca cosa; pero en la vida, en la realidad, *esta poca cosa* tiene mucho de fantástico y de sobrehumano. Nunca ha sido esto más verdadero. Nunca he sentido, hemos sentido, mejor esas frases que gritamos sin descanso desde 1936: Lucháis por nosotros, y resulta increíble que no se os ayude, y además *no podéis ser vencidos*, porque esto sería la derrota de todo el espíritu humano, del mundo entero: la victoria de la barbarie. ¡Qué pobres parecen las palabras cuando se escriben estas cosas! Quiero que retengáis de esta carta, para vosotros y para todos aquellos que os rodean, esta confianza y esta esperanza ilimitada que tenemos en vosotros. Si se presenta la ocasión, yo quisiera que hiciérais saber al General Miaja que su nombre es en Francia el nombre más popular, lo mismo para los intelectuales que para los obreros, y que en los minutos más negros, cuando se dice *Miaja*, se aclaran las frentes, se vuelven las cabezas y se pregunta: ¿Qué ha dicho? Porque cada palabra que viene de él es, creída como la expresión de la verdad triunfante.

Elsa y yo os abrazamos con todo afecto, admiración y esperanza.

ARAGON

U l t i m a h o r a

En el momento de terminarse de imprimir nuestra revista llega la carta, que reproducimos, del poeta francés Luis de Aragón. Amigo entrañable, sincero, son sus palabras un estímulo magnífico. No vienen a aumentar nuestra fe, si no a confirmarnos en nuestra razón y nuestra esperanza.

Abrazamos sobre las fronteras que el fascismo ha abierto entre los franceses leales, escritores hermanos y nosotros, a los camaradas ausentes, a quienes pronto abrazaremos.

nº 1

CUADERNOS de MADRID

SUMARIO

PRESENTACIÓN. — ***: APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA DEL GENERAL MIAJA. *Miaja en los parapetos de la Moncloa*.—José Miranda: EN TORNO A LA DECADENCIA DE ESPAÑA.—Luis Aragón: "LOS GRANDES CEMENTERIOS BAJO LA LUNA", de *Georges Bernanos*.—Germán Bleiberg: AMANECER, *poema dramático en un acto*.—Coronel Ortega: UNA ANÉCDOTA DE GUERRA.—Jorge Theotokas: BYRON Y GRECIA.—Antonio San Miguel y Antonio Camuñas: EL SANEAMIENTO DEL TERRENO EN LA LUCHA ANTIPALÚDICA.—L. Couffignal: UN PUNTO DE VISTA NUEVO EN EL ESTUDIO DE LA MÁQUINA. EL ANÁLISIS MECÁNICO.—Georges Petit: LA PROTECCIÓN DE LA NATURALEZA.

RAFAEL ALBERTI: UNA HISTORIA DE IBIZA

EL MONO AZUL

NUEVA VIDA EN AÑO NUEVO. —Rafael Alberti: LETRILLA DE "EL MONO AZUL".—Arturo Serrano Plaja: CRÓNICA DEL 19 DE JULIO.—René Lalou: IMPORTANCIA DE LAS TRADUCCIONES. Upton Sinclair: CARTA A MIS LECTORES.—Arturo Ruiz Castillo: EL CINE EN LA GUERRA.—César Vallejo: LA RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR.—Antonio Oliver: GUADALQUIVIR HOY FRONTERO. —Santiago Ontañón: FRANCISCO MATEOS Y SU ARTE.—Pablo de la Fuente: VENTANA DE LA LECTURA.—NOTAS.

REVISTA
de la
DELEGACION DE PROPAGANDA
y la
ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS
MADRID

1939 Ayuntamiento de Madrid

PRESENTACION

El mundo se ha cerrado a lo lejos para Madrid. La vida del pensamiento sigue, pero ya no la vemos bien. De cuando en cuando llegan revistas y cartas. Trabajamos desunidos de las preocupaciones universales. Y no queremos que esto siga sucediendo. CUADERNOS DE MADRID se encargará en lo sucesivo de poner al público lector en contacto con su preocupación profesional y, a su vez, publicará los trabajos de investigación y creación que Madrid sigue produciendo.

Hace ya más de dos años que los escritores españoles, cerrando sus oídos al llamamiento interior de la vocación, escucharon el estrangulado grito de su sangre pisoteada y salieron de sí para publicar, unificando su voz, la verdad española contra viento y marea.

Madrid se defendió también con palabras y con letra escrita. La Puerta de Toledo sirve de pórtico a estos CUADERNOS. Llena de sacos, cegada de resplandores por las armas que atacan, abrirá paso a la ciudad reposada del trabajo. Desde aquí seguiremos la gloria y tristezas del resto del mundo. Agradecemos a los ilustres hombres que nos presiden sus cartas llenas de ardorosa esperanza. Sí; afirmamos que el fascismo, que ha hecho suicidarse a los treinta y dos años a Atila Jozsef, poeta checo de lengua húngara, y hecho ahorcarse en el campo de concentración de Oranienburg a Eric Mühsam y mata diariamente la flor de España y la tradición sabia y maravillosa en el corazón de nuestros soldados y campesinos, nunca dominará el pensamiento libre de los intelectuales de España. Además, la historia de todo este magnífico movimiento de vida y amor a la Ciencia y a las Artes; este fenómeno de buscarnos íntimamente en la sabiduría—desde el analfabeto hasta el investigador—, será, en el futuro, la mayor belleza que dé el recuento de la cultura de los hombres, porque esa historia, como dice Thomas Mann, no será nunca pluma fascista quien la escriba.

MIAJA EN LOS PARAPETOS DE LA MONCLOA

Se hace preciso ir personalmente al frente de la Ciudad Universitaria para poder observar la situación del enemigo, ya que los informes que se reciben son tan confusos que no puede saberse la verdad de cuanto ha ocurrido la noche anterior al 17 de noviembre ni de lo que está sucediendo esta mañana de dicho día. Las fuerzas facciosas han llegado hasta lugares próximos a la plaza de la Moncloa, donde está el edificio de la Cárcel Modelo. Miaja decide ir personalmente para ver sobre el terreno cuál es la posición del enemigo en la parte más cercana a las calles de Madrid. Son las once, aproximadamente, cuando, acompañado de Rojo, como jefe del Estado Mayor, y de Pérez Martínez y López, sale en automóvil hasta la zona Noroeste de Madrid. El coche va precedido de dos motocicletas que le abren paso y detrás lleva otro con los agentes que constituyen la escolta. Al pasar por la Avenida de Pi y Margall, donde está situado el edificio de la Telefónica, los aviones enemigos vuelan sobre la capital, sin que las escasas ametralladoras antiaéreas de que se dispone sean suficientes para inquietarles. El público se refugia en los portales, y los aviones de bombardeo recorren tranquilamente varios puntos de la capital buscando el lugar donde arrojar sus bombas. Miaja sigue hasta el sitio desde donde piensa observar el campo enemigo y se dirige a la Cárcel Modelo, que por estar en las inmediaciones de la zona de combate y en una posición alta domina toda la Ciudad Universitaria y Casa de Campo. La aviación enemiga vuela casi constantemente sobre el coche, y aún se halla sobre la Cárcel Modelo cuando el general sube a su atalaya. El ruido de los motores le acompaña como una pesadilla durante su recorrido por el edificio que hasta pocos días antes ha servido de prisión.

Desde una de las galerías observa las incidencias de la lucha, que en este momento llega a su período álgido, y los puntos donde se desarrolla. El fragor de la batalla no es suficiente para apagar

el ruido de los aviones facciosos que le sigue a todas partes. La amenaza de un bombardeo es constante, pues los aparatos rebeldes vuelan sobre el edificio sin alejarse. Son varios trimotores de bombardeo, aves de mal agüero, con sus alas negras y su paso lento, los que rondan este lugar. No cabe duda que desde la altura ha sido visto el coche escoltado por las motocicletas y tratan de bombardear el edificio. Miaja sigue tranquilamente buscando un punto desde el cual apreciar mejor la lucha y sube a la parte alta de una de las galerías. Todos reflejan en sus rostros el peligro inminente. Los nervios están en tensión; el zumbido, que llega a ser obsesionante, se abre paso entre los estampidos de los cañones y morteros y los disparos de la fusilería y ametralladoras. Han ido a buscar una llave para abrir una de las puertas que comunican con la terraza, y Miaja espera firme junto a ella. Súbitamente el edificio se estremece por el ruido ensordecedor y largo producido al hacer explosión las bombas arrojadas desde los aviones que acechan. Varias de ellas, de gran potencia, han caído sobre la Cárcel, y una de las galerías se derrumba, lanzando al aire una densa nube de polvo y humo que se despega perezosamente de la tierra. Se miran unos a otros. El momento es de enorme emoción. Los cristales de todo el edificio saltan hechos pedazos. Miaja sigue firme en su puesto. Su cara refleja indignación contra los agresores. Seguidamente se oye el silbido de sirena de las bombas que se precipitan sobre el edificio. Este tiembla nuevamente en medio de un estrépito horroroso que hiela la sangre. El bombardeo sigue. No cabe duda que la aviación enemiga ha descubierto a Miaja y afina la puntería para alcanzarle. Las bombas van cayendo cada vez más cerca, sembrando la muerte y la destrucción. El ruido de las explosiones cercanas adquiere tonos fantásticos en las galerías de la prisión y negras nubes las invaden, dándolas aspectos dantescos. Las explosiones se suceden con un ruido infernal. La muerte acecha en cada metro de terreno y se espera de un momento a otro que pueda derrumbarse aquel ala del edificio en que se hallan. Miaja, aproximado a una de las ventanas para ver el campo de la lucha, mira con sus prismáticos, cuando nuevamente vuelve a temblar la cárcel por el efecto de las bombas. Una de ellas estalla en la misma galería y una parte se derrumba estrepitosamente. Miaja sigue mirando por sus prismáticos y ofreciendo un blanco magnífico a la muerte. Tiene confianza en su suerte, quiere demostrar a los que le acompañan que en la guerra la vida no importa. Se propone simplemente cumplir con su deber informándose de lo que ocurre en el campo, y el deber está por encima de su suerte y de su vida.

Poco después abandona el observatorio para buscar otro que

pueda ser más eficaz. Cuando baja por la escalera se oyen aún las últimas explosiones del bombardeo. Entre nubes de humo llega hasta el patio de entrada, donde el espectáculo que se ofrece a su vista es impresionante. Caídos en el suelo, varios hombres lanzan quejidos lastimeros, destrozada una parte de su cuerpo por la metralla. Otros aparecen muertos ya y aún mana sangre de sus heridas; entre los escombros se ven los cadáveres de soldados que prestaban servicio de vigilancia. Va a salir, y se detiene. Un hombre con las piernas segadas por una bomba trata de andar con los muslos cercenados y grita enloquecido, arrastrando sus carnes desgarradas, que dejan un reguero de sangre. Los brazos han sido alcanzados también por la metralla, así como otras partes de su cuerpo. Una pistola está dispuesta a disparar, cuando aquellos restos humanos que se agitaban quedan paralizados para siempre.

Miaja continúa su marcha, inyectados sus ojos de sangre por el odio que siente contra los agresores. Acelera su paso y consigue llegar a la puerta. Las garitas de piedra de los centinelas han desaparecido, y en los alrededores solamente hay muertos y heridos, que quedan desdibujados a simple vista por el polvo levantado por las explosiones. Esa falta de visibilidad le hace difícil bordear los hoyos hechos por las bombas. De pronto, Miaja cae en uno de ellos y queda cubierto de agua hasta la cintura. Una de las explosiones ha destrozado la cañería de conducción del agua y el hoyo se ha inundado. Sus acompañantes le ayudan a salir de él. El frío de la mañana pone en peligro la salud del general, que lleva las ropas empapadas en agua. Mientras tanto se oyen aún nuevas bombas que lanzan los aviones sobre las líneas en que se encuentran las fuerzas leales, en los linderos del Parque del Oeste. La artillería enemiga y la aviación están trazando una cortina de fuego sobre nuestras posiciones, en las que caen los hombres en gran número. Están dominados por los fuegos de los rebeldes y contienen muy difícilmente a éstos.

Los soldados, desmoralizados por la superioridad enemiga, retroceden, y son muchos los que llegan a las calles de Hilarión Esclava, Fernández de los Ríos y Princesa, ya dentro de la población de Madrid, y en las inmediaciones de la Cárcel. El miedo al invasor y la creencia de que el esfuerzo que se está realizando es inútil, dada la potencia de los fuerzas rebeldes, lleva a no pocos combatientes a aprovechar la oportunidad para alejarse de la lucha. A la plaza de la Moncloa llegan algunos de éstos cuando Miaja se incorpora después de haber salido del hoyo en que cayó. Los proyectiles enemigos y las bombas de aviación siguen sembrando esa zona, y los proyectiles de cañón llegan cada vez más cerca; algunos dan ya en las primeras casas de las calles de Madrid, que aún están

habitadas. Huyendo del frente, en dirección al interior de la población, los combatientes con sus fusiles se alejan. Otros acompañan a los heridos y aprovechan la oportunidad para huir. Algunos de los que corren hacia el interior de Madrid abandonan su fusil y cartucheras en cualquier calle, para perderse después entre el público en las zonas transitadas.

Desde las ventanas de un piso bajo de la calle de Cea Bermúdez una mujer oye algunas palabras en árabe. Se asoma y queda sorprendida ante la presencia de cinco moros que, pegados a la pared y con su fusil pronto a ser disparado, realizan una incursión por aquella calle.

Miaja, ante la huida de las fuerzas republicanas, se da cuenta de la catástrofe que suponen aquellos hombres faltos de moral combativa. Es segura la derrota si continúa la desbandada. El enemigo sigue avanzando, y de no detenerle llegará pronto a dominar las calles de la capital que tiene señaladas en su orden de operaciones para el asalto a Madrid. La plaza de la Moncloa en poder de los rebeldes supone el dominio de una gran extensión de la calle de la Princesa, que forma pendiente hacia la plaza de España, donde termina la Gran Vía. Supone igualmente el dominio de los bulevares de Alberto Aguilera y Marqués de Urquijo, arterias principales de la barriada de Argüelles, donde se desarrollan los hechos. Por otra parte, la presencia del enemigo en algunas calles hace huir a la desbandada a la población que ocupa las casas que ya están a la vista del enemigo. La gravedad de lo que ocurre la advierte Miaja rápidamente, y sin cambiarse la ropa, que aún deja caer hilos de agua, saca del bolsillo su pistola y empuñándola se dirige enérgicamente a los que huyen.

—¿Dónde vais?—les increpa—. ¿No os da vergüenza abandonar la línea de fuego? ¿Sois vosotros los defensores de Madrid? ¡Al que retroceda lo mato!... ¡A la trinchera! ¡Adelante otra vez!

Pistola en mano va seguido de sus hombres de confianza, obligando a los combatientes que huyen a reintegrarse a las trincheras que han abandonado. Las balas silban por aquellos lugares, donde los proyectiles de cañón y de los morteros caen constantemente.

De los jardines de la plaza de la Moncloa surge un niño de doce años, modestamente vestido, pálido por las emociones de la lucha que está presenciando. Flaco, de aspecto débil y su rostro macilento, en el que destacan unos grandes ojos negros. A su lado pasa un combatiente que corre despavorido en esa confusión de la guerra. Lleva el fusil en la mano y se va despojando de las cartucheras. El niño siente dentro de su pecho la indignación de la huida, que le abochorna, cuando el enemigo está a punto de entrar en Madrid. No puede contenerse, y de un salto se coloca frente a él. Se abalan-

za rápidamente sobre el fusil, y quitándoselo de las manos de un tirón le dice con desprecio:

—¡Trae acá, cobarde!

El hombre, aturdido, no sabe qué hacer y deja que el niño le arrebatase el fusil y las cartucheras, mientras él continúa su huida. El muchacho, que difícilmente mueve aquel peso, se acerca a Miaja y le dice:

—Tome usted este fusil, que puede servir para otro.

Lo dice con pena. Hubiera querido tener un par de años más para haberse ceñido las cartucheras y ocupar el puesto que deja abandonado en la lucha el que huye; pero no es más que un niño.

Miaja sigue su labor de contener a los que desertan de la línea de fuego, lanzando durísimas frases contra los que quieren retroceder. Diríase que la acción de este niño le ha emocionado profundamente, tanto, que muchos meses después aún recordará aquella figura tan menuda y lamentará no conocer quién era para recompensar cómo se merece esta acción. La deserción continúa; su pistola es una amenaza, que vuelve a la realidad a los que el miedo ha desmoralizado y enloquecido. Por momentos es más fuerte la presión del enemigo. Hay que mantenerse en este puesto, cualquiera que sea el número de los atacantes, pues de ello depende la eficacia del esfuerzo realizado en los días anteriores. Son momentos gravísimos; solamente unos metros separan a las fuerzas moras de las calles de la capital, y si logran poner el pie en ellas el hundimiento de la retaguardia es muy probable. Miaja sigue dando grandes voces, y ya logra mantener a la gente en sus puestos, desde donde se defiende. La presencia del general en las primeras líneas causa verdadero asombro en los combatientes. Este acto del jefe máximo de las fuerzas les impresiona extraordinariamente.

—¡Hay que defenderse hasta morir! ¡Ni un solo paso atrás y venceremos!—grita.

Las balas coquetean con la silueta del general, que ha olvidado el peligro. Los aviones continúan su acción destructora, renovándose constantemente, sobre las posiciones republicanas. Los cañones y los morteros causan bajas en gran cantidad.

Rojos y Pérez Martínez deciden sacar al general de aquel puesto donde la muerte le ronda. El último se acerca a él y enérgicamente le dice:

—¡Mi general! ¡Está usted arriesgando su vida de un modo al que no tiene derecho, dado el cargo que ocupa! De su vida depende en estos momentos la de esos hombres que luchan bajo su mando. Usted no puede permanecer aquí ni un momento más, porque esto es ir a buscar la muerte.

Las palabras han sido pronunciadas con decisión, sin miedo,

con una gran serenidad, propia de un hombre de gran temple, acostumbrado a la lucha en tierras africanas y que ve con frialdad en el fragor de la guerra lo que es más conveniente para derrotar al enemigo.

Miaja duda un momento, pero piensa en la misión que tiene confiada. Mira en torno suyo y ve aquellos hombres, que antes huían, combatiendo con un ardor extraordinario. El ejemplo les ha elevado la moral y se han convertido en combatientes dispuestos a morir si es preciso con tal de que no pasen los rebeldes. Estas fuerzas, que antes huían, han cambiado completamente. Las palabras del general les han enfervorizado y por todas las líneas corre la voz de que Miaja está combatiendo con ellos y a su lado. El enemigo, que avanzaba antes fácilmente, empieza a encontrar más dificultad, y poco a poco una resistencia que ya no puede vencer esta mañana. El gesto heroico de Miaja ha salvado a Madrid, pues nunca volverán las tropas facciosas a llegar ni un palmo más allá de aquel punto en que él ha estado desafiando las balas enemigas, a pocos metros de las calles madrileñas. El heroico gesto de un momento ha sido la base de una barrera invencible ante los enemigos, que gastan su esfuerzo inútilmente y que son rechazados cuantas veces intentan pasar. Las circunstancias le han llevado a arriesgar su vida en la primera línea de fuego, y ha ido dispuesto a morir si era preciso. Ha pasado de dictar órdenes energías a imponerlas por la violencia, y con el ejemplo ha llevado la moral y la disciplina entre los hombres que ahora están bajo su mando. Ha sabido hacerlo precisamente en el momento decisivo de la lucha. Unos minutos de vacilación, y cualesquiera que hubieran sido las órdenes dadas, habrían resultado estériles, pues las ametralladoras de las fuerzas moras estarían ya en las calles de la población sembrando la muerte. Escudándose en su alta jerarquía, pudo haber cursado unas órdenes desde su despacho; pero sabía que en la guerra un minuto puede ser decisivo, y fué, a trueque de exponer su vida, a dar las órdenes en las mismas trincheras. Nadie como él ha podido interpretarlas; nadie como él ha podido llegar hasta lo más profundo de la conciencia del soldado y hacerle dar un rendimiento máximo en la contienda. Había variado ya el aspecto de ésta cuando Miaja, en el domicilio de Rojo, cercano al lugar del combate, cambia sus ropas mojadas por otras que pertenecen a su jefe de Estado Mayor. Al volver al Ministerio de la Guerra habla a los periodistas que esperan y les dice:

—Nada de particular. Seguimos defendiéndonos; pero no hay cuidado. No pasan ni pasarán.

JOSE MIRANDA

EN TORNO A LA DECA- DENCIA DE ESPAÑA

Después del desastre colonial del 98, el tema de la decadencia de España polarizó la atención de nuestros más conspicuos pensadores. Reconociase unánimemente que el pueblo español, extenuado y maltrecho, franqueaba los umbrales de la agonía. Según expresión resobada, hija del ingenio de nuestros políticos de la Restauración, más fértil en epigramas y paradojas brillantes que en correctivos aplicables, "casi no se sentía el pulso de España". Y natural era que los doctores sapientísimos contemporáneos permaneciesen, hora tras hora, vigilia sobre vigilia, pegados al lecho del dolor nacional, en la benemérita labor de descubrir las causas del mal y de buscarle pronto y eficaz remedio. Emitieron profusos dictámenes la vehemencia política, la erudición académica, la agudeza filosófica y la audacia imaginativa. Poco puede aprovecharse, es cierto, de lo que entonces tan profusamente se estereotipó, pues el criterio tendencioso, la sutileza capciosa, el historicismo mixtificador y la fantasía desbordada coparon las líneas publicadas, alejándolas del propósito que inicialmente las guiara, para servir a otros designios u obedecer a inclinaciones irrefrenables. Unicamente conservan en la actualidad subido valor las geniales intuiciones de Unamuno y Gánivet; los luminosos juicios de Giner y Ortega y Gasset; las certeras y proféticas visiones de Costa; las vivaces y pintorescas disertaciones de Macías Pícamea, y las parcas pero atinadas y enjundiosas observaciones de Cajal.

No era la única vez que el tema acaparaba la atención de los ingenios españoles. Muchísimo antes, coincidiendo con el instante mismo en que la llamada decadencia fué patente a todos, allá por los primeros años del siglo XVII, se convierte en obsesión de los publicistas políticos, y durante todo este siglo y el siguiente ninguna pluma principal, ocupada en problemas del Estado, dejará de dedicar al palpitante tema buena parte de sus trazos. Rotundo exponente de la atracción que ejerce es el hecho de que se le dediquen desde un principio gran número de obras especiales; verbigracia: la de Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías* (1626); la de Sancho de Moncada, *Restauración política de España...*; obras especiales, entre las que figuran no pocas anónimas, como la donosamente titulada: *Medio de sanar la Monarquía española, que está en las últimas boqueadas*.

He aquí, pues, una realidad incontestable: España, en determinado momento y en relación con el inmediatamente anterior de su historia, viene a menos, pierde energías internas y categoría internacional, ve enflaquecerse su cuerpo y apagarse su espíritu. ¿Cómo y por qué?

La nación española vivía días esplendorosos. El pujante florecimiento de su economía, los inmensos recursos de su dilatado imperio colonial y el sólido prestigio de sus armas, le auguraban un risueño porvenir. En estos venturosos tiempos, nadie, ni el más zahorí de sus torvos adver-

sarios, le hubiera pronosticado la suerte que a corto plazo le estaba reservada.

Dura el período de auge hasta algunos años después del advenimiento de Carlos I. La crisis que precede a nuestro secular abatimiento se inicia en el reinado del emperador, cobra gran virulencia durante la gobernación de Felipe II y culmina en los aciagos días de Felipe III.

El desplome es rápido. Circunscribiéndonos a las esferas demográfica y económica, los abundantes datos que se poseen muestran diáfano el contraste y evidencian brutalmente la caída. Poco antes de desatarse la crisis, Sevilla llegó a tener unos 16.000 telares, con 130.000 operarios; Toledo daba trabajo a 50.000 obreros de sedería; los talleres de Segovia empleaban a cerca de 35.000 personas; Granada y Sevilla albergaban prósperas hilanderías de seda, y, finalmente, en diferentes lugares de la Península se cultivaban prósperamente muchas de las demás industrias a la sazón conocidas.

Según avanza, la crisis va devorándolo todo. Hacia 1665, sólo conservaba Toledo 13 telares, y los 698 vecinos boneteros que tuvo la parroquia de San Miguel habían bajado a 10. Las Cortes de 1596 aseguraban haber descendido a 6.000 las 30.000 arrobas de lana que se tejieran antaño. Cosa análoga ocurría en las otras industrias; forja, alpargatería, cristalería, cerámica, guantería, etc., muy afectadas casi todas por la expulsión de los moriscos. La Mesta ve reducirse a dos millones la cifra de cabezas de su ganado lanar, que antes subiera a siete millones. La agricultura y el comercio corrían parejas con la industria y la ganadería.

El descenso de la población ofrece aún caracteres más sombríos. "La comparación—dice Altamira—entre las cifras de habitantes de cuarenta ciudades y villas del reino castellano, en 1594 y primeros años del siglo XVII, parece mostrar, para casi todas ellas, un decrecimiento de la mitad o de las dos terceras partes. Particularmente, Burgos baja de 5.000 vecinos, en 1551, a 823, en 1616; Madrid, con 400.000 habitantes a principio de siglo, desciende a 150.000 en las postrimerías de esta centuria. La población total de España en poco más de un siglo—mediados del siglo XVI a fines del XVII—experimenta considerable merma, pues baja, de unos ocho millones y medio de habitantes, a cinco y medio.

Esto ocurría en la esfera material. Dentro de los espíritus, el colapso o apagamiento sobrevendrá varias décadas después; circunstancia que no nos parecerá meramente adventicia si recordamos la reiteración con que situaciones semejantes (de representación retrasada de la crisis espiritual) se producen en la Historia.

El Siglo de Oro de nuestra literatura puede considerarse cerrado por Calderón, que muere en 1681—a fines del siglo XVI empezaba a escribir Lope y en 1605 veía la luz el *Quijote*—. La producción de los grandes teólogos españoles fué cancelada y concluida en 1612 por la gran obra del eximio padre Suárez *Tractatus de legibus et Deo legis latore*.

También el decaimiento espiritual, una vez iniciado, se tramita rápidamente. Son poquísimos los años que tarda en desvanecerse nuestro multiforme esplendor cultural de prosapia renacentista. Al embocar el siglo XVIII, casi sin aperebirnos, estamos ya sumidos en profunda y tenebrosa modorra. Consta a todos cuán paupérrimos son los frutos de la cultura española desde entonces. Un arte adocenado y enclenque, una ciencia y una enseñanza secas y raquíticas, entumecidas y anquilosadas por perenne encierro en las ponzoñosas celdas de la Escolástica, fué lo que legó a la posteridad la ominosa época del obscurantismo, que comienza en la centuria decimioctava.

Con patético acento, concisa y fielmente, pinta el miserable estado del país unos versos anónimos del siglo xvii:

Castilla parece
provincia asolada,
Son pueblos sin pueblo,
campos sin labranza,
milicia desnuda,
plebe pordiosera,
nación apocada.

Muy diversas son las causas a que se atribuye nuestra decadencia y muy variable el valor que a cada una se le otorga. Las dificultades mayores con que se tropieza en la determinación, ponderación y discriminación de estas causas parecen provenir, principalmente, ora de la imposibilidad de determinar con firmeza la posición de los términos de la relación causal (causa y efecto) susceptibles muchas veces de reversión, ora de la íntima concatenación e inextricable trabazón de las diferentes causas. Estas dificultades vuelven singularmente ardua la empresa de demostrar cualquier tesis relativa a dichas causas. Cabalmente, la dificultad, que raya en lo insuperable, de demostrar ha determinado la entrega de todos a la tarea más fácil y holgada de explicar o interpretar.

De las causas más en boga, entre las señaladas como generatrices de nuestra decadencia, unas ofrecen carácter predominantemente económico, a saber: la depreciación de la moneda y las constantes alteraciones de su valor, el incesante aumento de las cargas públicas; el desarreglo endémico de la Hacienda nacional; la expulsión de los judíos y de los moriscos; la despoblación del país y la pobreza de nuestro suelo. Otras presentan carácter marcadamente político, como son: la implantación del absolutismo monárquico y la política exterior, aventurera y dominadora de los Austrias. Otras revisten carácter esencialmente espiritual, resaltando entre éstas: el sentido teocrático que tomó el Estado español, sobre todo a partir de Trento, y la intolerancia religiosa e ideológica. Aléganse también para explicar nuestro secular desmayo causas de raíz psicológica, entre las que descuellan: la indolencia congénita del pueblo español; su carencia de aptitudes para la vida moderna, esto es, para la industria, el comercio y la ciencia, y su irresistible propensión al particularismo, especialmente al particularismo social (cantonalismo, regionalismo, etc.).

Si bien algunos de los autores que discurren sobre nuestra decadencia prescinden de fijar la importancia recíproca de las causas, los más conceden superior trascendencia a una o a varias, relegando las otras a consideración inferior o secundaria. Así ocurre que el absolutismo unas veces, la intolerancia religiosa otras, etc., etc., son presentadas como causas principales de la caída de España. En el empeño de precisar el rango de las causas, es raro el escritor que haya procedido imparcialmente y que no haya intentado conducir las aguas hacia molino propio. ¡No ha llegado a decirse que nuestra decadencia ha sido ocasionada por el apagamiento de la religiosidad del pueblo y el consiguiente relajamiento de la moral cristiana!

Para comprenderle, importa analizar el proceso generador del resquebrajamiento nacional a la luz, no sólo de nuestra evolución interna, sino también de la evolución general del mundo europeo. E importa, además, para conocerle íntegramente, alumbrar los ricos veneros soterrados en la historia económica, realzando su significación y trascendencia, tan olvidadas por los prestidigitadores y piruetistas científicos, grey abun-

dantísima en nuestro subvertido medio cultural. Forzosamente han de quedar para más adelante las vastas e intensas exploraciones que nos brindan esas dilatadas tierras vírgenes. Pero ya conviene ir oyendo la palabra de los que tengan algo que decir sobre ellas.

En Europa, el proceso económico desemboca en el actual régimen de capitalismo industrial, tras una etapa de capitalismo mercantil. Esta forma de capitalismo constituye el embrión de aquélla, pues son los capitales acumulados por los mercaderes las células matrices del organismo industrial y el afán de lucro desatado por el comercio el motor principal de la empresa. La época del capitalismo mercantil nos aparece como un puente tendido entre el período feudal de producción y el correspondiente al capitalismo industrial. Durante ella, la producción sigue apegada a los módulos feudales; pero el comercio, balbuciente y perezoso en el medievo, cobra enormes vuelos con la apertura de ricos y extensos mercados, la seguridad interior y el inusitado desarrollo de las comunicaciones marítimas. El comercio adquiere la hegemonía en la vida económica y somete la producción a su albedrío; ya no se producirá directamente para el consumidor, sino para un tercero: el intermediario. La dirección de la producción pasa al comerciante, que luego se convertirá en empresario.

Fué quizá España el país que con más ímpetu se lanzó por la vía del capitalismo mercantil. Y lo hizo bajo los mejores auspicios. Queda referido en otro lugar el rápido florecimiento de la economía española al comenzar la Edad Moderna; florecimiento que responde al portentoso desarrollo de nuestro comercio exterior e interior. Que las circunstancias propiciaban este espléndido auge nadie lo duda. Acabábamos de descubrir un Continente, de abrir nuevas rutas en el Mediterráneo y en el Atlántico y de entronizar la unidad política y la paz interior.

Sabemos ya lo poco que duró el lapso de prosperidad. Desde los últimos años de los Reyes Católicos a los postreros de Carlos el Emperador. El todavía rudimentario capitalismo español entrará súbitamente en barrera. ¿A qué se debe esta fulminante caída? ¿Por qué razones el abatimiento se prolonga durante siglos?

El tierno vástago del capitalismo mercantil es herido por la primera crisis económica europea, que fué ocasionada por la invasión del oro americano. Natural era que sobre España descargasen más reciamente los ramalazos de la crisis, ya que nuestro país importaba la mayor parte del oro ultramarino. La depreciación de la moneda y el alza de precios, secuelas de aquella crisis, produjeron tremenda conmoción en las gentes, trastornaron el orden económico e hicieron cundir el desaliento y la desmoralización.

Pues bien; en momentos tan angustiosos para la comunidad, cuando todo reclamaba una acción terapéutica sabia, la Monarquía exige al desfallecido pueblo, en interés exclusivo de la dinastía reinante, nuevos sacrificios: más hombres y más dinero, y le priva, en nombre de la unidad religiosa, de la flor de sus labradores y artesanos: los moriscos. La crisis origina la caída, y la política imperial de los Austrias la apresura y remata. Era absolutamente imposible que un organismo económico naciente salvase tamaños obstáculos.

Y por si se le ocurriera resucitar al muerto, se coloca sobre su tumba la pesada y rígida losa de la política económica denominada "mercantilismo". Los principios de esta política económica, elaborados para otras condiciones y de aplicación a países que se encontraban en situación muy distinta a la nuestra (países más desarrollados industrialmente y faltos de oro), sólo podían acarrear resultados radicalmente contrapro-

ducentés en aquellas circunstancias que parecían aconsejar la apertura de la Península al más holgado tráfico comercial y la ágil movilización de las inmensidades de cantidades de oro arrancadas a América. Cuando convenía transformar el oro en capital—en medios de producción y mercaderías—, los españoles montábamos guardia cerrada en torno a las gavetas del áureo metal y levantábamos compactas barreras en los accesos del exterior.

Consecuencia fatal de este cúmulo de factores adversos fué que España liquidó en breves años su incipiente capitalismo y se ciñó por mucho tiempo a los cánones de su rancia economía agraria, de formas feudales o señoriales. La nación española, que reunía en el siglo xvi las condiciones objetivas para crear un fuerte capitalismo (como asegura Fernando de los Ríos), o para haber afirmado su independencia productora y llegar incluso a convertirse en país exportador (como piensa Altamira); la nación española, que estaba en inmejorables condiciones para señalar el rumbo y marchar a la cabeza del progreso material, se apartó completamente de la moderna evolución económica. Desperdiciada la ocasión propicia, el contumaz atraso que acarrea el persistente apartamiento impide que las modernas especies económicas florezcan naturalmente en nuestro suelo; y ese atraso explica que la economía española, en pleno siglo xx, continúe siendo agraria y que el campo conserve aún una estructura señorial y latifundista.

Atraso económico. Paralización brusca y prolongada del desarrollo tras un período de precocidad. Tiene razón Cajal. Es más bien atraso que decadencia lo que nos coloca en lamentable situación de inferioridad dentro del consorcio internacional contemporáneo y atraso debido primordialmente a agentes exógenos y no a irresistibles propensiones constitucionales.

LUIS ARAGON

“LOS GRANDES CEMENTERIOS BAJO LA LUNA”

de GEORGES BERNANOS

Luis Aragon, secretario de la sección francesa de la Asociación de Escritores para la Defensa de la Cultura, escribe en Commune una crítica sobre este nuevo libro de Georges Bernanos, escritor francés, católico, residente en Mallorca después de la dominación italo-fascista. Hemos creído deber nuestro divulgar juntamente trozos del libro y de la crítica, porque ambos marcan el punto de reunión de dos conciencias alejadas, juntas hoy en su apreciación sobre el problema de España.

El nuevo libro de Georges Bernanos es de los que se citan más que de los que se critican. Este escritor, cuyo lenguaje es uno de los más bellos que actualmente se hablan y cuyo carácter e independencia fuerzan al respeto, por muy erróneo que pueda creerse su pensamiento, añade hoy en *Bajo el sol de Satán* o *El gran miedo de los bien-pensantes* al diario de un “Cura de Aldea” el estabón de una obra fuera de serie, que sobrevivirá, sin duda alguna, a las opiniones de su autor. Sus opiniones son lo que nos separa; monárquico y católico él, yo comunista, no iré a pedirle cuenta de estos abismos entre nosotros, como tampoco él lo hizo el día en que, en contestación a un simple telegrama, aceptó el poner su nombre al lado del mío al pie de una frase que instituía entre sus firmantes una fraternidad predefinida de la unidad francesa frente a los enemigos de Francia. Cuando se abre *Los grandes cementerios bajo la luna* no se puede esperar el encontrarse con otra cosa que lo que puede pensar un católico monárquico, y yo no voy a entablar aquí un debate para enderezar una idea que tiene sus violencias y sus ignorancias. Que Georges Bernanos juzgue a los comunistas sobre datos que tienen todas las probabilidades de no

valer tanto como los míos, o que coloque a la Unión Soviética, de la que él ignora seguramente todo lo que yo sé, en el mismo plano que la Alemania hitleriana o la Italia fascista, son cosas que no me extrañan en él, ni son tan nuevas como para abrir ahora una discusión. En el *Alba*, el señor P. Henri Simon, hablando de los *Grandes cementerios...*, dice, desde un punto de vista católico y desde otros puntos, poco más o menos, lo que yo decía hace un momento.

"Habría que escoger—añade—. No pueden ponerse en el mismo montón a M. Philippe Henriot y a M. Marc Sagnier, ni tampoco, aunque no fuera nada más que por respeto a las jerarquías espirituales, a Claudel y a Doriot."

Un gran número de hombres que piensan de distinta manera y que expondrían, según sus opiniones personales, su desacuerdo con el autor de este libro, no podrían, sin embargo, dejar de leer con gran exaltación *Los grandes cementerios*. Y es que más allá de las opiniones están los testimonios.

Sin embargo, por caminos que no son los míos diré que nos encontramos con Bernanos, porque este espíritu, que reclama tener concepciones aristocráticas frente a un mundo mercerizado como un algodón vulgar, encuentra verdades políticas de primera magnitud. Que no hay, por ejemplo, pueblo de izquierda ni pueblo de derecha, sino que hay simplemente el pueblo (y por vía de consecuencia, que no hay forma ni soñando de excluir dos millones de franceses que no han votado como les hubiera gustado a La Rocque o a Tardieu). Que no hay división en derechas o en izquierdas nada más que en la burguesía (y que por consecuencia es ella la que, principio de división, toma la iniciativa de la guerra civil). Ante una sociedad de comerciantes, de banqueros, de traficantes, el sentimiento antiburgués de Bernanos, monárquico, maduro por su concepción del honor, encuentra muy a menudo el del obrero, porque la honradez es la gran ley del trabajo. Y se me permitirá añadir que, frente a los retóricos de derecha, Georges Bernanos reúne, sobre las realidades humanas, el buen sentido popular:

"... *El movimiento de solidaridad que lleva a los trabajadores franceses hacia sus camaradas de España en el dolor, se inspira en un sentimiento noble, del que hacéis mal en mofaros con simplezas. Estas simplezas son justamente las que el pueblo no perdona.*"

Este buen sentido francés ha dictado a Bernanos páginas que serán en adelante clásicas y que hacen de *Los grandes cementerios...* un texto esencial de estos tiempos, un documento sobre el cual se escribirá la Historia. Pienso en ese capítulo magistral en donde ridiculiza a los que han pretendido acaparar en provecho propio la palabra "nacional". Pienso en esa imagen repetida por mil rasgos de los "pequeños *fasteumones* (?) de la nueva generación realista", como él llama a los fascistas de nuestro país. Me acuerdo del personaje fantástico y mezquino, del que, sin tocarlo, ha sabido perfilar su fantasma: "la persona a la que las conveniencias me obligan a llamar monseñor el obispo de Mallorca..."

Pienso también en la gran lección de patriotismo que da a todos los franceses defensores de Mussolini y de Hitler. Pienso en ese pasaje sobre el C. S. A. R. y la rebelión española, obra maestra cimbrante de la literatura política.

Habría también que pararse ante un estilo que no parece de ninguna manera recogerse, retraerse, ni se digna plegarse a un plan preconcebido. El lenguaje aquí es el mismo pensamiento, y las inflexiones de las frases parece que guían a éste. Bernanos me obligará a decir de su prosa lo que a los ingenuos, entre los que me cuento, les gusta decir de un retrato sorprendente: "Parece que va a hablar".

Es en esto donde su estilo, que pertenece, sin embargo, a la tradición de Saint-Simon, es esencialmente moderno, como el estilo de Celine, con quien Bernanos no deja de tener afinidades. Pero lo que me estropea Celine (sin hablar de falta de honradez de pensamientos) es que la savia santa que le anima no tiene otro fin que la defensa del mismo Celine, y que se vuelve ante todo contra el pueblo de quien este pequeño médico y gran escritor tiene un horror frenético.

Bernanos puede esperar la restauración de la dinastía de Enrique IV; siempre quedará entre él y yo un tema de conversación: el respeto al pueblo (y, por consecuencia, la execración de sus verdugos: Gallifet en Francia y Franco en España).

Pero vuelvo a lo mismo: por encima de las opiniones están los testimonios. Y el testimonio que nos trae hoy Bernanos, por su honor, por su irrefutable precisión, su espontaneidad, lleva en sí mismo una importancia que debilitaría el comentario. Esto es lo que me hacía decir al comenzar que *Los grandes cementerios...* es un libro de los que hay que citar más que comentar. Se sabe que Georges Bernanos, al comienzo de los acontecimientos de España vivía en Palma de Mallorca. Estaba de corazón, de hecho, al lado de la reacción española. Su hijo era falangista. Padre e hijo acogieron con entusiasmo a los primeros italianos. Testimonio de partidario. Testimonio directo de un hombre, de un cristiano. El horror de la represión organizada en Mallorca por el italiano Rossi, en complicidad del alto clero mallorquín; la crueldad de la reacción española, dieron al testigo exigente, que pretendía acordar sus actos con las grandes y nobles ideas, de las cuales el clero y partidarios del "orden" católico se vanaglorian habitualmente, una terrible elocuencia, de la cual yo no quisiera más que transcribir los acentos.

Traeré aquí simplemente algunas páginas de este libro singular y grande, seguro de no traicionarlas al darlas aisladas.

"... He aquí una pequeña isla bien tranquila, bien quieta, entre sus almendros, sus naranjos, sus viñas. La capital no tiene más importancia que una ciudad cualquiera de nuestras provincias francesas. La segunda capital, Sóller, no es sino un pueblito. Las aldeas, aisladas unas de otras, están enclavadas en las laderas de las montañas o diseminadas por la llanura; no se comunican entre sí más que por caminos estrechos o por algunos raros vehículos

de motor asmático. Cada una de estas aldeas es un mundo cerrado, con sus dos partidos, el de los "curas" y el de los "intelectuales", al cual se agrega tímidamente el de los obreros.

Todavía hay el "terrateniente", al que no se ve nada más que en los días "grandes", pero que conoce a todos, y que ha anotado hace tiempo a los "malos", consultando con el cura, su compadre. ¡No importa! La gentileza de las costumbres españolas hace que todo este mundo viva acorde y baile junto las noches de fiesta. Casi de la noche a la mañana cada una de estas aldeas ha tenido su Comité de depuración, un tribunal secreto, benévolo, compuesto generalmente de esta manera: el propietario burgués o su administrador, el sacristán, el ama del cura, algunos aldeanos creyentes y sus esposas, y, en fin, los jóvenes reclutados a toda prisa por la nueva falange, muy a menudo conversos de ayer, impacientes por dar pruebas, borrachos del espanto que inspiran de repente a los pobres diablos la camisa azul y el gorro con borla roja.

Lo he escrito ya y volveré a escribirlo. Quinientos falangistas el 17 de julio. Quince mil algunas semanas más tarde; después, veintidós mil. Lejos de controlar este reclutamiento vertiginoso, la autoridad militar lo favorece con todo su poder, puesto que tienen su plan. Cuando llegue el día, la faena terminada, nada será tan fácil como desarmar una multitud cuyo envite ha roto los antiguos cuadros y a la cual ha de proporcionar nuevos cuadros de policía hechos a la medida. Después se les volcará, por hornadas, en el Ejército. La depuración estará terminada.

La depuración en Mallorca ha conocido tres fases bastante diferentes, además de un período preparatorio. En el curso de esta última se notaron sin duda ejecuciones sumarísimas, operadas a domicilio, pero que guardaban, o parecían guardar, el carácter de venganzas personales, más o menos desaprobadas por todos, y cuyos detalles se confiaban en voz baja. Entonces fué cuando apareció el general conde de Rossi.

El recién llegado no era, naturalmente, un general, ni conde, ni Rossi, sino un funcionario italiano perteneciente a los *camisas negras*. Le vimos un buen día desembarcar de un trimotor escarlata. Su primera visita fué para el gobernador militar, nombrado por el general Goded. El gobernador y sus oficiales le acogieron cortésmente. Puntuando su discurso con puñetazos sobre la mesa, declaró que traía el espíritu del fascio. Algunos días más tarde el general entraba con su Estado Mayor en la prisión de San Carlos y el conde Rossi tomaba el mando efectivo de Falange.

Vestido con camisa negra, adornada con una enorme cruz blanca sobre el pecho, recorría las aldeas, conduciendo él mismo su coche de carreras, al cual se esforzaban en alcanzar, entre una nube de polvo, otros coches llenos de hombres armados hasta los dientes. Cada mañana los periódicos daban cuenta de sus piruetas oratorias, en las cuales, flanqueado por el cura y el alcalde, y en una extraña jerigonza, mezcla de mallorquín, español e italiano, anunciaba la cruzada. Ciertamente, el Gobierno italiano disponía en Pal-

ma de colaboradores menos chillones que esta mala bestia, que aseguraba un día en la mesa de una gran dama palmesana, secándose los dedos en el mantel, que a él le hacía falta por lo menos "una mujer al día". Pero la misión particular que le había sido confiada concordaba perfectamente con su genio. Era la organización del Terror.

Desde entonces, cada noche equipos reclutados por él operaban en las masías y hasta en los barrios de Palma. Dondequiera que estos señores ejercitaban su celo la escena no variaba. Era el mismo discreto golpe dado en la puerta del piso confortable, en la casa pobre; el mismo pisoteo en el jardín lleno de sombra o en el rellano de la escalera; el mismo cuchicheo fúnebre, que un infeliz escucha desde el otro lado de la pared con el oído pegado a la cerradura y el corazón encogido de angustia. "Siganos." Las mismas palabras a la mujer enloquecida cuyas manos recogen temblando las ropas familiares, tiradas unas horas antes, y el ruido del motor que continúa roncando abajo en la calle. "No despiertes a los críos. ¿Para qué? Me llevan a la cárcel, ¿no es verdad, señor?" "Efectivamente", contesta el matador, que a veces no tiene ni veinte años.

Después es la subida al camión, en donde se encuentra con dos o tres camaradas, también sombríos, también resignados, la mirada vaga... "Hombre." La camioneta chirría, se estremece. Todavía un momento de esperanza mientras continúan por la carretera general. Pero he aquí que ya empiezan a aminorar la marcha; se meten dando tumbos en el hoyo de un camino de arena. "¡Bajen!" Baján, se alinean, besan una medalla o solamente la uña del pulgar. ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! Los cadáveres se colocan al borde del talud, donde a la mañana siguiente les encontrará el sepulturero, con la cabeza estallada, la nuca descansando sobre un espantoso cojín de sangre negra coagulada. Digo el sepulturero porque han tenido la precaución de hacer todo no lejos de un cementerio. El alcalde escribirá en su registro: "Fulano de Tal y Tal, muerto de congestión cerebral".

La primera fase de depuración duró cuatro meses. En el transcurso de estos cuatro meses, el extranjero, primer responsable de estas muertes, no dejó de figurar en el puesto de honor en todas las manifestaciones religiosas. Estaba generalmente asistido por un capellán reclutado de prisa, muy ceñido, prieto en sus leguis y en sus botas, con la cruz blanca sobre el pecho y sus pistolas al cinto. (Este cura fué después fusilado por los militares.) Nadie hubiera osado dudar de los amplios poderes del general italiano. Sé de un pobre religioso que le suplicó humildemente que perdonara la vida a tres mujeres jóvenes de origen mejicano, a las cuales juzgaba sin culpa después de haberlas confesado.

"Está bien—contestó el conde, que se preparaba a acostarse—; ya consultaré con mi almohada."

A la mañana siguiente las hizo fusilar por sus hombres.

De este modo, hasta diciembre, los caminos hondos de la isla

por los alrededores de los cementerios recibieron religiosamente su cosecha de malos creyentes. Obreros, aldeanos, pero también burgueses, farmacéuticos, notarios. Al pedir a un médico amigo mío el cliché que había hecho hacía algún tiempo uno de sus colegas, radiólogo—el único radiólogo de Palma—, me respondió sonriendo: “Me pregunto si se encontrará... Este pobre ha sido licenciado el otro día”. Estos hechos son conocidos de todos.

Una vez ya casi terminada la depuración en las casas hubo que pensar en las cárceles. ¡Comprenderéis cómo estaban de llenas! Llenos también los campos de concentración. Y llenos los barcos desmantelados. Los siniestros pontones guardados noche y día, sobre los cuales, por exceso de precaución, desde que cerraba la noche pasaba y repasaba el lúgubre pincel de un faro, que desgraciadamente yo veía desde mi cama. Entonces empezó la segunda fase, la de depuración de cárceles.

Un gran número de sospechosos, hombres y mujeres, escapaban a la ley marcial por faltar hasta ese pequeño delito material susceptible de ser juzgado por un Consejo de guerra. Se empezó entonces a soltarlos por grupos, según su lugar de origen.

A medio camino vaciaban la carga en la fosa.

Ya sé..., no me dejáis continuar. ¿Cuántos muertos? ¿Cincuenta? ¿Quinientos? La cifra que voy a dar ha sido facilitada por uno de los jefes de la represión de Palma. La evaluación popular es bien diferente. No importa. A principios de marzo de 1937, después de siete meses de guerra civil, se contaban tres mil de estos asesinatos. Siete meses tienen doscientos diez días, o sea quince ejecuciones por día. Me permito recordar que la isleta puede ser fácilmente atravesada en dos horas de un extremo a otro. Un automovilista curioso, tomándose un poco de trabajo, hubiera podido ganar la apuesta de ver destrozar quince cabezas de librepensadores por día. Estas cifras no son ignoradas del obispo de Palma.

Evidentemente, cuesta trabajo leer esto. También a mí me cuesta el escribirlo. Me costó más todavía el verlo, el oírlo. ¿Menos de lo que vosotros creéis quizá?... Hemos aguantado a pie firme mi mujer y yo, no por bravata, ni siquiera con la esperanza de poder ser útiles—podíamos tan poco en fin de cuentas—, sino más bien por un sentimiento de profunda solidaridad hacia esas bravas gentes, cuyo número aumentaba cada día, que habían conocido nuestras esperanzas, nuestras ilusiones, se habían rehusado palmo a palmo a la evidencia, compartían nuestras angustias. Ellos no eran libres; nosotros lo éramos. Me acuerdo de aquellos jóvenes falangistas o requetés, de aquellos viejos curas que habiendo pronunciado uno de ellos unas palabras imprudentes tuvo que tragarse un litro de aceite de ricino bajo la amenaza del revólver. Si yo hubiera vivido allá en la intimidad de hombres de izquierda es posible que su manera de protestar hubiera desatado en mí ciertos reflejos de hombre de partido, de los cuales no soy dueño algunas veces. Pero la decepción, la tristeza, la piedad, la vergüenza, ligan

mucho más estrechamente que la protesta y el odio. Se despierta uno por la mañana cansado; va uno a salir, y he aquí que se encuentra en la calle, en la mesa del café, en el pórtico de la iglesia, a este o a aquel amigo a quien se había creído hasta entonces al lado de los asesinos y que os dice de repente, con los ojos llenos de lágrimas: "¡Es demasiado! ¡Ya no puedo más! Mire lo que acaban de hacer". Me acuerdo de aquel alcalde de un pequeño pueblecito al cual su mujer había preparado un escondite dentro de la cisterna. El infeliz a cada alarma se acurrucaba en el fondo de una especie de nicho a pocos centímetros del agua quieta. Le sacaron de allí en pleno mes de diciembre tiritando de fiebre. Se lo llevaron al cementerio, lo tumbaron de un balazô en el vientre, y como no se apresuraba a morir, sus verdugos, que vivían no muy lejos de allí, volvieron con una botella de aguardiente un poco borrachos. Introdujeron el gollete de la botella en la boca del moribundo y después le rompieron en la cabeza el frasco vacío. Repito que estos hechos son públicos. No tengo miedo a que me desmientan. ¡Ah! ¡La atmósfera de terror no es lo que vosotros pensáis! La primera impresión es de un tremendo error, que confunde todas las cosas, que mezcla inexplicablemente el bien y el mal, los culpables y los inocentes, el entusiasmo y la crueldad. ¿He visto bien?... ¿He comprendido bien?... Os aseguran que esto se va a acabar, que se ha acabado ya. Se respira. Se respira hasta el próximo asesinato, que os coge descuidado. El tiempo pasa..., pasa. Y luego... ¿qué?... ¿Qué queréis que os diga? Los curas, los soldados, esa bandera roja y oro—ni oro para comprarla, ni sangre para venderla—. Es muy duro ver envilecerse bajo nuestros ojos aquellos que hemos nacido para amar.

Recordaré únicamente una interviú hecha a una de las religiosas de Porto-Cristo y que se publicó *in extenso* en todos los diarios de Palma: *El Día*, *El Almudaine* (diario católico dicen los titulares), *Ultima Hora*.

El diminuto pueblo de Porto-Cristo fué el punto de desembarco de las fuerzas catalanas en agosto de 1936. No habiendo podido además hacerse paso nunca, tuvieron que reembarcarse seis semanas más tarde. Estas religiosas dirigían un pensionado, que por las vacaciones entonces estaba desierto. La superiora le contaba al periodista con gran tono la entrada de los rojos, el primer contacto de sus "hijas", aterradas, con los milicianos de Barcelona, que les dieron brutalmente orden de preparar las camas para los heridos. En medio de todo aquel desorden aparece de repente un sudamericano, una especie de gigante, con el revólver en la mano y que se presenta de esta manera: "Hermanas, yo soy católico y comunista. Al primero que os falte al respeto le salto la tapa de los sesos". Durante dos días este hombre se multiplica: abastece a las enfermeras, venda con ellas a los heridos, cuyo número crece sin cesar, y en los raros momentos de descanso sostiene con la superiora una controversia burlona, que ésta cuenta al periodista con un tono humorístico bastante enternecedor.

Por fin, el alba del tercer día comienza a despuntar, y la religiosa termina así su relato: "Oímos un vivo fuego de fusilería; los heridos se inquietan, los milicianos salen corriendo y nosotras nos ponemos de rodillas apresuradamente, suplicando al cielo en favor de nuestros libertadores. Los gritos de "¡Viva España!", "¡Arriba España!", empiezan a resonar en nuestros oídos y las puertas ceden.

A qué contarle más; los *heroicos* soldados entran por todas partes y ajustan las cuentas a los heridos. El sudamericano fué el último que mataron."

Ignora lo que hicieron o lo que no hicieron los "cruzados" de la Península. Sé únicamente que los cruzados de Mallorca ejecutaron en una noche a todos los prisioneros recogidos en las trincheras catalanas. Los llevaron en manada hasta la playa y se les fusiló sin prisas, bestia por bestia. Pero, no. Excelencias, yo no enjuicio a vuestro venerado hermano el arzobispo de Palma. Se hizo representar, como de costumbre, en la ceremonia por un cierto número de curas de su arzobispado que, bajo la vigilancia de los militares, ofrecieron sus servicios a aquellos desdichados. Ya podéis imaginaros la escena. "¡Vamos, padre; éste está ya listo! Un momento, señor capitán; en seguida se lo doy". Sus excelencias afirman haber obtenido en semejantes circunstancias resultados muy satisfactorios. ¡Qué pueden importarme! Con un poco más de tiempo ante ellos y, por ejemplo, tomándose el trabajo de sentar los pacientes en una olla de agua hirviendo, estos eclesiásticos hubieran obtenido todavía éxitos mayores. Hubieran cantado hasta vísperas; porque no... Por mí... Una vez el trabajo terminado, los cruzados separaban las bestias por lotes, manada absuelta y no absuelta; después los rociaban de esencia (que allí llaman gasolina). Es muy posible que esta purificación por el fuego haya adquirido entonces, por la presencia de los sacerdotes en servicio, una significación litúrgica.

Desgraciadamente, yo solamente no he visto más que a los dos días a estos hombres negros y relucientes, retorcidos por las llamas, y algunos de los cuales afectaban en la muerte posturas obscenas, capaces de entristecer a las damas palmesanas y a sus distinguidos confesores. Un alquitrán hediondo salía de ellos en regueros y humeaba bajo el sol de agosto. Creo que, precisamente, Mr. Bailby, director de *Le Jour*, es algo en el Sindicato de Periodistas. ¿No? Entonces le notifico que el señor barón Guy de Traversay, secretario general de *L'Intransigeant*, estaba entre estos muertos..."

Mussolini decía recientemente en Génova que no era posible un acuerdo entre el Gobierno de Francia y él, porque el Gobierno de Francia deseaba la victoria de Barcelona en lugar de la de Franco.

No recuerdo yo aquí esta frase sólo por la imprudencia y el dictamen que prueban, sino para aquellos de nuestros compatriotas que, hablando el mismo lenguaje, afirman que es la "desdicha-

da cuestión española" la que divide a los franceses; y deducen de esto que para el bien de nuestra unidad cuanto antes se acabe con la República madrileña será mejor. Pues bien; que el ejemplo de Georges Bernanos les desengañe. El no deseaba, desde luego, lo que vosotros llamáis "la victoria de los rojos", y los acontecimientos de España no le han separado, por lo tanto, del sentimiento que Mussolini atribuye generosamente al Gobierno de nuestro país. Los acontecimientos de España, lejos de dividir a los franceses, es decir, a los que no sueñan con entregar Francia a los extranjeros, les han hecho descubrir la unidad francesa. Los han acercado. No quiero yo aquí forzar el pensamiento de G. Bernanos, ni prestarle el mío. Pero ¿quién me hará creer, por ejemplo, que el hombre que ha escrito la página que acabamos de leer o que ha relatado el caso del pensionado de las religiosas de Porto-Cristo no se siente mucho más cerca del comunista sudamericano que de los asesinos de Guy de Traversay? ¿Quién me hará creer que fué por sorpresa o por irreflexión por lo que este hombre firmó la declaración de fraternidad que nos ha unido a Malraux, combatiente del cielo republicano de España, con François Mauriac, que también conoce la crueldad burguesa de nuestro país? ¿Quién me hará creer que no es la desdichada España la que nos ha unido a nosotros, franceses?

Y se me disculpará de sentirme orgulloso y de esperar que el caso particular de trece escritores franceses no es más que una muestra de lo que sucede en mi país.

GERMAN BLEIBERG

AMANE CER

POEMA DRAMÁTICO EN UN ACTO

Al Teniente Coronel FRANCISCO CIUTAT

PERSONAJES

MUJER. (De unos treinta y cinco años de edad, alta, morena, delgada.)
NIÑO. (De unos diez años, descalzo, con la camisa destrozada y el pantalón roto.)
CUATRO MILICIANOS.
UN TENIENTE DE MILICIAS.
DOS REQUETÉS.

DECORADO

La acción se desarrolla hacia el mes de abril de 1938, en el frente de Madrid.

Es primavera, y sobre las trincheras florecen amapolas y margaritas, entre hierbas medio quemadas.

A la izquierda del público, la trinchera fascista, ocupada por dos requetés. A la derecha, la trinchera republicana, guarnecida por dos milicianos.

Se verán los dos interiores de ambas trincheras, así como si la tierra estuviera cortada verticalmente en la boca del escenario.

Delante de la trinchera fascista, sacos terreros y una alambrada. Lo mismo delante de la trinchera ocupada por los milicianos.

Entre las dos alambradas, un breve espacio, que es como un camino que se pierde en el horizonte. Todo el decorado descenderá desde el fondo hacia adelante. Y en el fondo, junto a un árbol medio tronchado, aparecerá la mujer, andando lentamente hasta hallar una piedra situada en el centro del escenario.

Son las cuatro de la madrugada, y según transcurre el acto va amaneciendo, hasta que es totalmente de día.

NIÑO.—Madre, largo es el camino.

MUJER.—Más larga fué la muerte.

(Siguen andando hacia el centro.)

NIÑO.—Madre, ¿qué es la muerte?

MUJER *(Parándose y meditando)*.—La muerte queda atrás. Tu padre queda atrás, muerto; tu hermano, muerto. *(Gritando.)* ¡Tu

hermana, muerta! ¿Tú no lo sabes? (*Cambiando el tono.*) Y no estaban enfermos: eran fuertes como árboles; sanos como manzanas frescas. (*Sollozando.*) Pero hoy están secos y fríos, ¡muertos!

NIÑO (*Abrazándose a las faldas de la mujer*).—Madre, tengo miedo. Está muy oscura la noche. Se oye tan clara tu voz en el silencio.

MUJER.—Sí, sí; mi voz. ¡Mi voz! Pero ellos, ¡muertos! (*Pausa. Con misterio.*) ¿Sabes tú, hijo mío, quién es la Guardia civil?

NIÑO (*Sigue abrazado a la madre*).—La Guardia civil...

MUJER (*Casi entre dientes*).—Esos asesinos, como sombras, ¿sabes?; hasta hoy no te podía hablar. Pero hoy me siento libre, hoy puedo decirte en voz alta que soy tu madre; hoy puedo gritar al mundo que tu padre fué asesinado una noche de verano, por la espalda, cuando soñaba con el trigo maduro; tu hermano, lo mismo... (*Llorando.*) ¡Ah, y tu pobre hermana! ¡Desgraciada Aurora!

NIÑO (*Como recordando*).—¡Cómo lloraba!

MUJER.—¡Qué dolor sentía aquí en la garganta, en los huesos, en el pecho! ¡Ay, hijo mío! ¿Sabes? Vivíamos tan bien y era tan dulce todo: éramos pobres, muy pobres, pero tan felices... Hasta que a tu padre lo prendieron, y ¿sabes por qué? (*Gritando.*) ¿Por qué? Por ser pobre, por ser un pobre labrador castellano... Y después... Pero ya has visto tú mismo, hijo mío...

NIÑO.—Tú me dijiste qué había salido a un viaje. Y que tardaría mucho tiempo en volver...

MUJER.—Sí... Tardaría mucho... No, no; ya ha vuelto; vuelve todas las noches, porque los muertos vuelven y sus huellas sangrientas marcan nuevos caminos a los hombres. Tu padre ya ha vuelto. (*Pausa.*) Tú ignoras hacia dónde vamos. (*Pausa.*) Estamos recorriendo lo que anduvo tu padre para volver...

NIÑO.—No te entiendo, madre.

MUJER (*Gritando*).—¡He perdido la razón! ¿Por qué me llamarían en ese pueblo maldito estos últimos meses "la loca"? ¿Yo loca? ¿Yo, que llamé la atención por mi belleza, por mis ojos negros como noches o como la muerte? (*Riéndose a carcajadas.*) ¡Sí, sí, la loca!

(*Han ido acercándose a la piedra del centro del escenario.*)

Siéntate, hijo, vamos a descansar... (*Se deja caer como deshecha.*)

NIÑO (*Sentándose, y abrazando a su madre*).—¿Qué tienes, madre? ¿No sabes que estoy temblando de miedo?

MUJER (*Reposadamente*).—Descansa: la historia es larga; el mundo, muy grande y el día vendrá pronto... (*Aspirando el fresco de la mañana.*) ¡Ah, tranquilo amanecer! (*Sombria.*) Sólo la muer-

te es pequeña como un grano de arena, como un látigo ó como una bala de pistola. No hay ni médicos ni enterradores capaces de salvarte de su pequeñez... Es tan pequeña: para ti, hijo mío, sería como una mariposa; sólo para mí es como el mar ó como estos vastos campos de trigo. ¿Sabes? Estamos huyendo de la muerte, de tu padre muerto, de tus hermanos muertos, y tú eres tan diminuto (*Acariciándole.*), así abrazado a mí, que pareces otra muerte, otra agonía... (*Llorando.*) ¡Ay, hijo mío, cuánto te quiero! ¡Te pareces tanto a mi pobre Miguel! Miguel era igual que tú: tu padre tenía los ojos oscuros, la mirada sincera. ¿Ves? (*Se incorpora.*) Ahora creo que me está mirando. Hace veinte meses que sus ojos me persiguen y me alientan. Hace veinte meses que no duermo, que no puedo dormir nada más que cuando lloro mucho, y entonces siento como si tuviera ortigas en la garganta, como si mi corazón estuviese lleno de corchos podridos. (*Vuelve a sentarse y habla lentamente.*) Siempre creía yo que algún día dejaríamos de ser pobres, que aquella tierra tan trabajada por nosotros llegaría a ser nuestra. Soñaba con hijos jóvenes y limpios, con su ropa de fiesta nueva, con ver todos sus anhelos cumplidos. Carlos, ¿te acuerdas, hijo mío, te acuerdas?, decía que le gustaría ser médico; Aurora pensaba en una escuela, en ser maestra de otros niños. ¡Ella maestra, la pobre, que no sabía ni leer! (*Gritando.*) ¿Por qué tanta injusticia? (*Besando al niño.*) ¿Y tú, en qué pensabas?

NIÑO (*Abrazando más a la madre.*)—Madre, madre, tengo miedo y sueño.

MUJER.—Sí, sí. Es largo el camino. Pero pronto llegaremos. ¿Sabes a dónde vamos? Yo he ido perdiendo la noción de todo: del tiempo, del paisaje, de la vida y hasta de la muerte. ¿Me creerás si te digo que no sé si estoy viva o muerta? (*Pausa.*) ¡Qué tonta soy! (*Se ríe y de pronto detiene secamente la risa. Sombria.*) ¿Pero por qué me llamarían en el pueblo “la loca”? ¿Lo comprendes tú, hijo mío? (*Pausa.*) Pero déjalos. Ya no me llamarán más “la loca”. ¿Entiendes? Ya aquel sargento de la Guardia civil, aquel gusano horrible que tenía bigotes de serpiente gris, no me pisoteará más con su risa llena de espuma, gritándome: “¿Lloras por él? ¡Ah, pobre viudita! Pobre angelito, y qué bueno era tu marido...” Y seguía con sus carcajadas diciendo que yo tenía que ir por las calles del pueblo, riendo como él, llena de alegría, dando vivas a Franco; que estaban prohibidos el llanto y el luto... Y una noche buscan a tu hermano; y una tarde, allá por noviembre, Aurora desaparece. Voy corriendo a la cárcel, pregunto en el Ayuntamiento, hasta que oigo el rumor sordo y duro de las vecinas: Aurora ha muerto... (*Gritando.*) ¡Aurora ha muerto, y no llora nadie, no sangra nadie, todo el mundo duerme todavía. (*Pensativa.*) Entretanto, hay alemanes—¿sabes tú eso?—

sentados en la plaza del pueblo, bebiendo cerveza, cantando canciones alemanas... Son los alemanes que vuelven a descansar de los frentes... No hablan nada más que para mandar. Entran en las casas de los pobres, exigen comida; nadie se atreve a negársela; y luego preguntan si hay mujeres en la casa, si hay muchachas jóvenes; cuando las ven, quieren abrazarlas y besarlas... ¿Te acuerdas de Isabel? Un día la cortaron el pelo, aquel pelo negro como cipreses, y con la cabeza calva la obligaron a estar dos días y dos noches en la plaza, de pie, entre dos guardias civiles. Todo el que pasaba delante de ella tenía derecho a apedrearla, a mancharla y a insultar su nombre. Pasó mucha gente, y todos, al ver su semblante triste y alargado por el llanto, bajaban la cabeza, avergonzados... Nadie la insultó, nadie le tiró una piedra, ninguno hizo ademán contra Isabel ni pronunció palabra. Sólo en el balcón del Ayuntamiento, dos aviadores alemanes y dos extranjeros heridos se reían sin cesar... (*Volviéndose al niño.*) ¿Me oyes? Tú no sabías nada de todo esto; claro, como no te dejaba salir a la calle, y dentro de la casa no podíamos ni hablar ni movernos: las paredes eran como cristales para la Guardia civil y los falangistas... (*Pausa.*) Dos días después, Isabel murió. Todo el pueblo quiso acompañarla hasta el cementerio. Pero hubo bayonetas suficientes para impedirlo, y no fué nadie. Las flores que para ella habíamos cortado fueron secándose, y allí, en el pueblo, su madre continúa llorando y a más de uno le han nacido flores nuevas en el corazón, flores del arrepentimiento... Me dijeron que un guardia civil lloró la noche que enterraron a Isabel... (*Pausa.*) ¿Son unos falsos! Pero es posible: a veces creo que si todo dependiera de españoles, aún podría esperarse algo de su clemencia. ¿Pero esperar algo de los alemanes? Nunca. Te tratan como a un esclavo. Su deseo es una orden que hay que cumplir en el acto. Si no, tu vida...

NIÑO.—Madre, ¿por qué habrán venido tantos alemanes aquí?

MUJER.—Y no son ellos solos. (*Con misterio.*) Yo no los he visto, pero me han dicho que hay también italianos por Burgos, por Málaga y otras capitales. Yo no sé a qué habrán venido, hijo. Sólo veo que son los que mandan en España, los que ríen y gozan de la vida, y son los que pueden matarte si quieren sin que haya ley alguna impidiéndolo... Allí, en el pueblo—tú no sabías nada—, yo me arrastraba por las calles y por las esquinas pidiendo el pan que tú luego comías, y veía solamente caras tristes y llorosas, escuchaba gemidos llenos de dolor, y todos, si tenían pan, me lo daban... ¿Sabes? El pueblo español es buen pueblo. Y los castellanos muy generosos. Todos dan lo que tienen a los hambrientos y a los desgraciados como nosotros. Y también, cuando pueden, luchan por la patria, contra los alemanes y los italianos... (*Pausa.*) No hace mu-

chas semanas se enteraron los labradores del pueblo de que el trigo que con tanto sudor habían sembrado, cultivado y segado después, iba a salir para Alemania. A las dos horas, cuando se corrió el rumor por todo el lugar, no quedó grano de trigo que no se hubiera convertido en ceniza. El fuego abrasó el pan de todo un año. (*Gritando.*) Hicieron bien nuestros hombres: Castilla prefiere morirse de hambre a alimentar a Alemania obligados a ello por sus armas... (*Con misterio.*) Pedro y Leonardo huyeron, siguieron el mismo camino que nosotros llevamos. (*Muy bajo.*) Se pasaron... ¿No entiendes? Se fueron con los rojos... (*Con dolor.*) A los otros cinco, su heroísmo y su amor a España les costó la vida. Aquella misma noche los fusilaron a la vista del pueblo... Pero no fué nadie... ¿Es posible hacer tantas cosas contra la voluntad del pueblo? (*Gritando.*) ¡Sí, no fué nadie! El pueblo no quiere asesinatos. El pueblo pide justicia y le contestan con crímenes, más crímenes... Déjalos, ya se ahogarán en la sangre que hoy están derramando... (*Con mucho entusiasmo, cambiando bruscamente de tono.*) ¡Ah, pero enfrente, aquí muy cerca ya, hay gente nuestra, gente nuestra que nos vengará; hay milicianos, soldados del pueblo, que luchan sin cesar por el pueblo y por España. Hacia ellos vamos; volvemos a España, hijo mío, después de veinte meses de dolor y crimen; los milicianos cantan; su cántico victorioso va de llanura en llanura, de río en río, de monte en monte; todo el mundo habla de ellos; y son españoles; y todo pueblo que se defiende, por su libertad y su independencia, causa admiración y orgullo a los otros pueblos... (*Mira de repente al hijo y cambia de tono.*) ¿Pero qué tienes, hijo? ¿Por qué estás tan pálido? ¿Por qué tiemblas?

NIÑO.—Madre, el frío y el miedo...

MUJER.—¿Frío? Es el relente de la mañana. ¿No ves cómo amanece? ¡Qué cielo tan azul y tan rojo en la lejanía! (*Con odio.*) Pero me recuerda a la sangre. Siempre me acuerdo de la sangre. ¡Ah, si no hubiera venas como alcantarillas de aldea en los cuerpos humanos! La sangre... (*Al hijo, en otro tono.*) Pero ya pronto nos pondremos en camino nuevamente. Hay que esperar el día, porque no sé dónde estamos. (*Ensimismada.*) Me parece tan extraño todo esto: un campo sin cultivos, el amanecer tan nuevo, el poder hablar a mi hijo sin miedo, y al fin, ¿qué es lo que dejo atrás? Treinta y cinco años de vida. Hace diecisiete años, en una mañana de primavera como ésta, nos unieron, nos casaron. Miguel sonreía; yo le miraba con la alegría de mi juventud en la mirada. Y un cura muy viejo nos decía que nunca, nunca, nos separaríamos. ¡Qué dulce y qué amarga la palabra: Nunca! Hoy otro cura—aquél murió—domina la iglesia del pueblo. Y más que la iglesia, el cementerio. El perdona que se mate al campesino; odia a los pobres...

Aquel viejecito repetía todos los días, a la puerta de los labradores agonizantes: "Los últimos serán los primeros". El de hoy, no. Es un asesino. (*Clamando al cielo.*) ¿Cómo he podido dejar de creer en ti, Dios mío? (*Ensimismada otra vez.*) Es tan negra la vida del campesino, que de tanto mirar a la tierra, al suelo, nosotros hemos olvidado al cielo y el cielo nos ha olvidado a nosotros... (*Pausa. Después, ensimismada.*) ¿Pero qué tengo? Siempre vuelvo a lo mismo: Miguel, siempre acordándome de Miguel. Es que la muerte echa raíces en el corazón y luego no hay quien las arranque. ¿Pero quién sabe? Con el tiempo todo se pudre: también en el corazón hay gusanos que acaban bebiendo su sangre y mordiendo la carne... (*El niño está dormido.*) Seguramente, el cambio de vida me hará olvidar... (*Al niño.*) Hijo, ya se van distinguiendo las cosas; el día se acerca... (*Pausa.*) ¿Pero estás dormido? ¿Qué entiendes tú de todo lo que hablo con esta fiebre que debo tener? Estarás soñando: Tus pies ya no pisarán más descalzos la tierra del dolor; tu vida será el bienestar entre el trabajo y los hombres buenos. ¡Ay, hijo mío (*Abrazándole.*), cómo te quiero! (*Lo besa y el niño despierta sobresaltado.*)

NIÑO.—¿Me había dormido?

MUJER.—Sí, hijo.

NIÑO.—¿He dormido mucho?

MUJER.—Un momento.

NIÑO.—He soñado, madre. Tengo miedo.

MUJER.—¿Qué has soñado, hijo mío?

NIÑO.—Con una serpiente negra. Te mordía los ojos y tú te reías.

MUJER (*Sonriendo*).—Son pesadillas del frío y del miedo. Como tienes los pies descalzos, pobre hijo mío...

NIÑO.—No, madre; tengo miedo, malos pensamientos. Tú te reías mucho y una serpiente te mordía los ojos. ¡Ay, madre, tengo miedo!

MUJER (*Abrazándole*).—Ven aquí, hijo mío. ¡Qué tranquilidad tan hermosa te espera! Mira, toda la vida es tuya. Desde ahora en adelante serás dueño de ti mismo. El mundo será para ti como un jardín siempre en flor, como una llanura siempre cubierta de frutos. También la sangre da sus frutos. (*Cambiando el tono.*) Y ahora creo que debemos de seguir andando. Ya el día clarea. Cada vez está más próxima y más alta la luz. ¡Con qué emoción late mi corazón ahora! Algo nuevo se cierne sobre mí. Soy ya una vieja campesina, una vieja labradora castellana, que busca el mundo joven... (*Se levanta, coge al niño de la mano y habla lentamente.*) Tierra trabajada por mis manos; sangrienta tierra de España: de tus cenizas nacen hombres nuevos; la juventud brota de tu vientre he-

rido; y el sol se acerca a todos los corazones. (*Ya es casi de día.*) ¡Con la luz, qué bien se distingue todo! (*Señalando a su derecha.*) Allí queda un mundo viejo, podrido, que agoniza bajo la risa sucia y criminal de los alemanes y de los italianos. (*Señalando a su izquierda.*) Y aquí, aquí mismo, bajo mis pies, hasta más allá de miles de horizontes, la nueva España surge entre la niebla, la España de los españoles, de los obreros y de los campesinos. (*Pausa.*) Yo no he visto desde hace veinte meses la tierra de nuestra noble patria. Pero en mis ojos, en mis brazos, en mis labios, en mi sangre, en todo mi ser, vibraba su altísimo sonido: España, España... (*Pausa.*) Vamos, hijo... (*Empiezan a andar hacia adelante y la mujer advierte las alambradas.*) ¿Pero dónde estamos? ¿El frente? Alambradas, trincheras... ¿Estaré loca? ¿Me habrán oído? ¿Y hacia dónde he de ir ahora? (*Muy bajo, al hijo.*) No me hables. Es peligroso.

(Según se ha ido haciendo el día, el público ha podido ir descubriendo las trincheras, en las que, desde el primer momento, están, en la derecha (visto desde el público), dos milicianos, y en la de la izquierda, dos requetés. La mujer está entre las dos alambradas, un poco encogida, con el hijo de la mano.)

MILICIANO 1.º—Noche tranquila hemos tenido.

MILICIANO 2.º—Como todas en estos últimos meses.

MILICIANO 1.º—Pero esta calma no puede durar mucho.

MILICIANO 2.º—Como nos hemos propuesto ganar la guerra, habrá que darles una buena lección a esos canallas de enfrente.

MUJER (*Al niño, muy bajo*).—¿Quién hablará? Hijo, no tengas miedo.

REQUETÉ 1.º—Ya va durando mucho todo este lío, ¿sabes? Creo que con coger kilómetros no se gana la guerra, y sí, en cambio, se matan hombres y más hombres.

REQUETÉ 2.º—No te preocupes. Son italianos los que caen.

REQUETÉ 1.º—También de los nuestros han caído los mejores. Además, los italianos ya nos han pasado una cuentecita... ¿Sabes lo que quiero? Que termine esto como sea, volverme a mi casa y olvidarme de frentes, de parapetos y de guerra... ¡Estoy harto!

MUJER (*Como antes*).—¿Oyes, hijo mío?

(Desde la trinchera de la derecha, las voces de los milicianos 3.º y 4.º cantan con alegría. Al terminar la canción, aparecen en la trinchera.)

Por la Casa de Campo,
por la Casa de Campo,
por la Casa de Campo,
mamita mía,
y el Manzanares,
y el Manzanares,

quieren pasar los moros,
quieren pasar los moros,
quieren pasar los moros,
mamita mía,
no pasa nadie,
no pasa nadie.

(Música de *Los Cuatro Muleros*, de Federico García Lorca.)

MILICIANO 1.º—Ya está aquí el relevo. ¿Qué hay, camaradas?

MILICIANO 3.º—Nada nuevo.

MILICIANO 2.º—Cantando, como siempre.

MILICIANO 4.º—Como siempre; es la verdad: No pasa nadie; por aquí al menos, no pasarán.

MUJER (*Corriendo hacia la alambrada derecha*). — ¡Salud, camaradas!

REQUETÉ 1.º—¡Alto! (*Dispara: la mujer cae herida y el niño logra atravesar la alambrada y llegar a la trinchera de los milicianos*).

MILICIANO 1.º—¡Cobardes! Siempre seréis los mismos: asesinos de mujeres y niños.

MUJER (*Está echada sobre el suelo con una mano sobre el pecho*).—Ahora, cuando empezaba a ver la luz, cuando estaba tan cerca de la verdadera vida...

REQUETÉ 2.º—Además os hemos hecho un favor. ¿No decís que no "pasa nadie"? Pues claro, no pasa nadie porque nosotros no dejamos que pase nadie...

MUJER (*Como antes*).—Camaradas, yo estoy herida de muerte... Pero la campesina española revive, brota de los campos, entre los trigos...

(*El miliciano 1.º sale de la trinchera para salvar a la mujer. Se entabla un tiroteo escaso y ligerísimo.*)

Sabedlo vosotros, asesinos, ¡no pasa nadie! Mientras vosotros me habéis perseguido hasta la muerte, esta misma muerte mía será la vuestra...

REQUETÉ 1.º (*Riéndose*).—¡Ja, ja, ja! ¡Qué buen tirador soy! ¡Del primero!...

MUJER (*Cada vez con menos fuerza*).—¿Qué vale tu risa cuando España entera llora... por esos asesinos..., alemanes..., italianos?...

(*El miliciano 1.º ya ha cogido el cuerpo de la mujer, ha pasado las alambradas, y está entrando en la trinchera. En este momento sale el teniente y cesa el tiroteo.*)

TENIENTE.—¿Qué pasa, compañeros?

MILICIANO 1.º—Nada. (*Incorporando un poco a la mujer.*) Aquí la tienes... Obra fascista...

TENIENTE.—¡Rápido! El botiquín...

(*Miliciano 2.º entra por la derecha al interior de la trinchera.*)

MUJER (*Con voz muy baja*).—Gracias, hermanos, compañeros; gracias... Creo que es inútil todo.... Sólo os pido que a mi hijo, a mi pobre hijo... (*Cae muerta.*)

TENIENTE.—¡De prisa! ¡Camaradas, agua! ¡Traed agua! Es una pobre evadida con su hijo.

(*Silencio. Intentan incorporarla. Sale miliciano 2.º con un vaso de agua y algunos útiles de botiquín.*)

MILICIANO 1.º (*Dándole de beber*).—Es tarde...

TENIENTE.—Parece estar muerta... Avisa a los camilleros y que la lleven al Hospital.

(*Miliciano 1.º sale por la derecha.*)

MILICIANO 2.º (*Al niño*).—No temas, muchacho. Aquí, en este parapeto, tienes a tus nuevos amigos, a tus nuevos hermanos, a tus verdaderos hermanos.

TENIENTE (*Acariciando al niño*).—Que te cuidarán siempre...

MILICIANO 3.º—Que te querrán como te quiso tu madre...

NIÑO (*Besando el rostro de su madre muerta*).—Sí, mi pobre madre... Yo había soñado... (*Llorando.*) Yo ya lo sabía...

TENIENTE.—De niño empiezas a sentir el sacrificio que a todos nos ha impuesto España...

MILICIANO 1.º (*Saliendo*).—Ya viene aquí la camilla...

NIÑO.—Madre, madre, ¿adónde te llevan?

(*Entran dos camilleros con la camilla. Entre todos colocan a la mujer sobre ella.*)

TENIENTE (*Habla lentamente*).—Esperad. La primavera también da sus flores a los parapetos. A veces, entre la escasa hierba que ha crecido por algunos rincones, se hallan amapolas o margaritas. Son las tristes flores del frente, las que sobreviven al fuego del enemigo y que nos recuerdan la dulzura y nos prometen un bienestar muy próximo. Arrancad algunas flores y cubrid la sábana con ellas. Que lo que esta pobre mujer no ha visto viva que lo sienta muerta. Que conozca el íntimo calor de las flores.

(*Todos los milicianos buscan flores y las van colocando sobre la sábana. El niño está junto a la camilla, llorando.*)

Nosotros reconocemos el mérito que supone huir de los fascistas para venir a nuestro lado. (*Mirando hacia las flores.*) ¡Que lo sepa el mundo: es un símbolo de la nueva España que forjan nuestros fusiles; al lado de éstos, junto al acero y a la sangre vertida por nuestra independencia, ya brotan las primeras flores... (*Después de una pausa.*) ¡Llevala ahora! (*Salen los camilleros con la camilla por la derecha.*) Y acompañad al niño hasta el puesto del comandante... O yo mismo me voy con él.

NIÑO (*Llorando*).—¿Adónde llevan a mi madre?

TENIENTE (*A los milicianos 1.º y 2.º*).—Y vosotros a descansar, y que entren de puesto los otros.

(*El teniente sale con el niño. En la trinchera de la derecha quedan los cuatro milicianos. En la de la izquierda, los dos requetés hablan entre sí.*)

MILICIANO 1.º—¡Duro amanecer!

MILICIANO 2.º—Así es la guerra.

MILICIANO 3.º—Y si España lo exige, cosas más duras habremos de soportar.

MILICIANO 4.º—Ningún sacrificio está de más. Y tenemos que cumplir lo prometido al niño.

Todos.—Lo cumpliremos.

MILICIANO 3.º—Ahora marchaos a descansar un poco.

MILICIANO 1.º—Sí. (*Al miliciano 2.º*) Vamos, camarada. (*A los otros.*) ¡Salud y suerte!

MILICIANOS 3.º Y 4.º—¡Salud!

(*Los milicianos 1.º y 2.º se alejan por la trinchera cantando:*)

Por la Casa de Campo,
por la Casa de Campo,
por la Casa de Campo,
mamita mía,
y el Manzanares,
y el Manzanares,
quieren pasar los moros,
quieren pasar los moros,
quieren pasar los moros,
mamita mía,
no pasa nadie,
no pasa nadie.

Y mientras termina la última parte del cantar cae el

T E L Ó N

CORONEL ORTEGA

UNA ANECDOTA DE GUERRA

Eran los primeros días de noviembre de 1936. El enemigo se acercaba a grandes marchas a nuestro Madrid. Yo me puse al frente de las gloriosas Milicias vascas antifascistas. Con ellas reconquisté Boadilla del Monte. Me nombraron comandante militar de la plaza; me enviaron algunos refuerzos en hombres: "Batallón Acero", del 5.º regimiento, y "España Libre". Nuestra posición era atrevidísima y francamente insostenible. El enemigo se hallaba a las puertas de la Ciudad Universitaria y Casa de Campo. No tenía ni una pieza de artillería ni antitanques. Las horas de reposo, que eran contadas, había que acostarse en el suelo y vestido, pues era menester estar preparado a todo evento. Entonces se me ocurrió que, para engañar al enemigo y darle sensación de que contaba con reservas, tocasen diana un corneta de Infantería y un magnífico trompeta de Caballería. Así sucedió, en efecto. Cuando hubo terminado de tocar diana el corneta al clarear el día, empezó a hacerlo por las calles y afueras de Boadilla el trompeta de Caballería, que tocó una magnífica "diana floreada". Apenas habían sonado las últimas notas de clarín, el teléfono empezó a tintinear de una manera alarmante: "Dígame, dígame, ¿quién llama?" Una voz hipante, con temblores de miedo, contestó: "Soy yo, el capitán de... la... posición... X." "¿Qué pasa?—pregunté yo—. "Que... viene... la ca-ba-lle-ría mo-ra... Hemos oído las trompetas..." "¿Qué ha-go?" "Pues tener un poco juicio—le contesté yo—. La diana que usted ha oído la he mandado tocar yo. ¿Cree usted que la caballería mora había de venir anunciándose a toque de trompeta?"

Momentos después, el capitán David y yo reíamos como chiquillos que acaban de cometer una travesura.



JORGE THEOTOKAS

CARTA DESDE GRECIA

BYRON y GRECIA

Lord Byron pertenece, por varios lados, a la historia del romanticismo mediterráneo que ha, además, influenciado fuertemente. (Hay un Mediterráneo romántico, yuxtapuesto, si se atreve uno a decir, al Mediterráneo clásico. Se contrabalancean, se adoran y se repudian a perpetuidad.) Es evidente que, de nuestros días, Gabriele d'Annunzio, por ejemplo, ha soñado muchas veces "hacer como El". El, sin embargo, no se preocupaba de la gloria oficial y de megalomanías nacionales; no se sentía realmente a gusto más que en la oposición y la insurrección, y además ha conservado a nuestros ojos el brillante prestigio de la juventud, ese aire de infantilidad genial y exquisito donde descansan su vida y su arte y que sus epígonos contemporáneos han tristemente "sobrepasado".

Pertenece, por otra parte, a la tradición del liberalismo, de un liberalismo apasionado, poético, ilimitado, rebelado contra todas las injusticias humanas y divinas; de un liberalismo de Prometeo, en el cual nos es un poco difícil distinguir esas mismas ideas de humanismo político, esos mismos derechos del hombre y de los pueblos que hemos conocido, en nuestra época, congelados en principio jurídico, secos, mecánicos y casi impotentes. Ha sido el príncipe encantado de la libertad, ha sabido ser al mismo tiempo un hombre de acción generoso y eficaz, mejor dicho, un poeta de acción (poeta en el sentido etimológico), cuya muerte ha servido verdaderamente la causa por la que combatía. No se sacrificó sin razones de valer ni sin haber acertado a dar a su sacrificio resultados positivos; sin duda sabía lo que su muerte iba a crear y es probable que aceptaba su destino sin demasiada amargura, con una gravedad de adolescente, sinceramente orgulloso de participar en una cosa tan seria y necesaria. (No se trataba, además, solamente de Grecia; se trataba al mismo tiempo de sacudir a Europa soñolienta, de levantar el espíritu liberal derrotado.) Lord Byron era demasiado gran señor, demasiado poeta y demasiado franco con él mismo y con los demás, para dignarse hacer, como se suele decir, una "Bella muerte", con objeto de asombrar a su público.

En Grecia lord Byron se volvió y sigue siendo siempre un héroe nacional y popular. El pueblo lo recuerda. Lo llama: Vyronas. Es uno de los hombres que han dirigido la nación en contra del despotismo extranjero, que han hecho la Revolución, la grande, la que ha durado unos diez años. Revoluciones de algunos días y hasta de algunas semanas se han hecho después a menudo, pero no es más que la gran Revolución la que se ha tomado realmente en se-

rio. Allí había Botzaris, Canaris, Miaonlis, Vyronas y los otros, griegos y extranjeros, gentes venidas de todos los países por amor a la libertad. Era todo un mundo, abigarrado, bullicioso, fantástico, insubordinado (el encontrarse y el batirse se debía justamente a que no se quería estar bajo el yugo de nadie), un mundo de heroísmo, de fe, de crueldad, de ambición, de perfidia, de bajeza y a veces genial. Allí había prelados y monjes, salidos directamente de la Edad Media bizantina, príncipes fanariotes, letrados penetrados de lengua antigua y textos ilustres, discípulos de Rousseau y Montesquieu, poetas líricos, gentes del pueblo convertidos de repente en generales y ministros, mujeres que mandaban flotas, bandidos y piratas de todas especies imaginables, oficiales más o menos proscritos de todos los ejércitos de Europa, Asambleas tumultuosas que proclamaban la soberanía de los pueblos y la igualdad absoluta de los ciudadanos, de los Gobiernos revolucionarios que se hacían la guerra civil al mismo tiempo que conducían la guerra nacional. Era, como se puede ver, un medio bironiano por excelencia, hacia el cual Childe Harold debía haberse sentido atraído como los insulares por la llamada del mar. Se mataba con furia, se conspiraba, se discutía con pasión y no faltaba la broma. El general Colocotronis, el viejo de Morea, había declarado públicamente que Europa, al parecer, estaba decidida a reconocer la independencia de Grecia, a fin de que hubiera un Estado especial en donde se reunieran los insurrectos, los conspiradores, los aventureros y de una manera general las cabezas locas de todos los países que dejarían tranquilos a los otros Gobiernos, y es, poco más o menos, lo que sucedió durante un cierto tiempo. Pero las cabezas locas de la Europa romántica han dejado en Grecia recuerdos preciosos que pertenecen a la historia popular y a lo pintoresco del país. Así el famoso Favieros (el coronel Fabrier), que se vistió de copto para traer al país revuelto la experiencia de las grandes campañas napoleónicas. Así este indescriptible Trelonis (Edward Trevawney, oficial desertor de la flota británica y corsario auténtico, enterrado en el cementerio protestante de Roma al lado de su amigo Shelley). Trelonis, cuyo nombre se presta al juego de palabras: "trelos", que significa loco. Así, entre tantos otros, el conde Santarosa, hombre político y revolucionario italiano, muerto al defender Sphacteria contra las tropas de Ibrahim pachá.

A Byron se le ha hecho, de todas maneras, un sitio aparte, porque era el más joven y, si las viejas estampas dicen la verdad, el más bello. Así, sin duda, porque era poeta e ilustre. Su personalidad atrayente aureolada de gloria había ejercido a su alrededor en todo el país un atractivo inigualado. Su vida había interesado (por lo menos lo que se sabía de su vida), sus caprichos, su menor gesto. Se había hablado mucho, con un fervor que nos parece quizá simplista hoy, pero no por ello menos tierno, de cierta aventura amorosa que había tenido en Atenas, durante su primer viaje, en 1810. Había, parece ser, besado, en un jardín particular, a una jovencita llamada Teresa Makris y le había después dedicado un poema:

Maid of Athens. Han sido necesarias las fiestas del centenario, en 1924, y toda la literatura biográfica y relativa para que Grecia admitiese que lord Byron había amado otras mujeres en su vida. Lo reivindicaba para ella del todo. Es esa adhesión personal que encontramos en los poemas griegos de la época que hablan de él; por ejemplo, en las estrofas de la *Musa Británica*, de Andrés Kalvos, oda inspirada por la muerte de lord Byron y publicada poco tiempo después, en 1826.

Ayer, mientras el sol recorría su ruta celeste, tu frente resplandecía de sus rayos más esplendorosos, como la frente de un inmortal.

Hoy estás ahí yacente, como un olivo frondoso y fecundo desarraigado por el hálito violento de los vientos crueles.

Hoy estás muerto, oh Byron. ¿En dónde están tus poemas inspirados de los dioses, dónde están, cisne, tus verbos alados y armoniosos?

Byron yace, como un lirio, bajo la pesada bóveda de una noche malhechora. ¡Oh tristeza, ha sido cubierto por la fatalidad eterna de la muerte!...

El poeta griego, tal un corifeo del antiguo coro, no hace aquí más que formular en alta voz el murmullo de la muchedumbre. *Cisne, lirio...*

Esas palabras de amor expresaban fielmente los sentimientos que la nación había sentido y que no ha desmentido luego. Más de un siglo después de la muerte de lord Byron, su atractivo está siempre vivo en los jardines de Atenas, sobre la roca escarpada de Soución, sobre las riberas quemadas de Missolonghi. La vida ha adoptado desde entonces ritmos diferentes, los puntos de vista y las ideas han cambiado a menudo, varios acontecimientos más considerables quizá y más "históricos" que la muerte de lord Byron se han obscurecido en el olvido. Pero el amor ha perdurado.

Pero, volviendo a la Revolución griega, se podría decir que ha sido una síntesis momentánea de tradiciones helénicas, de espíritu jacobino y de romanticismo aplicado y militante, de romanticismo erigido en regla de vida y de acción. Ha sido el momento más propicio, la experiencia vivida que necesitaba una generación, para quien la libertad era la sola razón de vivir, la libertad en su sentido más ideal y absoluto de derecho natural, de individualismo exaltado e intransigente, de liberación completa de la personalidad de cada pueblo en el mundo y de cada individuo en cada pueblo. Byron añadió además de su actividad eficaz y preciosa el brillo de su belleza, de su gloria y de su sacrificio. Si la Revolución no ha justificado plenamente después las demasiado grandes esperanzas que había inspirado a la *élite* pensadora y aventurera de Europa, es, sin duda, que debió aterrizar un día en una realidad extremadamente restringida con relación al ideal que se había dado. Tal es, por otra parte, poco más o menos la suerte de todas las revoluciones del mundo, aun si no desembocan necesariamente, como se ha dicho, en un "refuerzo de la mecánica administrativa". Pero la "idea"

misma no ha sido empequeñecida, y a los hombres que han muerto por ella sería indigno regatearles nuestra admiración, mucho más que todo lo tocante a la libertad. Byron, Missolonghi y lo demás, todo eso nos remueve algo en el alma (seamos de izquierda o de derecha, con tal de que seamos capaces de pensar un poco), extraviados como estamos en esta época confusa que sufre sobre todo de no poder equilibrar las necesidades ineluctables de la vida colectiva y los profundos instintos individualistas y liberales de la naturaleza humana.

UNA CARTA DE HEINRICH MANN

Hemos recibido la carta de Heinrich Mann, que publicamos a continuación:

“Me considero poco digno del honor que me reservan ustedes recibíendome entre los miembros del Comité internacional de esa revista. Los escritores no hacen más que cumplir con su deber más estricto al llevar a la comprensión de sus lectores la grandeza del pueblo español.

Ese pueblo está solo defendiendo con las armas y a precio de heroicos sacrificios nuestro bien máspreciado, que es la libertad de pensar, y nuestra más querida esperanza, que es ver triunfar la justicia.

*Mis deseos ardientes siguen vuestros esfuerzos.
¡Viva la República!*

HEINRICH MANN”

ANTONIO SAN MIGUEL

Consultor
de Higiene del Ejército del Centro

ANTONIO CAMUÑAS

Arquitecto sanitario
de la Comandancia de obras militares

EL SANEAMIENTO DEL TERRENO EN LA LUCHA ANTIPALUDICA

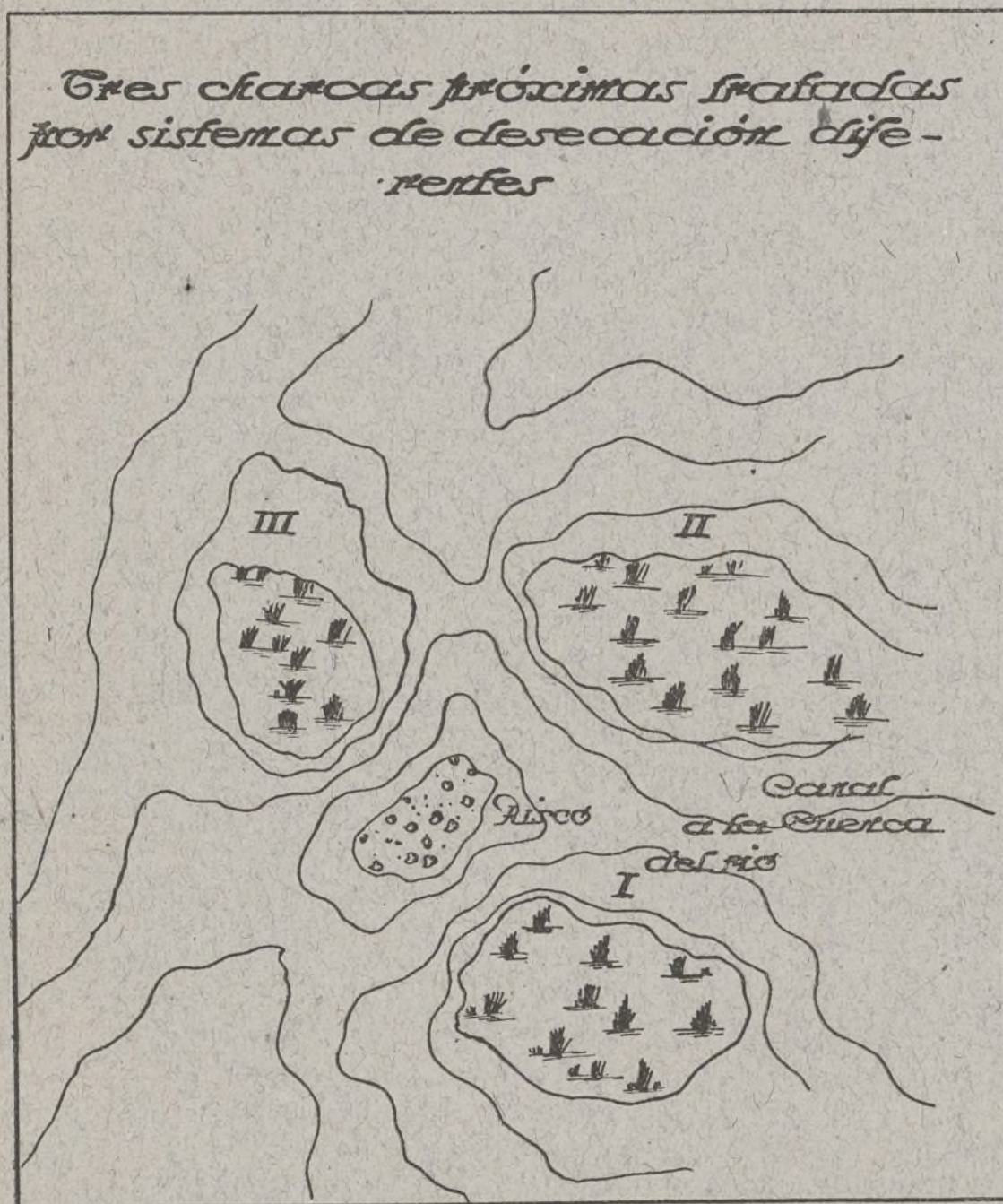
Los trabajos de desagüe, drenaje y, en general, el saneamiento del terreno, constituyen uno de los procedimientos más eficaces para influir sobre la morbilidad palúdica. Su valor no es absoluto, dado el gran poder de adaptación de los *anofeles*, que realizan sus puestas en otras aguas aprovechando las pequeñas colecciones que inevitablemente se forman, procedentes de las viviendas o en ellos mismos. En toda lucha antipalúdica, ningún factor posee un valor absoluto y decisivo, siendo necesario seleccionarlos según la localidad; pero destacamos como esenciales los encaminados a esterilizar el virus—tratamiento eficaz de los enfermos—y, el saneamiento—deseccación de charcas.

Las charcas y colecciones de agua—prescindiendo de aquéllas artificiales o utilitarias—son consecuencia inmediata de las condiciones geológicas del terreno en íntimo nexo con la hidrografía de la comarca y sus condiciones climatológicas.

Generalmente se ofrecen charcas en los terrenos pleistocénicos (Cuaternario) y oligocénicos (Terciario), cuyos componentes son rocas, margas, arcillas y conglomerados y cuya naturaleza es, además, muy poco o nada permeable. Durante la época fluvial cuaternaria se originaron una serie de elevaciones y descensos en los niveles generales de las aguas, a consecuencia de los cuales aparecieron terrazas sin orillas escalonadas, causa actual de los ambientes húmedos y pantanosos que se advierte en muchas de las zonas palúdicas estudiadas. Si estos terrenos presentan alguna depresión desprovista de declive o pendiente, es claro que, cuando vengan las primeras lluvias, toda el agua recibida por la cuenca tributaria de la depresión enviará a ella, en mayor o menor cantidad, según su diverso coeficiente de escorrentía, el agua que constituirá la charca. El coeficiente de escorrentía de los terrenos, o sea la proporción de agua que corre por su superficie en relación con la total llovida, depende fundamentalmente de la naturaleza geológica del terreno y también de su morfología externa y de la vegetación que lo cubra.

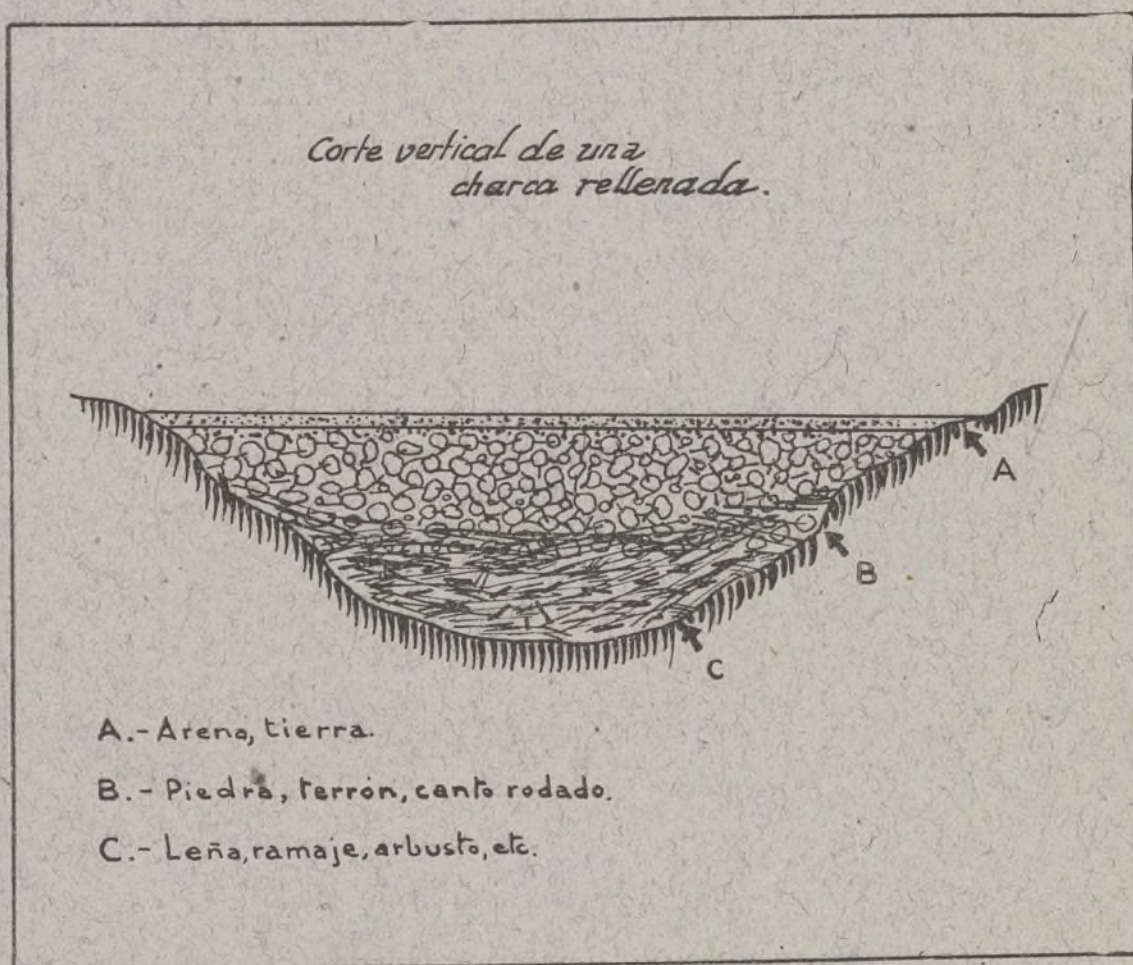
Como prueba de la influencia geológica del terreno, podemos

ofrecer el hecho de que casi nunca las lagunas y charcas se ofrecen aisladas; por el contrario, es corriente que se agrupen del mismo modo que se agrupan los distintos tipos de cultivo o las carac-



terísticas de la vivienda o de la construcción por influencia del terreno, del ambiente y su composición. El perfil de las charcas suele ser, salvo excepciones, idéntico al terreno que le circunda; es decir, de la misma pendiente, y rara vez hemos hallado charcas produci-

das por quebradura o con márgenes cortadas a pico. Es en cambio frecuente que en el fondo de las charcas existan depresiones más o menos profundas; circunstancia muy de tener en cuenta al proyectar su desagüe para no caer en sorpresas. Hay, por último, charcas intermitentes, cuyo nivel depende del general de la cuenca hidrográfica y que sube o desciende con el de las aguas freáticas. Bien pueden citarse lagunas dotadas de desagües naturales subterráneos a través de capas que oponen más o menos resistencia al paso de



las aguas y que, en suma, sólo cuando el agua adquiere una cierta altura o carga comienza el desagüe.

En general, el coeficiente de escorrentía de los terrenos, aun de los más impermeables y lisos, es relativamente pequeño; pero sucede que el agua que no va a la charca por escorrentía acude a ella por filtración o por manantial; pudiendo afirmarse que, caso de existir una depresión natural tal y como la hemos concebido, el agua embalsada oscila del 15 al 20 por 100 por escorrentía, y del 10 al 15 por filtración, de donde se sigue que el total oscile del 25

al 35 por 100 de la llovada, pudiendo adoptarse un medio de 1,30 por 100 muy aceptable.

La provincia de Madrid nos ofrece dos tipos de charcas: unas permanentes, y ocasionales otras; éstas, debidas al estiaje, que disminuye el caudal de arroyos y ríos, da origen a charcas, remansos, etc. El tratamiento para su desecación, o acondicionamiento para ser tratadas con larvicidas, fué condicionado por el emplazamiento y por los medios que disponíamos.

Por otra parte, los saneamientos que pudiéramos llamar de gran envergadura no los creímos de utilidad, primero, por su elevado costo, y segundo, porque el paludismo, para desarrollar un brote epidémico en una comarca, necesita la presencia de dos factores: anofelismo y virus (portadores de *gametos*). Con pequeñas o poco costosas obras de saneamiento, medidas antilarvarias y tratamiento eficaz de los enfermos, se puede influir muy eficazmente la curva de morbilidad palúdica de las pequeñas masas rurales de la provincia de Madrid. Conociendo el emplazamiento de los nidos de anofelismo no tratables, y con medidas prohibitivas inteligentes, se puede cubrir el riesgo de infección de los destacamentos militares. No obstante, los grandes movimientos de una masa de población son los ocasionantes de los brotes epidémicos de paludismo.

Los trabajos realizados para sanear las zonas palúdicas de la provincia de Madrid tuvieron las orientaciones y puntos de vista antedichos.

Las tres charcas del plano nos sirvieron de campo de experiencia, mediante tratamientos distintos de cada una de ellas.

La charca primera fué sometida a desecación directa por absorción del agua, mediante un grupo motobomba eléctrico, actuando en un pozo inmediato; durante las horas de trabajo el rendimiento aparente era bueno, pero tan pronto como paraba aquél el agua recuperaba su nivel ordinario; el rendimiento definitivo o era nulo o muy escaso.

La charca segunda fué objeto de desagüe por canal a la cuenca del río, consiguiendo evacuar una gran cantidad de líquido, pero sin alcanzar la desecación completa, debido al perfil sinuoso del fondo de la charca.

La charca tercera fué rellenada directamente con entramado de arbustos y ramaje, firme de piedra y recebo de arena o tierra (véase corte representado en dibujo), consiguiéndose la desecación con bastante rapidez y perfección absoluta.

Debemos, pues, afirmar que el sistema de relleno de charcas que más definitivos y mejores resultados nos ha dado es el mixto, que acabamos de describir, habiendo conseguido sobre una super-

ficie aproximada de 1.500.000 m.², a que afecta los saneamientos realizados, un área total desecada de 22.860 m.², con un volumen de agua desaparecida de 13.430 m.³ y 15.808 metros de longitud de cursos de agua saneados.

El saneamiento del terreno es un factor muy importante en toda lucha antipalúdica y, por tanto, nunca debe desdeñarse. Una buena elección del método impide el fracaso. El poco costo permite ser realizado por los Municipios con escasos recursos o por soldados de destacamentos emplazados con endemia palúdica.

L. COUFFIGNAL

UN PUNTO DE VISTA NUEVO EN EL ESTUDIO DE LA MAQUINA

EL ANALISIS MECANICO

Las máquinas parecen, hasta el presente, no haber retenido gran cosa la atención más, que desde el punto de vista técnico y del punto de vista social. La descripción de las máquinas y de los órganos que las constituyen, la manera de conducirlas y construirlas, y, para algunos tipos, en particular las máquinas térmicas y las máquinas herramientas, la teoría de su funcionamiento, tales son los objetos de que se ocupa generalmente el ingeniero; el sociólogo encuentra materia para reflexionar en el acrecentamiento del número y la diversidad de las máquinas, en la extensión progresiva de su dominio de empleo y en las repercusiones, sobre las relaciones de los hombres entre ellos, del desarrollo de lo que se designa generalmente con el término *maquinismo*, sin que la palabra haya sido nunca definida, al parecer, de manera precisa.

Estas dos clases de consideraciones no agotan el estudio de las máquinas. Pero ponen en evidencia que el conjunto de las máquinas puede ser considerado como un género de objetos netamente definido y de gran importancia que se puede llamar la *máquina*, lo mismo que se dice: el hombre, el pájaro y hasta ya el automóvil, el avión. La máquina, como género, se presta a un estudio científico; es decir, un estudio guiado por el cuidado de establecer una clasificación racional de las especies y de los individuos que componen este género, de desligar los caracteres morfológicos de cada una de esas especies, o de esos individuos, las razones de esos caracteres, así como las leyes de su evolución y—como aparece cuando uno se entrega a tal estudio—de indagar la relación de los objetos de ese género con los de género diferente que el hombre encuentra alrededor suyo y hasta con su propia manera de ser. Hemos propuesto llamar este estudio el *análisis mecánico*; se puede, sin esperar que éste haya adquirido una forma definitiva, precisar ciertos rasgos, enunciar algunos de los problemas que surgen entre él y exponer los primeros resultados.

Es bastante curioso contestar—como se debe hacer lo primero—que sabios y técnicos que han concurrido, sobre todo en el curso del siglo pasado, a la invención y al perfeccionamiento de máquinas de toda clase, han dado siempre del género que constituyen una definición demasiado estrecha cuando han querido hacer de ello un estudio de conjunto. Todos afirman, bajo una forma y con una ter-

minología en armonía con los conceptos científicos de su época, lo que Reuleaux enuncia con la mayor claridad: "Una máquina es un conjunto de cuerpos resistentes dispuestos de manera a obligar las fuerzas mecánicas naturales a obrar dando lugar a movimientos determinados". El espíritu de esta definición el mismo autor lo deja entender sin ninguna incertidumbre: "La ciencia de las máquinas —dice— debe estar fundada sobre la deducción". Los términos primitivos de donde esta ciencia debe ser deducida la mecánica racional tiene a cargo suministrarlos. Es, pues, con una idea preconcebida, que es abordado por los sabios el estudio de las máquinas; esta idea, algo metafísica, es desde luego la que domina la física entera y que varios filósofos han erigido en una ley del pensamiento científico; un hecho de observación no está realmente explicado más que si está insertado en un esquema mecánico. ¿Cómo entonces no se hubiera considerado que las teorías de la mecánica debían dar de la máquina una explicación perfecta?

Los enciclopedistas tenían un concepto bastante diferente de la máquina. Era para ellos (artículo *Máquina*): "lo que sirve a regular las fuerzas movedizas de algún instrumento destinado a producir movimiento de manera a ahorrar, o tiempo en la ejecución de este efecto, o fuerza en la causa". El papel social de la máquina está comprendido en esta definición, y la enumeración de las ventajas de las diversas máquinas descritas a lo largo del artículo no deja ninguna duda a este sujeto.

Poder de ejecutar trabajos imposibles de hacer a mano, aumento del rendimiento, reducción de los gastos de fabricación, esas grandes rúbricas bajo las cuales se clasifica en nuestros días las ventajas que procura la máquina figuran ya en la *Enciclopedia*.

Sin embargo, la definición precedente es aún muy estrecha y la Academia, al comprenderlo, añade en su Diccionario a la definición de la *Enciclopedia*: "Máquina se dice también de todo conjunto de resortes cuyos movimientos y efectos se determinan por la máquina ella misma"; los autómatas son citados en apoyo de esta definición. Es este sentido de la palabra *máquina* el que de nuestros días tiende a dominar: M. Luc Durtain, expresando un pensamiento que tiende a volverse corriente, hablaba muy recientemente a sus lectores de las "Máquinas por conocer"; es decir, de los instrumentos de toda clase gracias a los cuales el hombre aumenta la agudeza de sus sentidos o suple a su insuficiencia; y en el espíritu de muchas gentes la máquina, en todo tiempo, ha sido un aparato complicado que sustituye al hombre; he aquí las fuentes de una exacta y completa definición: es mala observación empírica que esta última encuentra sus cimientos. Y punto importante que explica la insuficiencia de las definiciones tentadas hasta ahora para bien comprender la máquina, hay que adoptar una actitud resueltamente finalista: la máquina es creada por el hombre *en vista de un objetivo determinado*; su estructura, su papel, sus efectos son consecuencias de ese objetivo. Así, admitiendo

para la palabra *operación* el sentido más amplio, hemos propuesto la definición siguiente:

Una máquina es un conjunto de seres inanimados y hasta, excepcionalmente, animados, capaz de reemplazar al hombre en la ejecución de un conjunto de operaciones propuestas por el hombre mismo.

Esta definición es completada por las dos siguientes:

Es llamada función mecánica toda operación que puede ejecutar una máquina o un órgano de máquina.

Son denominadas de la misma clase todas las máquinas concebidas en vista de un mismo objetivo.

Por consecuencia de una definición de la máquina que expresa la esencia misma, los enunciados de los problemas fundamentales del análisis mecánico se presentan naturalmente.

Resulta de esta definición que es clase por clase como debe ser emprendido un estudio completo de las máquinas. Así puede uno proponerse lo primero indagar: de una parte, qué funciones mecánicas poseen las máquinas de una clase, y de otra parte, qué órganos han sido imaginados para llenar esas funciones. En la monografía así establecida, el utilizador y el constructor encontrarán una comparación y una clasificación detallada de las máquinas de una clase dada; clasificación racional, porque pondrá en evidencia los medios de que está provisto cada tipo de máquina y la manera más o menos perfecta de que esas máquinas logren el objetivo que les ha sido asignado. La aproximación de las monografías de las diversas clases de máquinas harán aparecer seguidamente las funciones comunes a varias clases y conducirá a consideraciones de conjunto a propósito de las funciones mecánicas: por ejemplo, se puede preveer similitudes marcadas entre las realizaciones en las diversas clases de las funciones que atañen las conexiones entre una máquina y el hombre que la conduce de resultados de la débil variabilidad de las características métricas, mecánicas, fisiológicas y psicológicas del hombre mismo. El conjunto de las indagaciones de esta naturaleza, que hemos llamado *el análisis mecánico descriptivo*, constituiría como una anatomía y una fisiología comparadas (1) de las máquinas construídas hasta el presente.

Se puede proponer también, siendo dado uno de los objetivos bien determinados de la actividad humana, buscar si existe un conjunto de funciones mecánicas cuya realización material constituiría una máquina capaz de conseguir ese objetivo. Esa clase de estudio, siendo lógicamente anterior a la construcción de una máquina, puede ser llamada *análisis mecánica prefactiva*. Es en este estudio que interviene la mecánica propiamente dicha y de manera a menudo preponderante. El análisis mecánico puede conducir a resultados completamente inesperados. Así es cómo el análisis descrip-

(1) El término de anatomía comparada de las máquinas de una clase ha sido propuesto por M. M. d'Ocagne en 1893, y el término de fisiología, por Kdnigs en 1905.

tivo de las máquinas de calcular muestra que, entre estas últimas, las que aplican lo más estrictamente las reglas de operaciones que siguen el espíritu humano en el cálculo a mano son también las menos ventajosas desde el punto de vista de la construcción mecánica; esta observación, guiando un análisis prefactivo aprofundizado de los cálculos sabios, permite poner en evidencia las razones por las cuales las máquinas construídas hasta el presente no han podido aportar a estos cálculos más que una ayuda muy limitada y de imaginar mecanismos calculadores capaces de ejecutar automáticamente, no ya solamente una operación, pero todos los cálculos de un mismo problema. Pero el verdadero interés de esta observación reside en su generalidad, que parece absoluta: las reglas de la ejecución teórica de un trabajo y la estructura de las máquinas destinadas a ejecutarlo no son independientes, y por tanto no se puede sin perjuicio reemplazar un material, hasta por uno mejor, sin cambiar al mismo tiempo los métodos de trabajo ellos mismos. El análisis mecánico se une aquí a la economía social. ¡Que nadie se extrañe! A un campo más abstracto aún puede y debe conducir al investigador.

Puesto que la máquina está hecha para reemplazar al hombre, es del dominio del análisis mecánico adquirir una vista de conjunto de las diversas actividades en donde el hombre ha sido o podrá ser reemplazado por la máquina, y establecer leyes de esa sustitución. Este estudio puede ser llamado *el análisis mecánico abstracto*.

De esta parte del análisis mecánico se desprende la historia de la máquina. Mas particularmente, la historia de las invenciones, conducida con el cuidado de analizar las condiciones en las cuales estas últimas se han producido y de volver a encontrar los pasos del espíritu de los inventores, podrá dar una vista objetiva, científica, de ciertos modos de la actividad mental.

Pero la investigación de las funciones mecánicas conduce a resultados de otra naturaleza, bastante inesperados...

Parece inevitable admitir que la ejecución de un conjunto de operaciones por medio de una máquina y sin intervención del hombre no exige tampoco la intervención de la inteligencia; así, pues, se debe admitir también que la ejecución por el hombre de ese mismo conjunto de operaciones *no exige* tampoco la intervención de la inteligencia, o por lo menos se debe distinguir dos modalidades de actividad de la inteligencia, según que esta última ejecute funciones mecánicas o que ejecute funciones específicamente intelectuales; el análisis mecánico puede, pues, contribuir a precisar la naturaleza de la inteligencia pura—que parece ser la esencia misma de lo humano—, limitando progresivamente el dominio de esta última por el descubrimiento de nuevas funciones mecánicas; quizá mismo, a pesar del progreso constante de las ciencias y de las técnicas que permiten mecanizar un número siempre creciente de operaciones, se podrá algún día establecer una definición general de una fun-

ción mecánica, o bien de una función intelectual, lo que parece desde luego más dificultoso.

El análisis descriptivo de los autómatas, que escribiremos sin duda un día próximo, bastaría ya a mostrar que el dominio de las funciones mecánicas es mucho más extenso que se piensa corrientemente: la máquina sabe escoger objetos por su color, regular el nivel de un estanque según una serie de sonidos acordados, copiar un texto dactilografiado, traducir en caracteres Braille un texto escrito para los que ven, jugar al ajedrez y ganar todas las veces. Y acaba de robar una amplia parte del dominio de la inteligencia pura: está ahora establecido, efectivamente, que construir una teoría deductiva, es decir, sacar de un sistema de premisas todas sus consecuencias conforme con las reglas de la lógica, puede ser realizado por una máquina, y, por consiguiente, *no exige* la intervención de la inteligencia.

Vamos a probar de exponer, sin detalles demasiado abstractos, el principio de la mecanización de la lógica deductiva. Que el lector haga el favor de excusarnos si no podemos ahorrarle completamente esta amargura que, según el adagio latino, es el sabor de las raíces de la ciencia, y añadía: *fructus illarum sunt du-leosissimi*; deseamos no desmentirle.

Todo juicio que formulamos se expresa por una proposición, que puede parecernos verdadera o falsa; pero que es ciertamente o verdadera o falsa—si no, no sería más que un alineamiento de palabras desprovistas de sentido—. Si una proposición es verdadera, digamos que tiene por *valor lógico* 1; si es falsa, que tiene por valor lógico 0.

Fijémonos, por otra parte, que la lógica deductiva, despojada de toda consideración metafísica o psicológica, puede ser definida, por lo menos, desde el punto de vista en que uno se encuentra al emplear el lenguaje corriente, como el arte de reconocer si una proposición es o no consecuencia de proposiciones dadas; es decir, de manera más precisa, cómo la verdad o la falsedad de esta proposición es determinada por la verdad o la falsedad de las proposiciones dadas; esta observación justifica el enunciado preciso siguiente: *si se dispone de un medio de hacer corresponder una proposición a un conjunto (o sistema) de otras proposiciones, de tal manera que se sepa determinar el valor lógico de la primera proposición conociendo los valores lógicos de las últimas, se dice que esta primera proposición es una función lógica del sistema de las últimas proposiciones, que esas proposiciones son unas variables, y que el medio empleado es una operación lógica*. Por ejemplo, el silogismo bien conocido: *todos los hombres son mortales, luego, Sócrates es un hombre*; así, pues, *Sócrates es mortal*, es una operación lógica que hace corresponder la proposición *Sócrates es mortal* al sistema de dos proposiciones: *Todos los hombres son mortales* y *Sócrates es un hombre*; la proposición *Sócrates es mortal* es, pues, una función lógica de las dos otras proposiciones.

Según el enunciado precedente, una operación lógica se reduce

a describir la correspondencia establecida entre el valor lógico de la función y cada una de las combinaciones posibles de los valores lógicos de los variables—combinaciones dichas *lógicas*.

Luego, si después de haber numerado los variables se escribe en su rango el valor lógico de cada una de ellas, se forma una serie de 0 y de 1 que define completamente la combinación lógica considerada. Por ejemplo, damos los números 1, 2, 3 a las proposiciones *llueve, nieva, yo me paseo*. Si no llueve, ni nieva, y yo no me paseo, el sistema de las tres proposiciones precedentes tienen por combinación lógica 0 0 0; si llueve, sin nevar y yo no me paseo, el sistema tiene por combinación lógica 10 0; si nieva, sin llover, y yo no me paseo, el sistema tiene por combinación lógica 0 1 1, y así seguidamente.

Coloquemos las combinaciones lógicas de un sistema en un orden bien determinado; un medio particularmente sencillo para lograrlo es considerar los símbolos 0 y 1 como las cifras del sistema de numeración de base 2; una combinación lógica representa entonces un número, y se obtiene una clasificación metódica de las combinaciones lógicas conviniendo colocarlas en el orden de los valores de números que representan.

Para el ejemplo anterior el orden será:

0 0 0, 1 0 0, 0 1 0, 0 0 1, 1 0 1, 0 1 1, 1 1 1.

Para definir una función lógica basta entonces con escribir debajo de cada combinación lógica del sistema de las variables el valor lógico de la función; se forma así una nueva serie de 0 y de 1, que puede llamarse *índice lógico* de la función. Por ejemplo, la proposición *yo me paseo cuando no nieva* no es cierta más que si la proposición *yo me paseo* es cierta y la proposición *nieva* es falsa. La proposición *yo me paseo cuando no nieva*, considerada como función lógica de *llueve, nieva y yo me paseo*, tiene, por consiguiente, por índice 0 0 0 0 1 1 0 0.

El índice lógico de una función expresando integralmente, de manera perfecta, la estructura de esta función, todas las funciones que tienen el mismo índice juegan el mismo papel, constituyen diferentes maneras de expresar la misma idea y, desde el punto de vista lógico, son indiscernibles; se dice que son de la misma *clase*, o también que son *equivalentes*.

Estas definiciones establecidas, se puede mostrar que el número de clases de funciones lógicas, es decir, el número de consecuencias distintas de un sistema dado, es limitado y que se puede construir los índices de esas diversas clases combinando las tres operaciones elementales siguientes:

a) *Negación* de una proposición, cuyo resultado es una proposición verdadera cuando la proposición dada es falsa, o a la inversa, y que consiste en permutar los 0 y los 1 en el índice de la proposición (así la proposición *es falso que yo me paseo cuando no nieva* tiene por índice 1 1 1 1 0 0 1 1);

b) *Multiplicación lógica* de dos proposiciones, cuyo resultado es una proposición verdadera en el solo caso en que esas dos proposiciones sean verdaderas, y que consiste en hacer corresponder el signo 1 a dos signos 1 y el signo 0 a todas las otras combinaciones (así la proposición *llueve*, teniendo por índice 0 1 0 1 0 1 0 1, la proposición *yo me paseo cuando llueve, pero no nieva* tiene por índice 0 0 0 0 0 1 0 0);

c) *Equivalencia* de dos proposiciones, cuyo resultado es una proposición expresando que las proposiciones dadas son de la misma clase, y que consiste en hacer corresponder el signo 1 a dos signos 0, o 1 idénticos, y el signo 0 a dos signos distintos.

Encontrar las consecuencias de un sistema de premisas corresponde, pues, a construir una serie de cifras 0 y 1 tal que cada una de esas cifras corresponda, según reglas determinadas, a las cifras 0 y 1 de una o dos series dadas; son estas operaciones de cálculo numérico que se saben resolver por medio de máquinas; las operaciones de la lógica deductiva son, pues, *funciones mecánicas* y no *funciones intelectuales*.

He aquí aún algunos resultados, más teóricos, de la representación de proposiciones por su índice:

1.º Primeramente, la aplicación indefinida de las tres operaciones elementales conduce necesariamente a absurdos (petición de principio y contradicciones). Un principio nuevo, destinado a descubrir y a apartar esos absurdos, es, pues, necesario; se puede formular así: entre las proposiciones de un mismo significado construídas a partir de las premisas dadas sólo no son absurdas las que cuyo enunciado, expresado por medio de las solas premisas, contiene el número de estas últimas lo más pequeño posible. Este principio, estando destinado a apartar los alineamientos verbales que no constituyen un razonamiento sensato, puede ser llamado *principio de eficacia*.

2.º Se puede construir, para un sistema de un número dado de premisas e *independientemente de la significación de estas últimas*, un cuadro de las series de operaciones lógicas dando todas las consecuencias de esas premisas, cuadro en el que vendrán a moldearse todos los razonamientos posibles, llevados sobre las premisas de significación particularizada en número igual al de las premisas indeterminadas consideradas; el término de *forma universal*, atribuido a este cuadro, recuerda de ello la propiedad esencial.

3.º La definición que hemos dado de la lógica deductiva se vuelve entonces demasiado estrecha. Se presenta a ella entonces, no solamente el problema que ya hemos enunciado, sino tres problemas:

a) Encontrar todas las consecuencias de un sistema de premisas (problema de la *deducción*).

b) Siendo dados una proposición y un sistema de premisas, reconocer si esta proposición es consecuencia de las premisas dadas (problema de la *demonstración*).

c) Siendo dada una proposición, encontrar los sistemas de premisas de que es consecuencia (problema del *axiomático*).

Hemos expuesto cómo el primer problema se resuelve mecánicamente; métodos mecánicos análogos resuelven también los otros dos problemas.

4.º En resumen, el simbolismo necesitado por la puesta en obra de los métodos mecánicos del razonamiento permite exponer con precisión y resolver completamente *todos* los problemas de la lógica deductiva. Esta nueva forma de la lógica, que comprende las matemáticas puras, como caso particular, puede aplicarse directamente a todas las ciencias y traerles una ayuda de la misma naturaleza que la que las matemáticas han traído hasta el presente a la física, a la química y a diversas técnicas.

Algunas observaciones al terminar.

Es gracias a un modo particular de representación de las operaciones lógicas que la mecanización de la lógica deductiva ha podido ser realizada; es decir, gracias a una transformación de la forma misma de los razonamientos, en armonía con los medios nuevos que se proponía uno poner por obra; se reconoce aquí una aplicación del principio de análisis mecánico abstracto que ya hemos enunciado.

Además, esta transformación de los métodos del razonamiento deductivo tiene repercusiones teóricas profundas—que van hasta hacer aparecer la necesidad de un principio fundamental nuevo—; una vez más las investigaciones técnicas hacen progresar la ciencia pura; pero, y esto es sin duda nuevo, ese principio (el principio de eficacia) se desprende del estudio de las *operaciones de construcción* de las consecuencias sensatas de un sistema dado, mientras que, hasta ahora, la lógica ha estudiado las *relaciones* entre este sistema y sus consecuencias *supuestas construidas*; es abordando el estudio de la lógica, del punto de vista del ingeniero, y no del puro teórico, que han aparecido esos resultados teóricos.

No está en nuestro espíritu el querer sacar en conclusión una preeminencia de uno de estos puntos de vista sobre el otro; teorías y técnicos se sostienen mutuamente y progresan juntos.

No es asunto sin interés, sin embargo, a nuestro juicio, hacer resaltar para terminar que no solamente los problemas que se suscitan a los técnicos pueden, como lo han hecho hasta el presente, sugerir el enunciado de importantes problemas teóricos; pero que hasta el espíritu constructivo de los técnicos, aplicándose a problemas de naturaleza especulativa, puede aportar a su resolución considerables progresos.

GEORGES PETIT

LA PROTECCION DE LA NATURALEZA

En todo tiempo el hombre, con una intensidad a la medida de sus medios técnicos, ha emprendido la explotación de las materias minerales, vegetales o animales ofrecidas por la Naturaleza.

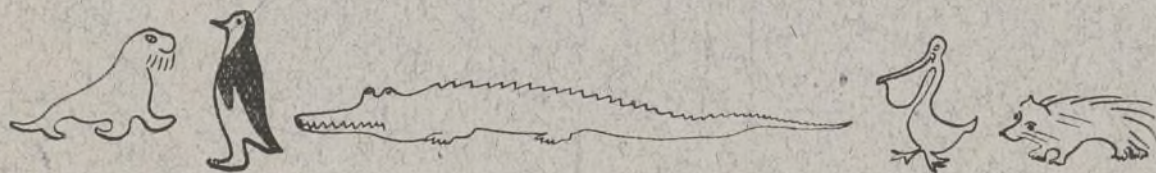
Ciertamente, como se ha escrito recientemente, "el esfuerzo humano" sobre la tierra "no es conservar y proteger, sino hacer fructificar". Pero si debe haber una forma normal de explotación que se ejercite según principios racionales, es decir, con método; con medida y previsión, se ha visto instaurarse por peldaños sucesivos una explotación desordenada, anárquica, desembocando a la devastación, que toma aspecto de "vandalismo económico".

Se ha dicho que tal aspecto de la actividad humana era el fruto de la civilización. Es, en realidad, la consecuencia de la garra de un régimen sobre el ritmo de una civilización. Estamos viviendo en una época que con el compás de retroceso de la Historia aparecería, según una expresión inglesa, *the age of extermination*.

Los "primitivos" son ellos mismos, acusados de ser en las regiones tropicales grandes destructores de la flora y de la fauna.

Sin embargo, los sociólogos y los etriógrafos han suministrado numerosos ejemplos que muestran que los "salvajes" tienen un sentido de la utilidad de la Naturaleza, de donde resulta para ellos en muchos casos la preocupación de respetarla. La acción de los cazadores y de los pescadores está muchas veces bajo la dependencia de frenos rituales. Ciertamente, la práctica de cultivos intensivos ofrece, para aquellos mismos que se entregan a ella, deplorables consecuencias de orden social; ese nomadismo en el cultivo transforma un país en un caos de montes estériles, cubiertos de una pradera empobrecida a su vez por los fuegos de maleza. Pero la destrucción de las forestas por "desforestación", con el fin de sembrar los granos en un suelo enriquecido por las cenizas, se hace por etapas, más restringidas y más lentas que la desforestación emprendida sobre amplios territorios, por razones diversas, por los colonizadores.

La verdad es que hemos atenuado o hecho desaparecer las tra-



diciones indígenas, tendiendo a economizar la Naturaleza, que el hombre blanco en todas partes donde ha penetrado ha acelerado la desaparición, intensificado la regresión de numerosas especies animales y vegetales, no solamente por los medios de que dispone, sino por el ejemplo que ha dado.

La ruptura del equilibrio biológico, provocada por el hombre, sea que elimine de una manera inconsiderada uno de los elementos de ese equilibrio, sea que introduzca un perturbador en el seno de ese medio armónico, acarrea consecuencias a veces temibles, siempre insospechadas.

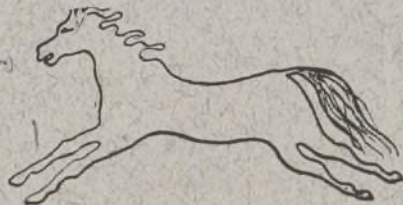
La supresión radical de los tigres en la India sería seguida de una proliferación de los grandes herbívoros, que haría todo cultivo imposible. Así es, por lo demás, cómo en California la destrucción sistemática de los coyotes ha arrastrado la desastrosa acción de pulular los conejos y las ratas. Muy recientemente, en Polonia, el enrarecimiento intencionado de las nutrias ha traído la de los mismos peces, pues las nutrias atacaban aquellos individuos entorpecidos por los parásitos, cuyo ciclo evolutivo era por este hecho detenido.

Por otra parte, algunos ciervos asiáticos importados por capricho en Nueva Caledonia pulularon allí, hasta el punto de poderse contar 300.000 en 1924; ante los destrozos cometidos por ellos en las plantaciones ha habido que tomar enérgicas medidas, distribuir armas y municiones y organizar batidas.

La mangusta fué introducida en 1872 en la Jamaica para luchar contra las ratas, que eliminó desde luego muy bien. Pero fué causa, después de aquello, de una temible hecatombe de animales domésticos (cerdos, corderos, gatos, perros, pollos) y la destrucción de las crías de pájaros insectívoros...

La acción del hombre civilizado sobre la vegetación se inscribe en todas partes en el globo. Sobre nuestro propio suelo, el retroceso de las selvas pirenaicas, que arrastra al montañés siempre más abajo, ha inspirado a Flahault páginas vibrantes; la casa desnuda del litoral mediterráneo está lejos de ser un carácter de origen... Esta acción se manifiesta con una intensidad acrecentada en las islas, tales como en Santa Elena, Ceylán, Mauricio, La Reunión, las Seichelles. Ha podido agravar un régimen desértico atacándose a una vegetación periférica que había alcanzado sobre sus límites las de su equilibrio biológico.

La acción sobre la fauna es atestiguada por numerosos ejemplos que se podrían sacar de la Historia. Los últimos representantes de la *rithyne* de Steller, ese Sireneo perdido en los hielos, han

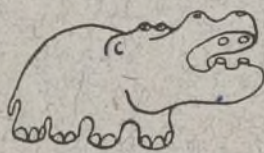
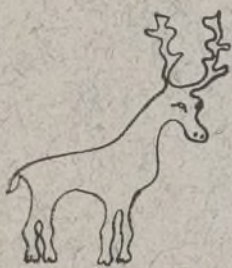


sido destrozados hacia 1768 por cazadores de focas en los parajes del estrecho de Behring.

En la segunda mitad del siglo xii, los navegantes holandeses mataban en tan gran cantidad sobre las islas Mauricio, Rodrigo, La Reunión, esos colúmbidos gigantes y sin defensa que eran los drontes, que menos de cien años más tarde habían desaparecido; con ellos otros pájaros, muy particulares por su morfología y sus costumbres, y un gran loro, especial de la isla Mauricio, vecino de los *cacatoes*; sin embargo, tan abundante "que se hubieran podido llenar navíos enteros".

Las tortugas terrestres gigantes de las mismas islas mascareñas tuvieron entre el principio del siglo xviii y 1840 una suerte idéntica...

Hemos asistido desde el fin de la guerra hasta estos últimos años a la destrucción de nuestra gran fauna africana, cumplida con un encarnizamiento que me parece haber tomado el ímpetu de una verdadera psicosis. La Administración asistía con su indiferencia o complicidad a esas matanzas, cometidas a pesar de los reglamentos que estaban precisamente obligados a hacer respetar. Los cazadores profesionales rechazados de las colonias vecinas, los indígenas a su sueldo, a sueldo de comerciantes, a sueldo de sus propios grandes jefes, poseyendo un pequeño arsenal de armas de tiro rápido, diezmaban los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos, las jirafas, los antílopes, los gorilas. De 1926 a 1929 se han matado anualmente en Africa de 30 a 35.000 elefantes, de los cuales 20 a 25.000 en el Congo belga, 1.800 en el Sudán, más de 3.000 en Africa Ecuatorial Francesa. Es la época en que el marfil transitaba en Brozavilla por 50 toneladas a la vez, en donde las pieles de jirafa se exportaban por cientos y los cuernos de los rinocerontes por toneladas, éstos con destino a China. Y es porque los cuernos de este animal son considerados a millares de kilómetros de distancia como un afrodisíaco poderoso, que sirve para confeccionar copas para beber, gracias a las cuales la superstición quiere que los venenos pierdan su toxicidad; que ya no existen en el Africa Ecuatorial Francesa y en el Camerón nada más que algunas decenas de rinocerontes. Y cuando de resultas del enrarecimiento de los grandes elefantes y de los elefantes machos el comercio del marfil se volvió menos lucrativo, cuando los textos legislativos vinieron a prever la eliminación de la categoría de los cazadores profesionales, las hecatombes no cesaron. Continuaron en razón de un

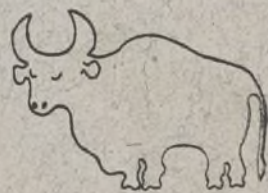
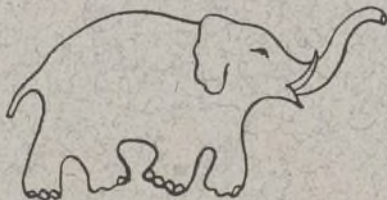


singular y vergonzoso comercio, el de la carne de animales salvajes. "Carniceros de caza mayor", como se les ha calificado con desprecio. Europeos, sultanes indígenas, hacían con nuestra Administración contratos para el suministro de carne seca a los trabajadores de carreteras y ferrocarril Congo-Océano, en las regiones donde la aparcería local o venida de regiones vecinas habría suministrado, sin embargo, una alimentación suficiente. Un hipopótamo da una media de 80 kilos de carne seca; un solo cazador ha entregado 40 toneladas de carne de ese animal. ¿Qué pensar del que no dudó en matar 44 hipopótamos en el mismo día? Y ciertos cazadores "sportivos" mismos, en el curso de sus expediciones temporales, arrastrados por los excesos de que eran testigos, tuvieron a su vez un cierto número de "hazañas" que hacerse perdonar.

No es posible encontrar un ejemplo más sorprendente de explotación anárquica que esta amplia empresa de exterminio de que fué víctima la fauna africana, pues se realizaba gracias a las violaciones de los reglamentos; por consiguiente, bajo el cubierto de exacciones múltiples y de fraudes. Mientras que la organización de la caza en las colonias del Este africano inglés, integrándose en el cuadro de la protección de la Naturaleza, producía anualmente varios millones, los ingresos al activo de esas matanzas figuraban en el presupuesto de nuestras colonias con la cifra ridícula de algunas decenas de miles de francos.

Una época tal, que puso nuestro país en tan mala postura acerca de las naciones extranjeras, fué, sin embargo, la que organizó en Francia la protección de la Naturaleza; según unos, *principio del todo, menos para nosotros*. Sería fastidioso recordar las etapas, por lo menos en sus detalles. Hay que indicar, sin embargo, que los esfuerzos cumplidos se jalonan por el Congreso Internacional de París (1923), lejana supervivencia de la Conferencia Internacional de Berna (1913), por la creación sobre nuestro territorio del Parque Nacional de Pelvoux (1923-1924), de la reserva botánica y zoológica de Camarga (1927), de la de Lanzanier (Bajos Alpes, 1937), de la de Neonvieille (1936).

Para nuestras colonias, en donde la obra a realizar era particularmente urgente, el impulso fué dado por la *Comisión para la Protección de la Fauna Colonial*, reunida en el Museum bajo la iniciativa del presidente Daladier, entonces ministro de las Colonias, que transformada en un Comité permanente (1925), organizó el segundo Congreso Internacional para la Protección de la Naturaleza (París, 1931).



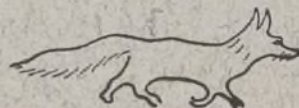
Con la Comisión permanente de caza del Ministerio de las Colonias, ese Comité acaba de ser englobado en un amplio organismo nacional para la protección de la Naturaleza, considerado bajo todos sus aspectos en los territorios de la Francia de Ultramar (1937). Así se halla concretada esa unión que el profesor C. Bresson (de Alfort), director de las reservas de la Sociedad de Aclimatación, y yo mismo habíamos preconizado desde 1930 y que se ve hoy reforzada por la colaboración indispensable de los cazadores deportivos.

Poco a poco, la protección de la Naturaleza se salía del marco puramente sentimental en donde se había mucho tiempo mantenido. Se ha edificado sobre bases científicas. Ha enunciado sus principios, precisado sus métodos. Realiza definitivamente una política de ahorro con todo un cortejo de consecuencias económicas. La acción que ha inspirado en nuestro país se ha visto encauzada en una amplia corriente internacional, uno de cuyos resultados más felices fué la organización del *Oficio Internacional para la Protección de la Naturaleza*, que reside en Bruselas desde 1928 y una de cuyas manifestaciones recientes fué la Conferencia de Londres (noviembre, 1933) para la protección de la flora y de la fauna en África. Otro aspecto de la colaboración entre Estados nos es revelado por la creación en Bélgica (1934) de un Instituto que asegura la dirección general de los admirables parques nacionales del Congo belga, y que es el mismo administrado por una Comisión internacional.

La expresión más destacada de la protección de la Naturaleza, tal como hay que entenderla en adelante, se manifiesta por la organización de *parques nacionales* y de *reservas naturales*.

El parque nacional es una concepción americana, que debía consagrar en 1872 la ley estableciendo el primer parque nacional del mundo, el de Yellowstone. Se trata en este caso de amplias extensiones colocadas "al abrigo de toda depredación humana", pero destinadas "a favorecer, por la vida en la Naturaleza, la educación, el recreo, el entretenimiento del pueblo". El parque nacional, si no realiza una fórmula exclusivamente turística, constituye, sin embargo, para el turismo un atractivo y como una llamada. Se trata, pues, de defender esas organizaciones contra una forma industrializada y agresiva de ese turismo, incompatible con el respeto de la calidad propia, de la armonía de los paisajes, de la integridad, aunque relativa, del medio natural.

La reserva natural es una concepción más severa. Desde el punto de vista espectacular anterior, se sustituye ahora aquí un punto



de vista esencialmente biológico. Los territorios constituídos en reservas naturales, vacíos de aglomeraciones humanas, son rodeados como por un cinturón de pistas-límites y los caminos que les dan acceso están solamente destinados a los guardas acreditados. En esos "santuarios", la introducción de especies animales y vegetales, sean indígenas, sean importadas, está estrictamente proscrita. La Naturaleza, abandonada a ella misma, regula, según sus propias leyes, las relaciones de los seres entre ellos y con el medio ambiente. Un tal concepto parece el único que pueda aplicarle útilmente en los países donde las devastaciones humanas se han manifestado con una amplitud desmesurada; es la expresión práctica de las últimas tentativas para salvaguardar allí lo que queda de la Naturaleza primitiva.

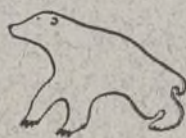
En presencia de protestas venidas del extranjero, Francia creó en 1924 un Parque Nacional Antártico (Crozet, Saint-Paul y Amsterdam, ciertas partes del archipiélago de las Kerguelen), pues en las Kerguelen Sociedades franconoruegas masacraban anualmente de 30 a 35.000 *macrorhines*, llamadas *focas-elefantes*.

Pero la organización más efectiva es la de las diez reservas naturales integrales de Madagascar (1927). Son, en la hora actual, la mayoría delimitadas y vigiladas; gracias a ellas serán salvados los últimos jirones de la vegetación autóctona de la gran isla, los últimos restos de una gran fauna, única en el mundo, entre los cuales subsisten especies que son a los ojos de los naturalistas verdaderos "fósiles vivientes".

Ciertamente, tales obras, aún imperfectas, pero de las que se puede esperar hoy la consolidación y extensión, no han sido conseguidas sin esfuerzos y sin luchas contra la incomprensión y la ignorancia. Porque la protección de la Naturaleza no se edifica, como se ha visto, con el impulso sentimental; no sabría progresar sin más educación general que se asimile más fácilmente por las masas que por las altas esferas administrativas.

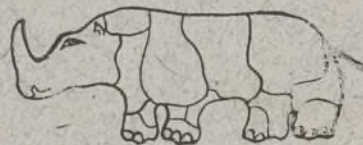
Nada hay más emocionante que seguir inscritas sobre nuestra tierra las grandes realizaciones, fruto del esfuerzo humano, quizá, por lo demás, menos duraderas que las huellas de actividades más humildes. Las suntuosas civilizaciones mesopotámicas se hundieron en la sangre y el pillaje; pero el trabajo sobre el cual se habían edificado se lee aún en los canales de irrigación que estrían las riberas del Eufrates y del Tigris.

Nada es más inquietante, por otra parte, que las perspectivas que se abren a la Humanidad, liberada de las potencias que le opri-



men. Para el sabio, para la Humanidad de mañana, para su educación, su ética y su estética, debemos reservar, en un mundo de selvas fabricadas y de animales domesticados, esos territorios, donde vivirán una flora y una fauna en todos los otros lugares abolidas.

Se penetrará en ellos con la emoción que sobrecoge al arqueólogo cuando evoca entre las ruinas una ciudad antigua.



RAFAEL ALBERTI

UNA HISTORIA
DE IBIZA

CUADERNOS DE MADRID

UNA HISTORIA DE IBIZA

Huyendo de la muerte (¡aquel terrible choque del expreso en un túnel!), de la que se había salvado por llegar tres minutos más tarde a la estación del Norte, Javier, aquella misma noche y al azar, escogía sobre el mapa de España un punto cualquiera donde pasar las vacaciones de verano. Igual que en la infantil y olvidada clase de Geografía, su dedo, a modo de puntero, fué recorriendo de Norte a Sur, de Levante a Poniente, las tierras coloreadas de las provincias, saliéndose de ellas lentamente hasta llegar al mar y pararse en una isla con la que siempre había soñado: Ibiza. Allí pasaría un mes, treinta o cuarenta días, retirado de todo en un molino, leyendo, escribiendo, mirando las bahías diminutas, las veleras lejanas, bajo la sombra antigua de los olivos y algarrobos.

A la mañana siguiente, sin advertir a nadie de su cambio de rumbo, salió para Alicante, donde debía embarcarse al atardecer.

1.

Bajaba poco a la ciudad. Unos geranios, altos, fuertes, membrudos y hombretones, como jamás los había visto; un pozo de agua turbia que rezongaba, protestando abajo, con una voz de ogro semidormido, cuando el cubo de cinc se le hundía en la garganta; un algarrobo de brazos milenarios y codos enraizados en la tierra; dos habitaciones de cal; un molino de vela, rotas dos de sus aspas y siempre fijo ya en el mismo viento; toda esta maravilla puesta sobre una terraza, suspendida sobre el pequeño mar de una ensenada solitaria, hacía que Javier se sintiese más perezoso que nunca, de espalda al resto de la isla, mirando sólo lo que tenía delante: playas casi desiertas, higueras adormiladas, suaves colinas de pinos adolescentes, y el Mediterráneo, cerrado su añil en un extremo por la banda tórrida de otra isla: Formentera.

Esta dejadez y rústico abandono le retenían lejos de la ciudad. Cuando algunas tardes bajaba, siempre por las veredas de las tumbas cartaginesas y los olivos seniles, iba a sentarse entre los pescadores del bar de "La Estrella", en la acera de la marina. Desde su arribo a la isla no había leído los periódicos de la Península. Llegaban ya de noche, retrasados, y no valía la pena hacer cuatro kilómetros para irlos a buscar. Sabía que por allá las cosas no iban bien, que diariamente caían asesinados muy buenos camaradas y que la respuesta a todos estos crímenes había ido a clavarse mor-

talmente en la cabeza de un *ilustre* político, jefe del partido monárquico. Aquella tarde, y alargando el camino por el borde de las viejas murallas, bajó a sentarse al bar, seguro de distraerse un poco escuchando el lenguaje, para él incomprensible, de los pescadores ibicencos, primitivos y rudos, con aire de piratas y perfiles de águilas costeras. No los conocía. Ni ellos tampoco a él. Sólo el dueño le saludaba, cruzándose entre ambos, al servirle, unas pocas palabras castellanas, las suficientes para comprender esas otras que por recelo o falta de confianza se callaban. Aquella tarde se atrevieron a más.

—¿Socialista?—insinuó, a media voz, Javier.

—Sí. Y casi todos éstos que frecuentan *mi* bar. O al menos, de la U. G. T.

—¿Y comunistas?

—También los hay. Mire, aquellos dos que ahora se sientan... ¿Y usted?

Javier le respondió después de unos segundos de duda:

—Amigo de los trabajadores.

La voz ampliada de un gramófono les tapó el diálogo. Algunas mozas ibicencas, con sus largas faldas rizadas, sus petos y zarcillos labrados de oro puro, seguidas por unos marineros, se pararon a escuchar la canción. Metálica y atronadora, una voz de mujer inundaba el paseo, saltando por encima de los mástiles, enredándose en las jarcias y las redes tendidas:

Carita de emperadora,
cuerpo de clavel moreno...

Fué llegando más gente, hasta formarse un muro de caras silenciosas, ojos y oídos atentos. Javier, de pronto, reconoció algunas. Caras vistas en Madrid, en la Universidad, en determinados cafés y sospechosas tertulias estudiantiles. Se prometió a sí mismo no bajar más por la ciudad. Había venido a Ibiza, un poco fatigado de la lucha política, para premiarse con un mes de reposo y aislamiento su doctorado de Letras. La presencia de aquellas caras enemigas, mezcladas entre las de inocentes ibicencas, le desagradó hasta torcer la boca con un gesto de asco. Se hubiera marchado en aquel mismo instante a otro lugar: a Mahón, a las costas de Africa, adonde ni de vista reconociera a nadie. Ya iba a pagar para subirse a su molino, cuando la voz del gramófono fué interrumpida violentamente por la de la radio. Las primeras palabras, enredadas aún a las del cante jondo, no se comprendían. Eran las de un hombre que hablaba claro, pero angustiosamente; que de pronto grita-

ba, lleno de autoridad y de ira. La gente que oía se arremolinó, desordenándose.

—¡Silencio! ¡Silencio!—chilló entonces Javier, subiéndose a una silla—. ¡Es Madrid, camaradas! ¡Habla Madrid!

Las palabras del hombre que gritaba por radio fueron al fin dominando el tumulto. Nueva ola de gente se agolpó ante el bar de "La Estrella". Las palabras, por fin, lograron sonar límpidas, tajantes, sobre el silencio del paseo marino:

—¡Huelga general, trabajadores! ¡Huelga general en aquellas capitales y pueblos donde los militares rebeldes hayan osado declarar el estado de guerra! ¡Huelga general! Los momentos son graves, gravísimos. El proletariado español sabrá responder a esta provocación derrochando su valentía y su sangre...

Javier volvió a chillar aún con más fuerza:

—¡Es la voz de Largo Caballero, camaradas! ¡Es Largo Caballero, socialistas! ¡Trabajadores ibicencos: es la voz del camarada Largo Caballero la que estáis escuchando!

Impasibles, los pescadores sentados en el bar miraban a Javier y al altavoz de la radio como si los dos hablasen un idioma extranjero. Javier llegó a pensar: "Estos hombres de Ibiza no entienden bien el castellano".

—¡Camaradas...!—les empezó a decir, con una mezcla de rabia y de ternura.

Pero de la radio salía una nueva voz repitiendo, insistente:

—Se licencia a todos aquellos soldados cuyos jefes traidores les hayan ordenado sublevarse. Quedan libres... Pueden marcharse todos a sus casas... Se licencia...

Después se oyó la voz de la C. N. T.; también la de la F. A. I.

Las órdenes, la lectura de proclamas y adhesiones al Gobierno, los discursos, se sucedían rápidos, cubriéndose los unos a los otros. Una nueva voz, que Javier reconoció en seguida, comenzó a hablar. Era grave, solemne, llena de nobleza. Todo lo doloroso, lo firme, lo grande de la tierra de España temblaba en su acento:

—¡A las armas, pueblo español, trabajadores españoles! Socialistas, anarquistas, comunistas: ha llegado la hora de liquidar a vuestros verdugos. La patria está en peligro. ¡En pie todos, con el Gobierno del Frente Popular, con el Gobierno legítimo de la República! Habla el Partido Comunista. ¡A las armas, obreros, campesinos, trabajadores!

—¡Ibicencos!—volvió a chillar Javier, saltando sobre una mesa y empujándose aún para que lo que iba a revelar cayera desde arriba, removiendo el pecho de la gente—. Es *Pasionaria*, la camarada Dolores Ibarruri, la que se dirige a vosotros ¡*Pasionaria*!

En ese momento la radio conectaba con la Puerta del Sol. El

alma entera y entusiasta del pueblo de Madrid invadió la impasibilidad de la isla, llenándola de canciones heroicas, de clamores de muchedumbre, gritos y vivas.

—¡U. H. P.! ¡U. H. P.! ¡U. H. P.!

En el ritmo cortante y repetido de estas tres letras se marcaba la marcha decidida, la voluntad firme de los trabajadores madrileños. La Puerta del Sol retemblaba dentro de Javier como si los pasos del pueblo en armas dieran contra su corazón. “Ha llegado la hora, ha llegado la hora”, se decía mecánicamente, mientras pasaban de lejos, por sus ojos, bosques movibles de banderas, hombres y fusiles. “Hay que marcharse a la Península. Mañana mismo. Ahora. ¡A ver! ¡Un barco! ¿Dónde hay un barco, una gasolinera, una barca de remos?” Javier, por encima de las cabezas paradas, miró hacia la bahía. Pero sólo vió que los mástiles de los laúdes anclados en el puerto cabeceaban, tranquilos. Algo grande, algo inmenso sucedía en España. El necesitaba presenciarlo, intervenir, dar su sangre, si fuera preciso. Sintió, de pronto, vergüenza de encontrarse perdido en una isla, lejos de sus amigos y camaradas, sin tomar parte como ellos en aquella esperanza revolucionaria, convertida inesperadamente en realidad gracias a la sublevación de unos cuantos jefes militares. Se bajó de la mesa donde aún estaba encaramado, dispuesto a preparar su equipaje para marcharse al día siguiente. El desfile de la Puerta del Sol se había ido alejando. Con el Himno de Riego, que cerraba la histórica emisión de aquel día, el paseo y el bar se fueron quedando desiertos. Cuando la gente se alejaba, el gramófono, siempre con la misma garganta metálica y estentórea, comenzó a rayar “La Internacional”. Una “Internacional” melancólica, de fin de fiesta o de verbena.

El dueño de “La Estrella” se acercó reservadamente a Javier. Dos obreros le acompañaban. Javier se adelantó:

—¿Y qué va a suceder en esta isla?

—Aquí sólo tenemos una guarnición de soldados que se marcha mañana con destino a Alicante. Guardias civiles y carabineros son pocos.

Quien así habló era un hombre de aspecto rudo, no se sabía si joven, con una boina hacia adelante tapándole las cejas, nariz de gaviota y ojos de gavián.

—Pau García, pescador—agregó él mismo, presentándose.

—Antonio, *el Carpintero*—añadió el otro—. Los dos de la U. G. T.

—Comunista—confesó Javier.

—Quizás aquí no pase nada. Pero esta noche, permanentemente, se reúnen en la Casa del Pueblo todos los directivos de las organizaciones obreras—dijo el dueño del bar.

—Yo, por si acaso, iré a buscar la dinamita—susurró Pau.

—¿Adónde?

—Adonde la hay. Al polvorín.

—¿Y usted, compañero?

—Yo—contestó Javier, despidiéndose—, si no sucede nada y puedo, saldré mañana para la Península.

—Seguramente que saldrá, amigo. En esta isla todos somos parientes. Es muy difícil que aquí suceda algo.

Y el dueño de "La Estrella", al decir esto, rozó amistosamente con su mano el hombro de Javier.

—Buenas noches.

—Salud.

Pasadas las últimas casas de la ciudad, Javier encendió su linterna, sorteando las tumbas del sendero de olivos que le subía a su casa.

2.

Cuando Javier despertó eran las seis de la mañana. Había dormido mal. Una noche de insomnio, espantada de pesadillas y voces. Como comprendió que aún era pronto para bajar al puerto, una vez hecho el equipaje se entretuvo en trasquilar los geranios y arbustos de su terraza. Sacó agua del pozo. Regó las plantas y la tierra. Miró al mar, a la línea quebrada de la costa. Al comprobar lo rápidamente que ésta torcía ante él, desapareciendo, se dió cuenta con horror de que estaba viviendo en una isla. Es decir: "en un lugar—y se acordó de la definición del texto del colegio—rodeado de agua por todas partes". ¿Perdido? ¿Sin escapatoria posible? Ocho campanadas sonaron en dirección de los molinos. Javier se recobró de su angustia. Dió cuerda a su reloj. Tomó su maletín, y por la misma vereda de las tumbas y los viejos olivos se puso en marcha para llegar al puerto. "A las nueve y media—calculaba—podré ya estar dentro del barco." Y aligeró el paso para ser el primero en la ventanilla de los pasajes.

Ya estaba en la ciudad, en el paseo. Se sentó un momento para sacudir y limpiarse de piedrecillas las sandalias. Por los caminos de San Antonio y San Jorge llegaban al mercado los primeros burrillos y carros de la mañana. Javier se levantó. Iba a seguir. Pero se detuvo al instante, quedándose de piedra. Por el centro del paseo avanzaba, formada, toda la guarnición de soldados de Ibiza. Llevaban los fusiles en posición de ataque, y los cascos de acero, de campaña. Delante iba un capitán, y el soldado del centro de la primera fila empuñaba un fusil ametrallador. Javier no comprendía, mejor dicho, no quería comprender aquello. No le convenía entenderlo, y levantó su maletín para continuar camino del muelle. Pero aquellos

hombres armados se habían detenido en medio del paseo, y el capitán, en alta voz, declamaba una hojilla que, después, y con la ayuda de un soldado portador de una lata de engrudo, fijaba en la pared de la Casa de Correos.

Javier siguió parado, inmóvil, junto al banco, mientras la guarnición, seria y triste, de soldados de Ibiza, desfilaba ante él, subiendo en dirección de las murallas, hacia el castilló. Entonces se acercó al muro de Correos, sabiendo anticipadamente lo que iba a leer en aquel bando. Aún antes de llegar a la distancia necesaria, las gruesas letras que componían el primer párrafo saltaron de la acera al centro de la calle:

“QUEDA DECLARADO EL ESTADO DE GUERRA EN TODA LA ISLA...”

No quiso leer más. Dudó un instante si seguir hacia el puerto. Pero ¿para qué? El barco, si llegaba, sería detenido y ya no lo dejarían volver a la Península. Dió media vuelta. El campo, la vereda de las tumbas y los oliyos se divisaban al fondo del paseo. Otra vez arriba. Al molino. “¡U. H. P.! Ibicencos, ¿no comprendéis nada? Es la voz de Largo Caballero. ¡Huelga general en aquellas capitales y pueblos donde los militares rebeldes...! Habla Dolores Ibarruri, pescadores de Ibiza. La patria está en peligro. ¡A las armas! ¡U. H. P.! Se licencia a todos aquellos soldados cuyos jefes traidores...”

Cuando Javier llegó a lo alto de su molino, se sentó, muy cansado, en el pretil de la terraza. Monte abajo, vió las higueras escalonadas, las playas desiertas, los viñedos, los pinos, la brevedad de las costas desapareciendo en el añil del mar...

“Sí—se dijo, tendiéndose en lo ancho del pretil ya caldeado por el sol de las once—: ¿Isla? Isla es una extensión de tierra rodeada de agua por todas partes...”

Y cerró los ojos para dormir.

3.

Oyó que alguien abría con suavidad la verja de madera. Se incorporó.

—Camarada...

Era Antonio, *el Carpintero*, quien se le acercaba, sigiloso.

—Hay que hacer algo, en seguida, sin pérdida de tiempo—le saludó Javier a media voz y levantándose.

—¿No sabe? Han precintado esta madrugada la Casa del Pueblo y encarcelado en el castillo a todos los responsables...

—¿Y Pau, tu compañero?

—No sé. Salió a robar la dinamita. Eran ya más de las dos de la noche cuando lo dejé camino del polvorín. Lo habrán detenido también, como al dueño del bar.

—¿Y tú, que vas a hacer? Debías de esconderte.

Antonio se apoyó contra un brazo del algarrobo:

—Yo sé que hay que hacer algo. ¿Cómo? La Guardia civil me busca...

—Yo te ayudo, camarada. A mí no me conocen en la isla.

—A usted—aseguró a Javier *el Carpintero*—le buscarán también dentro de poco. No olvide que le han visto en el bar de "La Estrella". Por ahora, lo mejor para no caer preso es irse al monte. Hágame caso. Váyase. Allí—y Antonio señaló hacia una colina del fondo de la playa—encontrará a muchos compañeros.

—¿Y tú?—le preguntó Javier.

—¿Yo? Serviré de enlace. Pero lo primero es salvarse de la Guardia civil. No disponemos de nada. Ni de un fusil siquiera. Desde el monte, créame, haremos algo. Mire...

Y cuando parecía que iba a continuar, el obrero dejó cortada la frase en la primera palabra y salió del jardín. Ya tras la verja, y en el mismo momento de marcharse, prometió a Javier:

—Volveré mañana por aquí, si es que no quiere hacerme caso. Y desapareció.

4.

Tres días más continuó Javier viviendo en su molino. Al tercero bajó a la ciudad para buscar a Antonio, que no había cumplido su promesa. "Lo habrán también metido en el castillo", se le ocurrió, al mirar cerrado y precintado el bar de "La Estrella". No conocía a nadie más en toda la isla. Anduvo. Entró en un café. Su dueño era un alemán. Encendió la radio, fijándola en la onda de Madrid. Daban noticias de Barcelona. La insurrección había sido dominada. El general Goded, prisionero. En la capital de la República, tomado el Cuartel de la Montaña y rechazado el enemigo hasta la Sierra. En Valencia... Como otro alemán entrara en el café, Javier comprendió que debía marcharse o, al menos, buscar una onda diferente. Decidió lo primero. Pagó y salió a la calle.

A la mañana siguiente, y cuando aún no sabía qué decidir, si esconderse en los montes o quedarse en el molino, oyó pasos y voces a su espalda. Se encontraba Javier en aquel instante montado a caballo en uno de los brazos del algarrobo. La sombra negra de las hojas lo tapaban completamente. "Será Antonio", se dijo, y estuvo a punto de bajarse del árbol.

Era la Guardia civil que venía a buscarle. Contuvo el aliento, levantó las piernas que le colgaban y las enroscó fuertemente a la rama. Con la culata del fusil, los guardias civiles golpearon la puerta. Al ver que nadie de la casa respondía, echaron una ojeada por el jardín, marchándose sin cerrar la verja. De un brinco, Javier bajó del algarrobo, y casi desnudo, como estaba, se tiró monte abajo, para ganar pronto la orilla, camino de los pinos. Había llegado la hora de hacer algo, salvándose.

5.

No sabía bien cómo llegar a los pinares donde debía esconderse. Siguió playa adelante, por la arena dura de la orilla. Al fondo, y en el descenso de la curva de un monte, se levantaba un redondo torreón decapitado, antiguo vigía de los piratas ibicencos. Tenía un nombre maravilloso: Sal-rosa. Lo escogió como primera meta de su jornada. Hasta allí llegaría. Descansaría un rato a su sombra, internándose luego por el bosque. Para ir más de prisa se quitó las sandalias. En el mar, ni una vela. Pensó que iba marchando solo por un desierto que no terminaría nunca. Le entró sed. Se sentó. Aún faltarían más de trescientos metros para llegar a la torre. Como la arena blanda era de plomo derretido, volvió a la fresca de la orilla, tendiéndose con los pies casi dentro del agua. Entonces miró hacia la ciudad. La muralla de oro, de piedra reluciente, que ceñía la parte alta de Ibiza, respiraba al sol, bajando todavía lozana e inexpugnable por el monte. El castillo de los sublevados, color de rosa en su parte moderna y también de oro en sus torres antiguas, coronaba el vértice de la capital. "Allí están nuestros presos", dijo Javier levantando la voz, mientras se incorporaba un poco, acodándose sobre un matojo de algas secas. La cal de las casas rebrillaba hasta morderle los ojos. Los molinos de vela, extáticos, sin viento, daban la pesadez y lentitud del día, que iba subiendo hacia las doce. "Es muy difícil que aquí suceda algo", había dicho el dueño del bar. Pero ya estaba sucediendo, aunque aquel paisaje de ausencia y de reposo lo ignorara. "¡Qué bestia ese comandante del castillo! En una maravilla como ésta..." Cortó la frase. Alguien se acercaba. Parecía un extranjero: uno de esos ingleses o yanquis locos, aprovechados, que vienen a invernar a las Baleares y que luego, por unas pesetas, se compran una casa o un molino, no regresando más a su país. Avanzaba, descalzo, por el borde del agua, cubierto con un largo albornoz, que casi le arrastraba, rayado chillonamente de rojo y violeta. Unas gafas de cristales negros, proyectándole dos extrañas sombras hasta la mandíbula, le desfiguraban el ros-

tro. Era desagradable la aparición de aquella rara figura en la playa desierta. Javier notó que los cristales se le clavaban, fijos, y con una insistencia inquietante. "Un espía extranjero, de esos que por las tardes suben sus denuncias al castillo y se emborrachan, luego, con el teniente coronel de la Guardia civil." Javier sabía que el espionaje más serio de la isla lo dirigía un alemán, un *nazi*, propietario del restorán más elegante de la playa de San Antonio. También sabía que varios falangistas de Madrid, esos que vió una tarde en el bar de "La Estrella", veraneaban en aquel pueblecillo. "Me han denunciado", se dijo, seguro. La figura del albornoz había dado la vuelta, pasando ante él, aún más lentamente y mirándole con mayor insolencia. "Bien. Es usted un espía. Sé que me conoce. Pero intente llevarme." Este era el pensamiento de Javier, lo que estaba decidido a decir a aquel hombre, saltándole al cuello. Era absurdo. Pero lo haría. Mas el hombre del albornoz rayado y los cristales negros volvía a pasar por tercera vez, ahora sigiloso, con andares de gato y misterio. A Javier, aunque estaba tranquilo, le latieron los pulsos con angustia. A unos cinco pasos de distancia, el hombre del albornoz se detuvo. Primero se estiró. Luego, curvándose en una extravagante reverencia, se quitó las gafas.

—¡Pau!

—No me ha conocido, ¿eh?

—¿Pero no estabas preso? ¿No te habían fusilado?

Javier lo abrazó, con asombro.

—¿A mí? No me venga con "manías". Que me busquen.

—¿Y la dinamita?

—Se despertaron las guardias del polvorrín y tiraron. Pero la tengo. Ya, ya servirá...

Hablaba el castellano con un acento duro y difícil, lleno de asperezas. Una lengua de nieto de piratas, lo que todos sus antepasados habían sido.

—La Guardia civil vino al molino esta mañana—le confesó Javier—. Me he salvado por suerte...

—¡Manías!—cortó Pau.

Esta expresión la usaba el pescador de una manera extraña y vaga. "No hay que hacer manías. Ya son manías los militares." También la empleaba días enteros como constante estribillo o como resumen de algo que le era imposible explicar bien.

—Ahora, vamos al pino—siguió, iniciando el paso—. Allí hay de todo: buena cama, comida... Igual que en un hotel.

Desviándose de la orilla, indicó a Javier que lo siguiese. Al llegar a los primeros juncos de las dunas, se arrodilló y comenzó a escarbar en la arena. De la boca del hoyo empezaron a salir albor-

noces y kimonos de colores. Pau sacó, entre ambas clases de prendas, hasta cinco. Javier lo contemplaba, absorto.

—Mire. Este es mi guardarropa. Cada día me recorro la playa con un traje distinto. Y llego hasta las primeras casas de Ibiza.

Javier le preguntó a carcajadas:

—Pero ¿de dónde has sacado todo eso, Pau?

—De los extranjeros que vienen a bañarse por aquí. Nadan... y se quedan desnudos.

—Eres un verdadero pirata.

—¡Manías!—contestó.

Cerró las puertas de arena de su armario, dejando dentro también el albornoz violeta y rojo que llevaba, quedándose cubierto con el bañador azul de algún bañista alemán o americano.

Treinta metros después, los dos camaradas ascendían por la falda del monte, desapareciendo entre los pinos.

6.

Al cabo de unos días de escondite, Javier, ayudado por Pau, se había construido una verde tiendecilla de ramas jóvenes de pino parasol, enebro, lentisco y cuantas matas olorosas encontró en aquel bosque. Como la tierra estaba dura y en declive, todas las noches renovaba su lecho de hojas secas, recogidas pacientemente a lo largo de su espera forzosa y aburrimiento.

Había horas del día en que se hallaba solo, sin libro que leer, sin nadie con quien hablar. Pau, como un gato montuno, a veces arrastrándose o en una fuga rápida, desaparecía entre los troncos, perdiéndose hasta muy caída la tarde, hora en que regresaba con un saco cargado de melones, uvas, pan y una calabaza peregrina llena de agua. Entonces, silbando débil y largamente, aparecían a esta consigna los demás refugiados. No eran muchos los que habitaban aquella zona del bosque: algunos salineros, un joven campesino, y Escandell, pescador como Pau y anarquista. Hacia la cumbre, en cuevas naturales y refugios de ramas, se escondían otros refugiados políticos. Pero Javier y sus compañeros no los veían apenas nunca.

Aquella noche, Pau llegó acompañado de alguien, de un obrero que Javier no conocía.

—Vengo de parte de Antonio, *el Carpintero*—dijo, sentándose y apoyando la cabeza contra un tronco—. Cayó preso. Por eso no fué a verle al molino. Me encargó que se lo dijera.

Hubo un silencio.

—¿Y hay ya muchos en el castillo?—preguntó Javier.

—No caben: La Guardia civil trabaja día y noche en la ciudad. Los que pueden salvarse huyen a las aldeas y a los montes. Yo no vivo ya en Ibiza. Duermo por aquí cerca: en unos pajares de San Jorge. Pero tengo una radio. Esto es lo que principalmente venía a decirle.

—¿Una radio?

—Sí, de pilas eléctricas. Dentro de un pozo. El comandante ha cortado la luz para que nadie pueda escuchar lo que dice el Gobierno. Le traigo noticias.

Todos, en la obscuridad silabeante de los pinos, se tendieron por tierra, alrededor del recién llegado. En los alientos contenidos podía escucharse la ansiedad que los sobrecogía.

—Hemos tomado Albacete...

—Para que hagan manías—saltó Pau.

—...y no sé qué cuartel o edificio de San Sebastián. También... Espere.

Encendió su mechero y sacó de una costura baja de los pantalones un papelillo escrito a lápiz, que deletreó para sí con gran dificultad.

—Eso era—prosiguió en alta voz el amigo de Antonio—: las milicias catalanas avanzan por el camino de Zaragoza...

—Aunque yo soy de Ibiza, mi padre es catalán—descubrió Escandell con una inocencia y orgullo maravillosos.

—Hay todavía más. El Presidente Azaña se ha dirigido al país... Pero no he podido apuntar lo que dijo.

—Ese sí que sabe—comentó Pau, repartiendo a cada uno un racimo de uvas.

Con esto comenzaba la cena.

—¿No daís nada de beber para celebrar las noticias?

—Agua de esta calabaza—respondió uno de los salineros, ofreciéndosela.

—También traigo... Verá.

El recién llegado entregó a Javier un periódico, mientras un chorro fino de agua le sonaba en la boca. Escandell encendió una linterna. Era *La Voz de Ibiza*, al servicio de los facciosos del castillo.

Leyeron:

—“Las crueldades de los rojos moscovitas. Madrid, sin agua. Las fuerzas del general Mola ocupan El Pardo. En breve, la capital de España caerá en poder de los verdaderos españoles...”

Estos titulares, leídos al azar, desconcertaron a todos.

—¿Dónde está El Pardo?

Aquellos ibicencos del bosque sólo conocían las costas de la Península.

—¿El Pardo? Imposible. Todo esto son patrañas de las radios rebeldes.

Y Javier, indignado, tiró lejos de sí aquella hoja llena de calumnias y embustes.

Volvió a quedar a oscuras la rueda de los refugiados.

—¡Qué canallas! Nos llaman los rojos, sabiendo de sobra que es todo el pueblo español quien lucha contra ellos: anarquistas, comunistas, republicanos, sin partido... Y de esta gente tienen la desfachatez de decir que son los moscovitas, los rusos. ¡Sinvergüenzas! Dan ganas de escupir, de llorar y reírse a un mismo tiempo. ¡Maricones!

Y Javier escupió, enfurecido.

—Pero en Rusia no quieren a los anarquistas—apuntó tímidamente Escandell.

—¡Manías! Tú no sabes nada de eso. Te callarás. Es mejor.

Pau y Escandell, pescadores, contrabandistas los dos y buenos camaradas, siempre se andaban peleando. Eran ingenuos y primitivos como sus propias barcas remeras. Lo mismo que los viejos mercaderes fenicios, habían recorrido a la vela casi todos los puertos del Mediterráneo. Pau era miembro de la U. G. T.; Escandell, de la Confederación. Apenas si sabían nada. Y así, como ellos, casi todos los campesinos y trabajadores de Ibiza: isleños olvidados, gentes de sol y pobreza apacible, para quienes la vida se limitaba solamente al pastoreo, la pesca, las labores del campo, las salinas, acabándose el mundo ante sus ojos en la raya del mar. Pero Pau y Escandell, que habían tenido trato con los obreros portuarios de Barcelona, con los pescadores de Valencia y Alicante, vivían más inquietos, discutiéndolo todo, riñendo siempre en su lenguaje, como lo hacían en aquel momento y sin que Javier los comprendiera.

—Siempre con ruidos y palabras. ¿Has estado tú allí? Pues cállate.

—Yo sí conozco Rusia, camaradas—dijo Javier, dirigiéndose a Pau, para cortar el incidente—. Tan buenos compañeros que sois y andáis todo el día peleando como si fuerais enemigos.

—Es que éste y yo somos contrarios de la misma idea—aclaró Pau, con tal candor y bondad que a Javier se le escalofriaron las sienes.

—¿Es verdad que has estado en Rusia?

Era la primera vez que Pau lo tuteaba. En la obscuridad se sintió que a todos aquellos hombres se les ponían grandes los ojos, estrechando la rueda. Javier les habló entonces de sus viajes por el Cáucaso, por Azerbaiján, por las costas soviéticas del mar Negro. El campesino, que escuchaba, y que se apellidaba Torres, preguntó

por la colectivización de la tierra. Había leído algo en no sabía qué libro. Durante más de cuatro horas explicó Javier a aquel atento coro casi invisible la grandeza, todo el esfuerzo gigante del inmenso y lejano país de los Soviets. Y terminó, al fin, contándoles del Ejército Rojo, de los soldados que vio desfilar un 7 de Noviembre, cantando, por la gran plaza de Moscú. Intentó recordar algún himno.

—¿Vosotros no sabéis canciones revolucionarias?

¡Cómo sonarían, allí, en el bosque, a media voz y a aquellas horas!

Le respondieron con un silencio lleno de vergüenza. No, no sabían nada. Acaso alguna estrofa desfigurada de "La Internacional".

—Los que saben las cosas se quedan en el continente—se quejó uno de los salineros, refiriéndose a España—. No llegan por aquí.

—Una vez vino un comunista muy conocido, no recuerdo su nombre, para echar mítines por toda la isla. Cada noche tenía que dormir en un sitio distinto: en los pajares, en los establos de las vacas, entre los juncos de las dunas... La Guardia civil no lo dejaba. Los campesinos le ayudamos mucho. En el corral de mi padre dormió una vez, sobre un montón de sacos de aceitunas.

Y Torres subrayó con orgullo esta última frase.

—Los comunistas...—empezó Escandell.

—¿Qué tendrás tú que decir de los comunistas?—le atajó Pau como con un machete.

—Nada, hombre.

Hubo una pausa embarazosa, que salvó el amigo del *Carpintero*:

—¿No nos dijo que cantaría?

—¿Cantar?

Javier estaba algo fatigado.

—Aprenderíamos.

Y la aurora marítima de los pinos les cogió aquella noche, la barba cada vez más crecida y los ojos amarillos de sueño, repitiendo ya todos de memoria las estrofas de "La Joven Guardia".

7.

Las noticias que Pau traía de la ciudad eran cada vez más confusas. El amigo de Antonio el *Carpintero* no volvió más por él monte. Alguien de San Jorge lo denunció, entregándolo a las fuerzas del castillo. Los presos crecían diariamente, cogiendo Pau el rumor de que ya, no cabiendo en la fortaleza, yacían tirados por los patios y corralones del cuartel alto. *La Voz de Ibiza*, un ejemplar

del día anterior que Escandell subió de la playa, sólo publicaba, entre noticias alarmantes, una lista de nombres de ibicencos y extranjeros que favorecían a los sublevados con toda clase de donativos. En primera página podía leerse:

Su Ilustrísima el Obispo de esta diócesis... 200 ptas.
Don Sigfrido Mayer..... 2 botellas de whisky.

Este don Sigfrido era uno de los muchos veraneantes alemanes que denunciaban a la gente de izquierda de la isla y que al caer la tarde subían al castillo para emborracharse con el comandante faccioso.

Javier, desde por la mañana, miraba al mar, desesperándose de verlo siempre tan desierto, sin la más mínima sombra de una barca de pesca. Los pescadores, pocos días después del levantamiento, retiraron sus redes, negándose a salir. Por eso estaban presos casi todos. Los demás, huídos por el interior. En la ciudad ya no había pescado, principal base de su alimento, y los envíos del campo escaseaban significativamente. "Si apareciera de pronto un barco nuestro...", pensaba Javier ilusionándose, subido en una piedra que dominaba todo el costado de la isla.

—De nosotros no se acuerda nadie—les confesó en voz alta a Pau y Escandell que le acompañaban—. Habrá que huir de aquí como sea. A nado, si fuera posible.

—El comandante ha dejado sin llaves todos los barcos de motor, y los carabineros, custodiados por la Guardia civil, vigilan en las gasolineras.

Se comentaba misteriosamente que los carabineros eran leales al Gobierno; pero tan pocos en número, que soportaban la sublevación en espera de que los republicanos reconquistasen la isla.

Más que nunca, Javier comprendió serenamente que el peligro aumentaba a cada instante y que a partir de aquel momento era necesario prepararse a todo.

—Será preciso, por lo menos, cambiar de monte.

—No—respondió Pau con sequedad—. Yo conozco a un patrón, que si no hace manías...

—Pienso que no se atreva.

El pescador afirmó en su castellano difícil:

—Mañana a la noche podría salir para el continente.

Y tirando con fuerza de Escandell, se lo llevó pinar abajo, camino de la playa.

—Hará frío en el mar. Coge la manta y vamos.

Javier tomó la que le había cubierto durante tantas noches el sueño y la desesperanza de no poder escapar nunca de aquel monte. Era una manta sucia y agujereada que Torres le subió el primer día de casa de su padre. Se la cruzó en bandolera, desde un hombro a un costado, y con la luna echó a andar detrás de Pau por entre piedras, troncos y ramajos rebeldes. Por fin, alcanzaron un camino. Había que marchar hasta no sabía dónde. Siempre que se acercaba una revuelta, Pau se adelantaba rápido y sigiloso, con ese mismo aire de gato que Javier viera en él cuando andaba espiando por el bosque.

—Empieza la zona salinera. Aquí vigilan los carabineros—descubrió Pau en una de estas fugas—. Dicen que son leales... Menos el teniente.

—Mejor será salirse del camino y seguirlo, de lejos, por el campo.

La luna lo descubría todo, delatando su luz hasta las sombras más oscuras. Apareció el bisel de los esteros, cegadores y fijos, como colgados en el aire. La sal, amontonada en perfectas pirámides, aumentaba aún su resplandor con el negro parado de las vagonetas. Javier sintió como si todo aquel relumbre de paisaje se llenara de ojos que de un momento a otro fueran a convertirse en manos. "De aquí preso al castillo", pensó, seguro de no equivocarse.

—Aquel es el Vedrá—le señaló Pau al doblar una curva.

Alto, como un inmenso monolito, el monte emergía del mar, perfilado y transparente.

—Los que han subido allá arriba, que sólo han sido dos, un alemán y un ibicenco, dicen que cerca de la cumbre hay una fuente donde beben las cabras salvajes. También cuentan que las rocas están pegadas de colmenas, y que como nadie sube a recoger la miel, resbala derretida por las piedras abajo.

Javier, oyendo a Pau, pensaba en los héroes homéricos, en los poemas de Teócrito, en las leyendas primitivas de pastores y marineros.

—Ya llegamos.

Una diminuta bahía, al escalar unos montículos de arena, había surgido de repente.

Escandell esperaba. De entre unas rocas, salió como un genio del mar. En el centro de aquel olvidado remanso cabeceaba una barca, desplegada la vela y tendidas las redes.

—Viento favorable—dijo Pau a Escandell como saludo.

El anarquista no respondió. Estaba serio, reservado.

Se acercaron los tres a la orilla. Pau gritó, dando un corto silbido:

—¡Eh!

De la barca, una sombra les comunicó con el aire:

—Imposible.

—¿Cómo?

—Que no—trajo la brisa.

Javier no comprendía:

—¿Qué dice?

Pau y Escandell se callaron. Aquel breve silencio se le hizo luz, de pronto:

—¿Qué? ¿No quiere ese patrón? Decidle que al llegar a Valencia le daré mil pesetas, dos mil... Lo que me pida.

—Hijo de la gran puta.

Escandell explicó a Pau:

—Dos horas discutiendo con él ¡y nada! Tiene miedo. Oyó el motor de las gasolineras...

—Mil pesetas, dos mil... Lo que le dé la gana.

Pau repitió al patrón el ofrecimiento de Javier. El aire con la ola volvió a traer la misma respuesta:

—Que no.

Era inútil seguir aquel diálogo. Los tres camaradas se apartaron, silenciosos, de la orilla. Había por allí, dispersas por la playa, varias chozas de cañizo y lona para guardar las barcas. Entraron, cada uno en una, con el fin de dormir un poco. Javier no pudo. Gallos que al parecer cantaban del otro lado del mar le espantaron el sueño.

9.

Volvieron al refugio del bosque.

Desde el intento frustrado de fuga, Pau y el anarquista, cuando estaban ante Javier, apenas si se expresaban por monosílabos. Parecían heridos en su amor propio de hombres de mar, acostumbrados a riesgos más difíciles que los que suponía aquel viaje sin motor, a la vela y en una buena barca.

—Cuarenta y ocho horas hubiéramos tardado en arribar a Denia—dijo Pau, por fin, rompiendo el silencio de todos aquellos días.

—Hay que robar una—fué la respuesta de Escandell.

—¿Sabes tú dónde está? Porque a remo no llegaríamos nunca.

El anarquista se calló.

Javier empezaba a presentir el final de aquella involuntaria aventura. ¿Qué podía hacerse en una isla donde ya ni los motores de las barcas tenían llave? ¿Esperar? Una espera demasiado larga.

“En el castillo se sabrá que los que todavía no están presos andan escondidos por los montes. Cualquiera madrugada la Guardia civil nos batirá, encarcelándonos o matándonos aquí mismo, entre estos árboles. ¿Y cómo defendernos de unos tricornios con fusiles? ¿Con piedras?” Ni las había en aquel lugar. Si los soldados del fuerte, al menos, intentasen algo... Pero aún era demasiado pronto. Los recordaba muy bien: todos con caras de pobres campesinos engañados, al mando del oficial que leía y pegaba en una de las fachadas del paseo la declaración del estado de guerra en la isla. Sabía, además, que, bajo pena de muerte, no los dejaban bajar solos a la ciudad ni comunicarse con los presos. “Esperar, apretando los dientes. Resistir.” ¿Pero hasta cuándo? ¿Es que acaso en España iban a acordarse de aquel perdido trozo de tierra? “Hace muy bien el Gobierno en dejar para el fin la toma de Ibiza. Las nuevas milicias españolas tendrán ciudades y pueblos más importantes, más urgentes que reconquistar. Si es que escapo con vida de esta isla y si para entonces la insurrección no ha sido sofocada, me alistaré en las milicias del Sur y lucharé en los frentes andaluces.” Y Javier se acordó de Jerez de la Frontera, su pueblo natal, en donde había vivido hasta los diecisiete años, y en donde aún residían sus padres y sus hermanas. La familia. Se entristeció. Y cambió aquel pensamiento por este otro: “Si los facciosos resisten, habrá que destruir las bodegas”. Para él, además de una inmensa riqueza que pasaría a manos del pueblo, las bodegas eran toda la poesía de su infancia. “No, no será necesario. La victoria llegará mucho antes.”

—Cuando la isla sea reconquistada y después del triunfo definitivo, ¿qué vais a hacer vosotros? Porque la vida de Ibiza cambiará, y con esto también la vuestra—preguntó, sondeando a los dos pescadores.

—Lo primero, pedir a Madrid que nos mande gente buena para que aprendamos. Aquí nadie sabe nada.

Estos eran los deseos de Pau: aprender, pero de alguien que viniera de fuera. Tenía esa superstición.

—En Barcelona hay muchos Ateneos libertarios...—comenzó Escandell.

—¡Manías! Hace falta otra cosa.

Ya iban a pelearse, como siempre, cuando un ruido nuevo y extraño, que crecía con rapidez, les paró en seco las primeras palabras. Venía como del mar y, sin embargo, no sonaba a motor de gasolinera. Los tres, a una, se levantaron, corriendo a asomarse en dirección de la playa. El ruido aumentaba, metálico y sonoro, haciendo vibrar toda la anchura de la isla. No había ya que dudar: bajaba abiertamente del cielo, cayendo como un canto de inmensos abejorros sobre las cabezas levantadas y en éxtasis de los tres com-

pañeros. Dos hidroaviones, rutilantes de sol, recorrían, jugueteando, persiguiéndose, todo el azul de Ibiza. Pasaban en aquel instante sobre los claros de cielo del pinar. Un escape de puntos luminosos salía de cuándo en cuando de sus colas. Los puntos, poco a poco, desuniéndose y disgregándose, se iban agrandando hasta convertirse en una lenta lluvia de hojas de papel. Los pulsos de Javier y los dos pescadores parecía que fueran a romperse; los ojos intentaban salirse.

—¡Son nuestros! ¡Y tiran proclamas! Hay que hacerse con ellas.

Aún antes que Javier hubiera gritado estas palabras llenas de ansia y júbilo, Pau y Escandell habían desaparecido monte arriba. El también corrió, bajando a una hondonada de piedras y matorrales. Poco después, las manos llenas de hojas y periódicos, volvían a reunirse.

“¡Ibicencos!:

”La escuadra y la aviación republicanas vienen a libertaros. No queremos inútiles derramamientos de sangre.”

Y dirigiéndose al comandante faccioso:

“Si a las cuatro en punto de esta tarde no se iza en el castillo la bandera blanca, lo bombardearemos y desembarcaremos en la isla.”

Eran las doce de la mañana.

En grandes titulares prometía la primera página de los periódicos también llovidos del cielo:

“Hoy, fecha en que Don Jaime I, el Conquistador, ganó las Balears para Cataluña, catalanes y valencianos reconquistarán la isla de Ibiza.”

Releyeron en alta voz una y otra vez, hasta perder la cuenta, aquellos mensajes maravillosos caídos a la tierra cuando ya la desesperación y el desánimo empezaban a nublarles la fe y la confianza.

—Ya habrán desembarcado en Formentera—dijo Pau, al oír alejarse el zumbido de los motores, cortándose de súbito.

El pinar de los refugiados comenzó a inquietarse. De las cuevas altas y los pinos cimeros, hombres con barbas de veinte días y ojos de animales monteses bajaban por pequeños grupos, no atreviéndose aún a llegar a la playa. Se iban quedando, recelosos todavía, por entre los lentiscos y escondites roqueros. Torres, el campesino, que algunas noches bajaba a dormir al pajar de su padre, subió, relampagueantes los ojos:

—A las cuatro podremos bajar todos a la ciudad. Los salineros se preparan. Nos uniremos a las tropas leales.

El día avanzaba. Javier, como un autómatas, miraba a cada ins-

tante su reloj. Tímidamente se destacó un refugiado de los grupos dispersos, acercándose:

—Dicen que en el castillo han puesto ya la bandera blanca y que uno de los capitanes rebeldes se ha pegado un tiro.

—El comandante ha lanzado una proclama diciendo que antes que rendirse derramará con los suyos hasta la última gota de sangre. Me lo ha dicho el cartero de San Jorge.

—¡Manías! A las cuatro en punto llegarán nuestros barcos: pues a las cuatro y cinco ya no habrá más comandante. ¡Se acabó!

Todos rieron el comentario de Pau a las noticias del campesino. Fueron acercándose más hombres, apareciendo también algunas mujeres con anchos sombreros de palma. Eran las primeras que veía Javier desde que pudo escapar de su molino. En las caras de todos se sentía que la liberación estaba cerca, que aquella vida atemorizada del bosque iba a terminarse.

—Son las cuatro menos cinco—gritó, jubiloso, Escandell.

—Pues ya debían oírse los motores.

—No van a ser tan puntuales.

—¿Qué harán los señoritos del castillo cuando aparezcan los barcos.

—No es tan difícil saberlo.

Aquí alguien habló con claridad y sin rodeos del cambio de color que sufrirían los calzones facciosos ante las unidades de nuestra escuadra.

—Sería criminal la resistencia—dijo una mujer.

—¿Y si resisten?

—¿Con qué?

—Los matarán a todos.

—¿Qué culpa tienen los pobres soldados?

—A esos no les pasará nada.

—Se rendirán. Ya lo veréis.

Habo un silencio lleno de ojos vigilantes. Javier, disimuladamente y con miedo, volvió a mirar su reloj. Eran más de las cuatro y media. No quiso decir nada. Pero una sombra de duda le obscureció la espera. ¿Sería posible? *La Voz de Ibiza*, en una de sus informaciones redactadas por los facciosos, afirmaba que toda la flota se había sumado al movimiento de "liberación nacional". "Imposible. Una burda patraña", pensó Javier. Y no se equivocaba, porque en aquel instante, el mismo zumbido de por la mañana, aún más veloz y ahora aumentado, se perfiló hacia la raya de Formentera.

—¡Viva!—gritaron todos, como a una señal, ondeando unos los pañuelos, otros las camisas y chaquetas quitadas.

Seis hidroaviones, plateados y finos, avanzaban en línea de

combate. Bajo ellos, ágiles, recortados, dos destructores, cuyos nombres se iban dibujando al ir partiendo el agua y enfiar el castillo. Al detenerse frente a él, Javier y todos los ibicencos del bosque ya habían repetido en voz alta:

—*¡Almirante Miranda! ¡Almirante Antequera!*

Los hidros, esperando ver levantarse la bandera blanca sobre las torres, volaban en ronda y a escasa altura sobre las murallas y los barrios altos de Ibiza.

—¿No oís?—dijo Javier—. Les tiran con fusiles.

—Con una sola bomba que arrojasen se acabaría todo.

—No, no. ¿Y nuestros presos?

Los refugiados se sobrecogieron, callándose. De uno de los barcos lanzaron al agua una gasolinera, tripulada por un oficial y varios marineros. Un banderín blanco le temblaba en la popa.

—Irán a parlamentar con el castillo. Los facciosos se rinden.

Pero al instante, la insignia de la paz fué tiroteada con ametralladora.

—¡Canallas! Quieren sangre.

Los barcos se movieron ligeramente de costado.

—Van a disparar.

—Hacen bien.

Allá por los viñedos y olivares, doce cañonazos desvelaron el eco perdido de la isla. Los hidroaviones, vueltos de oro con el atardecer, aparecían y desaparecían, sonando ya al Oeste, ya al Sur, por Santa Eulalia o San Antonio. El mar, los molinos, los barcos, los árboles, las calles y murallas bajo el cielo poniente de la isla, todo era tan irreal, como si sucediese suspendido en el aire y solamente para recreo de los ojos. Los doce proyectiles se habían estrellado, secos, contra la base de las murallas. Aquellas viejas piedras eran aún de pecho bravo y resistente. Desde lejos se sentía su fuerza.

—Mientras tiren así, ¡nada!

—Los nuestros no quieren sangre.

—Tres cañonazos al castillo y todo terminaría.

Susurró un salinero:

—Allí tengo a mi hermano.

—También yo al mío. Y éste, a su padre.

—Todos los presos son camaradas.

—Pero veréis: van a tirar contra las torres.

—¡Qué remedio!

—Es la guerra.

—Si lo hacen, es porque ignoran que allí está nuestra gente.

—Para eso, para que no tiren, el comandante la encerró en el castillo.

—Pero van a disparar otra vez. Van a disparar.

—Es necesario.

Simultáneamente, Javier y todos los refugiados sintieron deseos de no ver, de apretarse la angustia con las manos. Iban a disparar, y ahora, sin más remedio, tendría que ser contra las torres. “Es necesario.” Javier había pronunciado estas dos palabras sabiendo todo el horror y la inmensa responsabilidad que encerraban. “Es necesario.” ¡Cuántas bocas autoritarias las estarían repitiendo en aquellos mismos instantes por toda la Península! “Es necesario aniquilar a esos bestias, para que no nos aniquilen ellos a nosotros. Es necesario matarlos, para que no nos maten. Por nuestras mujeres, nuestras hermanas, por el porvenir de nuestros hijos.” Pensó de golpe en muchas otras frases y estribillos repetidos mil veces en los mítines y leídos diariamente en la Prensa revolucionaria. Y aquellos cañones marineros habían llegado a Ibiza con ese fin: con el de exterminar de una vez para siempre a los enemigos del pueblo, del suyo, por quien él vivía, se desvivía y estudiaba. “Van a disparar. Pero es necesario que lo hagan contra el castillo: doscientos, trescientos proyectiles, los que hagan falta, hasta que el adversario, rendido, ices bandera blanca en las almenas. ¡Pronto! ¿A qué tardar? Mas ¿y los presos, los camaradas allí hacinados desde hace más de veinte días? No lo saben los barcos, no pueden saberlo. Y ya es imposible advertírselo. Tres cañonazos, cuatro, y se les vendrán encima las viejas techumbres. ¡Eh, compañeros, desviad el tiro! ¡Más a la izquierda!”

Pasaban de doscientos los encarcelados: el dueño del “Bar de la Estrella”, Antonio el Carpintero... Sólo Javier conocía a estos dos. Pero veía a todos los demás, los imaginaba; temerosos y alegres a un mismo tiempo, sintiendo con el retemblar de los muros la presencia de los buques de guerra leales. “Van a disparar, van a disparar.”

El eco de la isla volvió a estremecerse, prolongándose esta vez con una voz rodada de derrumbo. Los cañones del *Miranda* y el *Antequera* humean aún, corriendo sobre sí un viso azul y oro que los difuminó unos instantes

—Han sido cuatro—dijo Escandell.

—Dos han pegado en las torres; los otros, en las murallas—añadió Pau.

Hubo un silencio ávido y angustioso. Los ojos no querían ver, los oídos no querían oír. ¿Dispararían de nuevo? Una nube, que más parecía de polvo que de humo, remontaba del castillo. El mar se había puesto de cobre y el color plomizo de los barcos iba ennegreciéndose. Más lejos, como un rumor intermitente, sonaban aún los

hidros. Después, nada. La noche. Un reposo absoluto. Una terrible oscuridad, llena de ojos desvelados, en espera del alba.

10.

—Tú no, camarada. Tú quedarás aquí hasta que sea preciso.

—Iremos solos éste y yo.

—Pero...—protestó Javier.

—¡Manías!

—Tenemos costumbre.

—Y hay que buscarla a nado.

—¿Sabes tú nadar?

En aquellos momentos esta pregunta de Pau desesperó a Javier, casi humillándolo. No, no había sabido nadar nunca.

Escandell se levantó con un ruido de ramas.

—Vámonos en seguida. Está lejos.

Javier tendió la mano a los dos pescadores. Las tres se encontraron en lo oscuro, duras, fuertes y a un mismo tiempo temblorosas.

11.

—¡Alto!—gritó uno de los centinelas de a popa del *Miranda*. Y enfiló su fusil hacia donde la oscuridad del mar parecía moverse, avanzando.

—No tires, camarada.

—¿Camarada?

Al marinero le tembló el dedo en el gatillo. Se despertaron otros hombres del barco y acudieron al lugar del ruido. Uno encendió una linterna sorda.

—Somos pescadores. Queremos hablaros. Unirnos a vosotros—dijo Pau, apoyando un remo contra el casco del buque para que con el balanceo la barca no chocara.

Una escala de cuerda cayó, de golpe, chasqueando. El centinela, que aún enfilaba su fusil, lo bajó, todavía desconfiado:

—Camaradas...

Los pescadores entregaron al de la linterna sus carnets sindicales.

—C. N. T., U. G. T.—leyeron en voz alta y a un tiempo varios de los congregados a popa.

—Entonces somos compañeros. Venid.

Anduvieron casi a tientas por entre cañones y cuerpos dormidos. Bajaron a una pequeña sala encendida. El Comité de barco deliberaba.

—Estos trabajadores ibicencos desean comunicar algo importante.

Un hombre pequeño y regordete, vestido como los demás, les indicó que se sentaran. Pau y Escandell lo hicieron, emocionados. Al anarquista le faltaba poco para llorar.

—A la madrugada, en cuanto salga el sol, acabaremos con el castillo—dijo el hombre pequeño, con aire de cansancio, dirigiéndose a los que le rodeaban—. A las siete tomaremos la isla.

—Los presos...—comenzó tímidamente Pau.

—¿Dónde están? ¿Y cuántos? Dentro de pocas horas marcharán a sus casas.

—Todos en el castillo... Más de doscientos camaradas... Las techumbres son viejas... Podía desembarcarse por San Carlos... Hay que evitar... Para eso hemos venido.

Y Pau, interrumpido a veces por Escandell, en su castellano difícil, lento, pero ahora exaltado, informó al Comité de todo cuanto sabía de la isla.

—Bien. Al amanecer os darán un fusil a cada uno, y desembarcaréis con nosotros. Mientras, compañeros, iros a descansar un rato.

El hombre pequeño y regordete, sin levantarse, apretó la mano de los dos pescadores, que se tendieron en cubierta, callados y con los ojos abiertos, esperando el levar de las anclas rumbo a la salvación de los presos y la liberación de Ibiza.

12.

Aunque Javier pensó que aquella noche no dormiría, estaba tan enervado y flojo, que se tendió en la misma roca desde donde presenciara por la tarde el bombardeo del castillo. "Así, cuando despierte, veré que ya no están los destructores." Señal de que Pau y Escandell habían logrado la barca y llegar hasta ellos. Confiaba en la destreza y audacia de los dos ibicencos. "Más ágiles y escurridizos que lagartos. No les pasará nada." Y se durmió, seguro de que al amanecer vería desierta la bahía.

El despertar fué así: un mar plano, tranquilo, sin las huellas y ecos de la víspera; el castillo, la muralla, los molinos, la ciudad entera amaneciendo, como si la noche anterior los cañones no la hubiesen estremecido en sus raíces. Oyó pasos. Alarmados, se llegaron a él los salineros. Le andaban buscando desde antes del alba:

—¿Qué va a pasar, camarada Javier? Los barcos se han ido. Alguien afirma que con rumbo a Mallorca.

—No os asustéis. Entraremos juntos en la ciudad, y dentro de muy poco.

—Entonces...

—Yo os aseguro—bromeó, riendo—que algunos de los facciosos del castillo, esos que logren escaparse de momento, dormirán esta noche aquí, donde nosotros lo venimos haciendo desde hace veinte días.

Se levantó de la roca, estirándose:

—¿Y si bajásemos ya a la playa?

Javier inició el paso. De su tiendecilla de pino cogió un racimo de uvas de la cena y, comiéndoselo, siguió andando entre los troncos. El bosque se había llenado de gente: refugiados de los montes y campos vecinos. Hombres viejos con morrales al hombro, caras sin afeitar, gestos de inquietud, de alegría y cansancio poblaron, al clarear, aquellos árboles y laderas antes tan solitarios y mudos. Aparecieron también algunas mujeres con sus niños. La isla revivía, resucitaba. Sus pescadores, campesinos y salineros brotaban nuevamente no se sabía de dónde: si de la entraña de la tierra o lo hondo del mar.

—¿Entonces cree usted que a los presos no les ha sucedido nada?—preguntó, dulce y despacioso, un anciano de ojos grises y frente labrantía.

—No. Y vamos ahora mismo a comprobarlo. Los que quieran seguirme, que vengan.

El bosque entero le siguió: jóvenes, viejos, niños y mujeres. Al pisar la arena endurecida de la playa y sentir la humedad de la orilla se les clareó a todos el corazón, como si el riego de la sangre lo hubiera inundado de súbito. Perseguidos que se guarecían en la torre Sal-rosa se incorporaron también, y gente que brotaba de entre los juncos de las dunas, por los ramos de los viñedos. Marchaban lentos, aún desconfiados. Javier, al frente del primer grupo, como guía. Las mujeres eran las más preocupadas e inquietas. Una preguntó, casi llorosa:

—¿Habrán desembarcado ya?

Javier, sin contestarle, se desvió hacia una veredilla del borde de las dunas por donde avanzaba una bicicleta con alguien en mangas de camisa. Se cruzó, para interrogarle, viendo, ya de cerca, que el ciclista llevaba un fusil a la espalda y que eran pantalones de soldado los que por lo malo del sendero manejaban dificultosamente los pedales.

—¡Eh! ¿De dónde vienes?

—De ahí, del castillo—respondió, sin detenerse—. Nuestras fuerzas ya estarán a estas horas entrando en la ciudad. El comandante y sus oficiales huyeron a los montes. Unos cerdos. Los soldados nos vamos a nuestras casas. Ya era hora.

—¿Y los presos?—gritaron algunos.

Pero el ciclista ya no oía.

A estas noticias del soldado, los grupos se unieron, convirtiéndose en una pequeña manifestación alegre, pero silenciosa. Era el momento de cantar. Javier se acordó de Pau y Escandell, que no sabían, y no se atrevió a proponerlo. ¡Qué lástima! Entonces, les aclaró, mientras marchaban: —Vienen a daros la libertad, ibicencos, a entregaros vuestra isla. Por el camino de San Antonio avanzan las tropas leales, gente lo mismo que vosotros, pueblo bueno y grande de España. Os traen, para entregároslo, vuestro propio mar, la misma tierra que pisáis, los árboles que os ofrecen su sombra, los rebaños que acariciáis sin disfrutarlos, el aire que por primera vez va a ser propiedad de vuestros pulmones. Marcháis conmigo, ciegos, confiados, ignorando aún que hasta la arena que se va pegando al cáñamo de vuestras sandalias os pertenece ya; que antes, no; que hace sólo dos horas, no. Dos, únicamente. Los verdugos que os estrangulaban y saqueaban todo huyen, torvos y cobardes, a esos mismos bosques donde os tuvieron malcomidos, rotos y errantes durante veinte días. Pero yo os aseguro que no se salvarán. Ibiza es una isla; la cerca el agua por todas partes. Se olvidaron de esto y de otras muchas cosas. Y los olvidos así se pagan. Hacia vuestra ciudad ya suben los que vienen a pedirles las cuentas. Como es demasiado lo que deben, lo escaparán muy mal.

—¡Eh! ¿Es fiesta hoy o qué pasa?

El que interrumpía era un pastor, desnudo y sonriendo, que en la orilla jalaba de las patas y el rabo de una borrega que no quería bañarse. Javier miró a aquel hombre con asombro.

—¿Todavía no lo sabes?—respondió al pastor uno de los salineros.

—¿Qué?

—Que llegan nuestras tropas...

—Nuestras tropas...—repitió el pastor como el eco de una roca vacía.

En las preguntas y en el gesto impasible de aquel hombre se sufría todo el interminable crimen cometido contra el pueblo de España. Aquel pastor de ovejas ignoraba lo que venía sucediendo en su isla desde hacía casi un mes. No le habían permitido en su cerebro ni la más débil rendija de luz por donde entrara nada. Sumiso e ignorante, bañaba el rebaño de su señor, como el esclavo más primitivo.

—¿Vienes con nosotros?—le propuso Javier para ver qué decía.

—Estoy bañando las borregas.

Sonriendo, y dominando al fin a la que se negaba, se metió con ella en el mar hasta las rodillas.

Siguieron avanzando por la playa. Ya bordeaban la ladera del

monte donde, coronándolo, abría sus velas rotas el molino de Javier. De allí, y haciendo señas con el brazo, bajaba alguien, de prisa.

—¡Torres!

Era Torres, el campesino, que ya venía con su fusil.

—Soy uno de los encargados de organizar las milicias ibicencas. ¡A ver! ¡Voluntarios!

Sin vacilar, todos los hombres que seguían a Javier se ofrecieron, reclamando al instante:

—¡Queremos fusiles!

—Cuando las tropas suban al castillo os los darán. Este—mostró Torres con orgullo—me lo entregaron por la carretera de San Antonio, al ir hacia San Carlos. No tuve tiempo de llegar al desembarco.

—¿Y los presos?—interrogaron, ansiosas, las mujeres.

—¡Todos libres! Esos canallas se escaparon anoche. Antes intentaron matarlos. Pero con el miedo y la prisa no pudieron.

—Ya, ya se les cogerá.

—Mejor que ellos conocemos la isla.

—Uno de los trabajos de las milicias será ése: limpieza.

Apareció, jadeante, otro muchacho, también con su fusil:

—¡Llegan! Van a entrar en el paseo.

Todos aligeraron. Javier corrió más que ninguno. Al desembarcar en el cruce de la carretera y la entrada de la ciudad, chocó, de golpe, con Pau y Escandell que le buscaban. Se abrazaron. Javier se adelantó a la pregunta que temblaba en la cara de los dos pescadores:

—Sí, salvados, ¡Todos! Ya andan con los fusiles de la guarnición sublevada. Que Torres os cuente.

—Uno de los cañonazos derrumbó las techumbres, sin que hubiera desgracia entre los nuestros. Sólo Antonio perdió el sentido. Antes de huir quisieron ametrallarlos. Pero un sargento lo impidió abriendo antes las puertas de la cárcel.

—A vosotros, camaradas, os deben la libertad y la vida. Nadie lo sabe aún. Ni siquiera Torres.

—¡Manías!—cerró Pau con modestia, esquivando, emocionado, la mano que le tendía Javier.

Banderas altas de la República, catalanas, valencianas, rojas y rojinegras entraban ya por el paseo; con ellas, y rodeando a las milicias peninsulares, carrillos y caballos de los pueblos, que habían ido sumándose al paso de las tropas. Pronto las aceras y las calles de Ibiza sólo eran montones de tabardos, mochilas, fusiles y correajes. Los balcones y las ventanas fueron abriéndose; unos tímidamente, como con miedo; otros, de un solo golpe jubiloso. Y con el resonar de la gente civil mezclada entre los nuevos soldados,

los altavoces de las radios gubernamentales, después de veinte días de silencio, comenzaron a atronar la ciudad.

Los pescadores trajeron a Javier un fusil. Los tres camaradas, siempre unidos como en el bosque, se incorporaron a los grupos de milicianos que se dirigían al castillo. Los ibicencos, al fin, recuperaban su isla. Pero ahora de verdad.

Aquel clarísimo mediodía, sobre las torres almenadas, más altas que el mar y los montes, el pabellón de la República gritaba al viento su victoria contra el cielo de Ibiza. Junto a él, la bandera blanca de los facciosos, como un pañuelo desgarrado, ondeaba el recuerdo de su derrota.

Madrid, 1937.

El Mono Azul

Publicación de la Alianza de Intelectuales Antifascistas

Año IV

Madrid, febrero 1939

Núm. 47

NUEVA VIDA EN AÑO NUEVO

Entramos en nuestro cuarto año de vida. EL MONO AZUL, que nació en agosto del 36, sigue asomándose con las interrupciones a que obligan dificultades que se salvan... como se puede, pero que nos permiten seguir "dando la cara". ¿Y qué si cambiamos de tamaño, o de formato, o aparecemos desde el tejado de casa ajena? Al MONO AZUL no le interesa más que disparar su tinta antifascista desde donde pueda encontrar parapeto. En fin de cuentas: nacimos de miliciano y guardamos de ellos el espíritu de iniciativa combatiente.

Y, ahora, a saludar puño en alto a este nuevo año de 1939, que encuentra a nuestro pueblo bien entrenado en la lucha y en la resistencia; en el optimismo tenaz y endurecido a prueba de lo que sea: hasta de viajes chamberlenianos. Y en la seguridad de la victoria. ¡Salud, 1939! EL MONO AZUL te saluda cantando con desenfado orgulloso esta letrilla de nuestro primer número:

LETRILLA DE "EL MONO AZUL"

EL MONO AZUL tiene manos,
manos que no son de mono,
que hacen amainar el tono
de monos que son marranos.
No dormía,
ni era una tela planchada
que no se comprometía.

EL MONO AZUL sale ahora
de papel, pues sus papeles
son provocarle las hieles
a Dios Padre y su señora.
¡A la pista,
pistola ametralladora,
mono azul antifascista!

¡Mono azul!; salta, colea,
prudente como imprudente,
hasta morir en el frente
y al frente de la pelea.
(Ya se mea
el general más valiente.)

¡Salud!, mono miliciano,
lleno, inflado, no vacío,
sin importarle ni pío
no ser jamás mono-plano.
Tu fusil
también se cargue de tinta
contra la guerra civil.

RAFAEL ALBERTI

"En la zona Centro-Sur nos esperan millones de españoles dispuestos a continuar la resistencia hasta la victoria." (Del discurso del Dr. Negrín pronunciado en las Cortes reunidas en Figueras el 1.º de febrero de 1939.)

Este es nuestro deber, que sabremos cumplir.

CRÓNICA DEL 19 DE JULIO

por ARTURO SERRANO PLAJA (1)

A vosotras, Inglaterra, Francia, Bélgica, Noruega. A vosotros, Estados Unidos de América. A ti, Argentina, que conoces nuestras propias palabras.

A vosotros todos, hombres libres de todos los países: Madrid está en peligro. ¡Pero qué orgulloso peligro padecemos! ¡Qué orgulloso clamor palpita hoy en Madrid frente a todos vosotros, hombres libres del mundo! Madrid sabe que esperáis su última palabra, su palabra decisiva; todos los ojos honrados del mundo quieren hoy ver Madrid, quisieran verlo triunfante, y esperan con angustia íntimamente solidaria. ¿No es para sentirse orgulloso?

Pero vosotros, que esperáis de Madrid su palabra de victoria, no sabéis que vosotros mismos sois esa palabra. Vosotros sois la voz fuerte que hoy palpita y llena el ámbito madrileño. Madrid se ha alzado por su honor, que es el vuestro, y se sabe en posesión de vuestra confianza. Madrid, caudillo inmenso de todos vosotros, hombres libres del mundo, no os defraudará.

Hoy Madrid, como otras veces, como tantas veces, como siempre, se distingue y señala con

símbolos eternos. Como siempre, quijotesca, es decir, con toda nobleza, sin desconfianza, con absoluta fe en la justicia; Madrid, en su aire purísimo, atiende esa purísima llamada que, en los momentos decisivos, angustiosamente hace de tarde en tarde la Historia, el hombre, lo que en el hombre es noble y alto: su libertad.

Libremente, Madrid afronta, por su libertad, el desigual combate con la muerte, que tantos y tantas veces han rehuído vilmente fuera de España.

Libremente Madrid, corazón de España, por la libertad del mundo se juega su destino con la muerte que hoy se encarna, descarnada, en el fascismo: como otras veces, como tantas veces, como siempre.

¿Lo sabéis ya? Vosotras, Inglaterra, Francia, Bélgica, Noruega, ¿lo sabéis ya? ¿Lo sabéis ya, Estados Unidos de América? ¿Lo sabes tú, Argentina, tú que conoces nuestras propias palabras? ¿Lo sabéis ya todos, hombres libres, hombres justos del mundo? Madrid está en pie de guerra por la libertad del mundo. Como el 2 de mayo de 1808, los hombres y mujeres de Madrid saben hoy, 9 de noviembre de 1936, que frente a una palabra, *libertad*, ninguna tiene sentido. Ni siquiera ésta: muerte. Como en-

(1) Leída en las emisiones "Madrid en armas" el día 9 de noviembre de 1936. Hoy siguen llenas de interés esas palabras, así como la apelación al mundo.

tonces, gravemente se cierne sobre la clara y transparente atmósfera madrileña la extranjera y bárbara amenaza. Los soldados franceses de entonces, las que por entonces eran invencibles tropas del imperialismo napoleónico, hallaron en Madrid lo único que Madrid podía dar en aquellos momentos, lo único que ninguna tiranía puede hacer extinguir en un pueblo: su heroica y quijotesca decisión de lucha, su sangre. La sangre de un pueblo que nunca cae en el vacío. La sangre, que triunfa inexorablemente.

Madrid entonces, a costa de su sangre, se hizo símbolo universal en Goya, la sangre de los fusilamientos, de libertad y de fe. Madrid había triunfado, y había triunfado por el solo hecho de afrontar la lucha. Históricamente, humanamente—la Historia es la historia del hombre—, Madrid se había salvado porque su sangre se había opuesto justamente, quijotesca, a la barbarie en nombre de la españolidad. Madrid se salvo calderónicamente por su honor, que es más—era más—que su vida. Y por eso, por saber despreciar su vida, darse a la muerte, Madrid, España, se salva, revive, renace. Y en la Historia triunfa, vence, derrota a Napoleón, por la clara conciencia de la justicia de su lucha, de su epopeya. Como tantas veces.

Como más tarde, el 19 de julio de 1936, en el cuartel de la Montaña. Aquella madrugada,

sinistra y fría al mismo tiempo, el goyesco Madrid del Dos de Mayo se dispuso a repetir su vieja lección, su lección eterna. Por entonces ni se hablaba de la técnica ni de las armas: tan mítico era aún un fusil para aquellos millares y millares de obreros, que miraban con envidia a los pocos que tenían algún arma que poder emplear contra las ametralladoras y cañones del cuartel de la Montaña. Yo recuerdo con escalofrío aquellos hombres—muchos niños entre ellos, pero con un viril corazón—que impacientes, tanto por la prolongación del combate como por su forzosa inactividad, ya que no tenían armas, se lanzaban a pecho descubierto a conquistar su fusil donde lo había: tras las tapias del cuartel. Unos caían antes de llegar; otros, mientras se encaramaban por las tapias entre el terror de los que tras ellas, con pulso tembloroso, no acertaban sus disparos a dos metros de distancia; otros, por fin, desaparecían tras las tapias mismas...

La calle de Luisa Fernanda, esa que va desde Blasco Ibáñez a la rampa que da acceso al cuartel de la Montaña, participaba, en su aspecto, de campo de batalla, hospital y de la intimidad de la casa; junto a un cañón del 7 y medio, manejado sin emplazar, para no perder tiempo, y servido exclusivamente por un oficial, cuya lealtad estaba sellada desde los primeros momentos con una venda en

la frente y un hilo de sangre que, bajando a través de su pálida mejilla, iba formando una gran mancha roja en su guerrera, unas mujeres llorando, sí, pero enteras, abrazaban maternalmente a los muchachos, que habían de salir de un portal para ganar el inmediato; junto a un obrero, que parapetado en una esquina disparaba orgulloso de tener su fusil, un grupo de niños, sí, de niños, levantaban los adoquines de la calle para protegerle mejor. En un portal se curaba a un herido por cariñosas manos femeninas; en otro, se le enseñaba a un inmediato combatiente el manejo de una viejísima escopeta que de pronto aparecía...

En la rampa del cuartel de la Montaña, enfilando la plazoleta que forman las calles de Ferraz, Luisa Fernanda y Rosales, tres ametralladoras, protegidas por sacos terreros, hacían un fuego incesante. A pesar de todo, nadie se había fijado particularmente en ellas, hasta que al ir a cruzar la calle de Luisa Fernanda por la del Tutor, una bala perdida (por entonces a esa distancia, doscientos metros, se llamaban las balas *balas perdidas*) hirió, deshizo mejor, la parte derecha de la frente a un niño de unos nueve años. Fué como la señal. El casticismo madrileño unió a su garbo localista el patetismo universal de los grandes momentos, y, plenamente heroico, reaccionó por ese niño, con la firme decisión de acabar.

De portal a portal resonaban preguntas en las que un contenido profundamente dramático llenaba el formal costumbrismo aparente de otras veces: “¿Y el Manuel?” “Venga, hombre; está en el 17.” Parecía mentira. Parecía que todo se iba a quedar reducido a eso, a esas preguntas preparatorias de una nada. Y de pronto *el Manuel, el Pepe*, es decir, todos esos muchachos que ni por la Revolución tanto tiempo esperada habían querido renunciar, a través de su educación política, a su madrileñismo, hicieron de él bandera de su hazaña. Era impresionante ver salir de los portales de todas esas casas hombres que, obedeciendo a un plan trazado no se sabía dónde ni cuándo, echaban a correr, frenéticamente, con dirección a las ametralladoras. Doscientos tal vez, tal vez trescientos hombres, estaban efectivamente decididos a que cesase el fuego de las tres ametralladoras. En aquella carrera espantosa demostraron de lo que es capaz el hombre cuando está empeñado en algo noble y digno de él. Cuando comenzó aquel avance desenfrenado, las tres ametralladoras furiosamente sonaban sin descanso; y de una manera continua daban testimonio del plomo que disparaban, camaradas caídos en plena carrera. La tensión de los que miraban era máxima. La gente ni se condolía siquiera de los que caían primero, esperando con angustia el final. Todo el mun-

do se preguntaba si llegaría alguno hasta arriba, y todo el mundo entretanto, nerviosamente, con terrible ansiedad, esperaba un silencio. Cuando al cabo de dos o tres minutos terribles se vió saltar sobre los parapetos de sacos terreros a los cincuenta o sesenta camaradas que pudieron llegar, cuando el súbito silencio de las ametralladoras decía claramente de quién había sido la victoria, ya nadie dudó de la inmediata rendición del cuartel. Poco después, del modo más extraño, se vió salir, como lanzado por encima de las tapias, el primer soldado, que en mangas de camisa desertaba de la traición para unirse al pueblo. Segundos después, tres o cuatro más que llegaban a nuestras filas con los brazos en alto, pidiendo con los ojos campesinos llenos de lágrimas no ser fusilados, ya que una pistola a su espalda les había obligado a luchar; era la confirmación del triunfo. Cuando llegaban infantilmente llorando, infantilmente se les acogía con abrazos emocionados; y después, cuando había ya tremolado una bandera blanca en lo alto del cuartel y cuarenta o cincuenta soldados más habían llegado a nuestras filas, sin saber cómo, como en las grandes sinfonías, el clamor popular se organizó de pronto en "La Internacional" más goyescamente trágica que jamás se haya oído. Una "Internacional" que fué interrumpida por una ametralladora, traidoramen-

te tardía, que hizo fuego desde una ventana. Aún recuerdo la impresión fría que tuve entrando por la puerta del paseo de Rosales al saltar por una ventana con varios camaradas y ver, a través de una puerta entornada, ya custodiado por algunos obreros con fusiles apuntando para impedir el linchamiento, al ex general Fanjul con los botones de la guerrera desabrochados, la cabeza entre los hombros, abatido y un terror inmenso, desconcertado, lívido, en sus ojos. No entendía yo nada. Unos pasos más allá el teniente coronel, según creo, Blanco, que fué comandante en el regimiento de Automóviles en el año 1931, cuando yo hacía el servicio militar, en ese año de la proclamación de la República. Recordé rápidamente, como entre sueños, cuando en el calabozo, con un tono pretendidamente paternal, me amonestaba días antes del 14 de abril por *haber hecho propaganda subversiva en la compañía...* Ese día lo subversivo, lo traicioneramente subversivo, era él. Pero no había tiempo de pensar: la invasión humana empujaba, y empujaba también su júbilo de triunfo. Las galerías del cuartel de la Montaña se veían frenéticamente recorridas por enormes muchedumbres que buscaban armas. Un inmenso desorden, el desorden con que se produce siempre la Historia en sus días más grandes, denotaba la furia

popular, el júbilo popular, justiciero y justo...

Hoy el pueblo madrileño, por azar de la guerra, se ve de nuevo llamado, requerido al sacrificio. A las puertas de Madrid algo negro, viscoso, amenaza. El

pueblo en armas de Madrid, con su sangre, nuevamente vertida si es preciso, sabrá purificar su ambiente.

Sabrá poner la luz de su victoria allí donde se intente discutírsela.

IMPORTANCIA DE LAS TRADUCCIONES

por RENÉ LALOU

Entre los elementos importantes de la vida intelectual, entre aquellos que aseguran la universalidad, hay que poner evidentemente en primer lugar las traducciones. Por muy rica que sea una literatura nacional, no sabría ofrecer una imagen completa de la Humanidad. Es preciso que sea constantemente vivificada por la revelación de obras extranjeras. Puesto que esos trabajos nunca quedarían como objetos curiosos ni simples documentales. Revelando otras aspiraciones y otras técnicas diferentes, contribuirán a ampliar la visión de los escritores al mismo tiempo que aumentarían su maestría en los varios recursos del arte literario.

En este sentido, ¿han cumplido siempre los editores franceses? ¿Han sido sus esfuerzos animados siempre por el público? A las dos preguntas hay que contestar: ¡no!, al menos respecto al pasado. A prueba de singulares retrasos. Únicamente acaban de darnos una traducción completa de *Tres poetas de sus vidas*, de Stefan Zweig; sin embargo, era evidente que el retrato de Tolstoi, que fué publicado hace algunos años, perdía mucho de su significado al ser separado

del Stendhal, del Casanova y del prefacio que explicaba el plan de esta trilogía.

Se asombrará uno, sin duda, de que la primera traducción francesa del famoso *Journal*, de Samuel Pepys, no haya aparecido hasta 1937. Que las cartas de Próspero Mérimée a Tamy Lagden no hayan sido traducidas del inglés sino en 1938, esto parecerá todo lo más una circunstancia atenuante.

No es menos verdad que se está realizando entre nosotros un gran progreso. Actualmente de la librería Stock a la librería Plon, en Rieder, y en Grasset, en la *Nouvelle Revue Française*, lo mismo que en las Editions Sociales Internationales, en casa de Denoel, como en casa de Albin Michel, han sido organizadas colecciones de traducciones. Su desenvolvimiento prueba que el público se interesa lo mismo en las obras completas de ciertos autores extranjeros que en las más recientes producciones de la literatura soviética. Una observación se impone a esto último. Los libros que nos llegan de la U. R. S. S. no poseen todos, naturalmente, el mismo valor artístico. Sin embargo, no hay ninguno que

no nos interese, cuando menos por su cualidad de testimonio de una nueva forma de civilización. Por eso, en lugar de trazar una lista, los menciono aquí como una aportación englobada. De este modo se evita el peligro que recelan varios camaradas, que es el de que se conviertan nuestros mensajes en nomenclaturas.

Por la misma razón, me limitaré a anotar que las traducciones de *L'Exilée* y de *L'Angé-Combattant* han acrecido nuestras simpatías hacia la obra tan humana de Pearl Buch. Alegrémonos, en lo que concierne a Ernest Hemingway, de que el éxito reciente de *Dans l'après-midi* parece atraer la atención sobre el *Adieu aux Armes*, que no fué demasiado advertida entre nosotros hace algunos años.

En lo que Valery Larbaud ha llamado "El dominio inglés", Virginia Woolf, Rasomond Lchman y Aldous Huxley, son seguidos en Francia con un ligero conocimiento en la misma fecha, hace un año, yo hubiera tenido que hablar de *Vagues*, de *Intemperies* (*The Weather in the streets*) y de *La Paise des Profondeurs* (*Eyeless in Goya*). El pasado otoño, el acontecimiento en este sector fué la traducción de *Sparkenbroke*, de Charles Morgan. Aquí debemos recordar que muchos compatriotas habían sentido, leyendo *Fontaine*, la misma sensación de intimidad que experimentaron al leer el diario y la correspondencia de Katherine Mansfield. *Sparkenbroke* les ha conmovido por la constante elevación de pensamiento, por el culto delicado de la vida íntima. Este es el privilegio de Charles Morgan, el reconciliar de esta manera los temas del Arte, del Amor y de la Muerte en

una cadencia suave de mistreísmo platónico.

Penetramos en otra atmósfera con el *Zola*, de Heinrich Mann. ¿Hay que lamentar el que no haya aparecido entre nosotros antes de fines del año 1937?

Yo no me atrevería a hacerlo, considerando el vasto alcance que las circunstancias prestan ahora a este estudio. Porque Zola, para Heinrich Mann, no es solamente "el escritor designado a abarcar la mayor masa de realidad". Es el campeón de esta "literatura realista que se adueñaba de los trabajadores y de su mundo".

Es también el valeroso combatiente que proclamaba: "Desde el momento que somos la verdad, somos también la moral", y el biógrafo de Zola acaba su retrato con estas frases: "Luchete, luego crecía". ¿Quién de nosotros dejaría de aplicar este elogio al mismo Heinrich Mann?

En febrero último ha aparecido en francés *La Voie Barrée*, de Ernest Erich Loth, antes de que fuera publicado el texto alemán, y he aquí este verano *Los camaradas*, de Erich María Remarque. Las diferencias artísticas entre estas dos obras se perciben desde el primer golpe de vista. Loth nos ofrece un conmovedor fragmento autobiográfico; Remarque, aunque haya utilizado recuerdos personales, ha compuesto una novela que vive fuera de su creador. Es grandemente conmovedor que los dos libros estén acordes en denunciar el ultraje que constituyó para la civilización el establecimiento de la tiranía hitleriana.

Durante estos meses trágicos en que ella ha defendido su vida y su libertad, España no ha cesado de

ser glorificada en Francia. Era el despertar de una conciencia colectiva en los campesinos españoles lo que se admiraba en el drama de Lópe de Vega *Fuenteovejuna*, representada en el Teatro del Pueblo, adaptada felizmente por Jean Cassou y Jean Camp. Era la voz indomable y lírica de España lo que se escuchaba en las *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca, una de las víctimas más nobles de la tragedia que ensangrienta su país desde hace más de dos años. Esta atroz tragedia revive entera en los magníficos poemas de *L'Espagne au Coeur*. Indignación, dolor, protesta, esperanza, todo esto está expresado en estos cantos de Pablo Neruda. Traducido por Louis Parrot y paternalmente prologado por Aragón, este volumen es el primero de la Colección de la Asociación Internacional de Escritores. Ella se

ha honrado, rindiendo este homenaje al poeta y a su patria.

Voy a tomar la conclusión de esta breve revista de uno de los trabajos que he citado. Cuando se esfuerza en definir la posición particular del escritor que se compromete a militar en una causa noble, Heinrich Mann escribe en su *Zola*: "La acción para la cual seríamos creados debiera poder ser compuesta y tener el valor simbólico de una obra". No se sabría indicar mejor lo que reclama a la vez nuestra conciencia y lo que asegura la irradiación en la influencia de un escritor.

Para obrar eficazmente, su acción no debe ser una serie de gestos sin ligazón, sino tender siempre a componerse como una obra. Puesto que es en la obra, en definitiva, en lo que él da la medida de su humanidad.

CARTA A MIS LECTORES

por UPTON SINCLAIR

Desde que en 1906 fué publicada *La Yungla* en diecisiete idiomas, millares de humildes me han considerado como amigo. Hoy, cuando existe más de un millón de ejemplares de mis libros, en más de cuarenta idiomas, hago un esfuerzo para llegar a estos numerosos lectores en lo que creo que es una grave crisis. Para este fin pido la ayuda de las estaciones de radio y la de editores de publicaciones de tendencias liberales y democráticas, sin distinción de partido o facción.

Estoy trabajando en una obra

sobre la Revolución francesa, estoy leyendo los documentos de la época, y me sorprende la semejanza que en mil detalles tiene con hechos que ahora se están registrando. La Historia se está repitiendo a sí misma, y la Humanidad no ha aprendido bastante con los sufrimientos de más de siglo y medio de todo un Continente.

El pueblo de Francia intentó, en 1789, romper las cadenas del feudalismo, y las monarquías de Europa fueron a la guerra para volver a poner estas cadenas en sus muñecas. El resultado fué

la devastación de un Continente por veintidós años de asesinatos en masa; la llamada Santa Alianza fué impuesta en Europa, y el pueblo de Francia se vió obligado a sostener guerras civiles y exteriores antes de ganar sus más elementales derechos políticos.

Un Continente estaba envuelto en aquella lucha; pero hoy vemos la misma serie de sucesos en tres Continentes. Los pueblos de Abisinia, España y China están luchando heroicamente por el derecho de gobernarse a sí mismos; cuatro autocracias están ligadas contra ellos, varias más están prestando ayuda secretamente, y el mundo entero está metido en una campaña de mentira oficial. Hoy las condiciones son mucho más siniestras y mortales que las que prevalecieron en la Francia revolucionaria. En aquellos días había pocos periódicos, y la guerra de ideas se hacía por hojas y pasquines, fáciles de imprimir; pero hoy la Prensa gigante está en manos del privilegio, y con la radio las clases gobernantes se han hecho un arma maestra para controlar el pensamiento de la masa. En 1789 las armas eran sencillas; el pueblo de París pudo forjarse cincuenta mil picas en treinta y seis horas y con ellas desalojar un despotismo de novecientos años. Pero hoy un pueblo no puede hacerse libre sin fusiles y ametralladoras, y en los últimos años ha quedado demostrado al mundo que no puede mantenerse libre si no consigue persuadir a los dueños de los armamentos para que le fabrique aviones de bombardeo y caza, cañones gigantes

tirados por tractores, todo el equipo del mecanismo militarizado, que cuesta cientos de millones de dólares.

El sistema de producción del beneficio privado, muriendo de los venenos engendrados en su propio cuerpo, está hoy arrastrando a su suerte a la civilización que ha ayudado a desarrollar y extender. Hace cinco años definí el fascismo como "capitalismo más asesinato". Esta era la verdad entonces. El privilegio de clase, aterrado por el crecimiento de la rebeldía contra el sufrimiento de la masa, creó una nueva fuerza para su defensa. Pero ahora vemos una fase más avanzada; la nueva fuerza volviéndose más fuerte y más mortal que su creador. El gangsterismo se ha adueñado del mundo, y los capitalistas tienen un amo también.

Al estallar la Guerra europea llamé al militarismo prusiano "la Bestia con cerebro de ingeniero". En los veinticuatro años que han pasado, la Bestia ha ido a clase y ha perfeccionado su técnica. Ya no permite oposición ni intelectual ni moral; la barre por procedimientos que no se han conocido en Europa desde los días de la Inquisición y la Masacre de San Bartolomé. Quema libros en un escala olvidada desde que la destrucción de la Biblioteca de Alejandría nos privó de la mayor parte de los tesoros intelectuales de Grecia y Roma. No se contenta con hacer esclavos de los trabajadores; coge a sus hijos y tuerce sus inteligencias, convirtiéndoles en pequeños demonios manipulando con escopetas de juguete. Ha convertido el antimoralismo y el antihuma-

nismo en una religión, y ha emprendido una cruzada en beneficio propio en los cinco Continentes del mundo.

¿Cómo pueden ocurrir tales cosas? ¿Cómo puede esta mala hierba ir de triunfo en triunfo? La respuesta es que las clases privilegiadas preferirían ver morir la civilización antes que sacrificar su derecho a la explotación. En toda nación donde el sistema de las ganancias prevalece, los dueños de las armas, del acero y del petróleo y del dinero, especuladores con los medios para la vida humana, jugadores con la miseria, la muerte y la destrucción, son abierta o secretamente amigos del Fascio-Nazismo; todavía agarrados a la esperanza de poder comprarlo o dominarlo y utilizarlo para mantener quietos a los trabajadores y no permitir un renacimiento de la democracia en el mundo, esta vez en industria tanto como en gobierno.

El resultado es que el patriotismo es hoy un mito en nuestra sociedad; clase ha llegado a ser más que patria, y en todos los Gobiernos los gobernantes están intrigando con otros Gobiernos para mantener al pueblo quieto, traicionándolo, traicionando a la civilización misma. Por esto es por lo que en Francia los señores del dinero están dispuestos a ver cómo Alemania fortifica los Pirineos y cómo Italia intriga para aislarlos de África, y cómo la contrarrevolución se prepara para destruir la democracia de Francia. Por esto los *tories* ingleses han preferido arriesgar la interrupción en la línea de la vida de su Imperio y ver a Alemania ganar la Gue-

rra Mundial veinte años después a correr el riesgo de aquel socialismo que necesariamente seguiría a Hitler o Mussolini derrotados en una guerra.

Los hechos se están sucediendo tan de prisa, que lo que se escribe hoy puede estar retrasadísimo mañana. Sólo puede hacerse una apuesta sobre el futuro; pero el 1 de octubre de 1938 vemos al verdaderamente democrático y bravo pueblo de Checoslovaquia a punto de ser arrojado a los lobos para mantener el paquete unido unas cuantas semanas más; los pueblos de Hungría, Rumania y los Estados Balcánicos, Dinamarca, Holanda y los Estados Bálticos... temblando bajo una tumultuosa avalancha. A través de la lejana Asia se extiende el veneno; no hay un solo país en América del Sur libre de él; y aun en mi "dulce tierra de libertad" tenemos en nuestro departamento de Estado hombres públicamente simpatizantes con la reacción y que, con el consentimiento de nuestro Presidente, están utilizando una hipócrita "acta de neutralidad" para ahogar al democráticamente elegido Gobierno de España y negarle el derecho a comprar armas para defenderse. Esto está colocando el círculo de hierro del fascismo alrededor de España; está sometiendo a Francia a la intriga *tory* inglesa y puede al fin romper la democracia en Europa.

Contra tal aparato de poder militar y dinero no hay más defensa que el despertar del pueblo. A todos los trabajadores y productores manuales o intelectuales, a cualquiera a quien estas palabras mías puedan llegar,

les pido: no permitáis a esta conspiración contra la justicia y los derechos humanos dar un paso más hacia el triunfo. ¡Pueblo de Francia, no admitas que se selle la frontera española! ¡Pueblo de Inglaterra, detén los tratos con Hitler, que permitirán el sacrificio de los pequeños pueblos de la Europa Central! ¡Pueblo de la Rusia Soviética, ayuda al mundo a comprender más claramente la diferencia entre productores y explotadores! ¡Pueblo de Asia, levanta tu voz contra los señores militaristas del Japón! ¡Pueblo de América del Sur, cuida tus tradiciones revolucionarias y no permitas que el dinero llegue a ser más que

que Verdad y Libertad! Al pueblo de mi propio país, hijos e hijas de la Revolución americana, les pido que se preparen para el nuevo renacimiento de la libertad, que nuestro gran Emancipador Abraham Lincoln nos pronosticó, y que cuiden de que el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la Tierra. A los iluminados y amantes de la verdad de todo el mundo les pido que hagan oír su voz en estas crisis y que hagan saber que todavía pesan los valores morales en las relaciones de los hombres; que el gobierno de *gangsters* no es ni será el destino de nuestra civilización.

SOBRE CHECOSLOVAQUIA

"Yo no sé si el mundo sacará alguna enseñanza de las horribles semanas que acaban de pasar. El mundo ha visto cómo súbitamente la fuerza bruta se desenmascaraba y se levantaba, las armas en la mano. Ha visto cómo escogía su víctima entre las más débiles, cómo la insultaba, se burlaba de ella y, por fin, la aplastaba y mutilaba. No es el caso de discutir si esta víctima tenía defectos constitucionales o errores. Lo que todos los hombres sintieron por igual fué la monstruosidad del procedimiento. De pronto, los pueblos razonables se buscaron llenos de repugnancia y horror.

"Yo no tengo la suerte de

creer en una providencia justiciera que se encarga de castigar a cínicos y violentos. Yo creo, sin embargo, que ellos mismos terminan un día por comprometerse y destruir su propia causa.

"Este día está seguramente aún muy lejano. Mientras tanto, la crisis se ha conjurado y el universo entero se abandona a una alegría ingenua. Yo no puedo compartir tal alegría. Los peligros que temo y que amenazan a mi patria y al mundo entero no han sido evitados. Bien al contrario. Lo único que se ha hecho es posponerlos un poco.,,

GEORGES DUHAMEL

(De la Academia Francesa.)

EL CINE EN LA GUERRA

por ARTURO RUIZ CASTILLO

Generalmente la gente habla de sí mismo y critica de todo lo demás. De cine se ha hablado poco y se ha escrito mucho; pero se ha escrito de aquel o aquella actriz, de sus trajes y sus caprichos, de sus divorcios y de sus maridos burlados.

En España se ha hecho poco cine y malo, y esto lo sabe todo el mundo. En España hay estudios magníficos, aparatos y técnicos como el mejor extranjero. Geográficamente es un país privilegiado. Posee tremendas y áridas llanuras, exuberantes vegas, cálidos arenales, vegetaciones intensísimas, sierras heladas, un sol maravilloso, un mar apaciblemente azul y una costa terriblemente castigada por un mar embravecido. Un país así: apacible, huracanado, dulce y arisco. Y, sin embargo, este extraordinario escenario sigue ahí esperando. También hay escritores, pintores, fotógrafos, arquitectos, actores y habitantes simplemente y llenos de genial intuición.

¿Por qué no se ha hecho cine? Veamos. El cine silencioso llegó y pasó por España y no nos dejó nada. El cine sonoro o hablado nos vino a enseñar en la pantalla cómo se pueden hacer cosas horrendas, habladas y cantadas en mal teatro, mala literatura, mala fotografía y mal gusto. Vino a llenarnos de desconsuelo cinematográfico a los que creíamos encontrar una ilusión en él.

No niego alguna excepción notable ni ese intento falsamente conseguido de hacer un poco de frivo-

lidad. También en la guerra se ha hecho de esa frivolidad, pero mala; que la buena tiene sus encantos.

Y así el cine bueno quedó oculto en algún cerebro privilegiado, pero tardío, y metidos en esta guerra, inédito para siempre.

Yo, espectador, me lamento de este maravilloso arte ausente. Esencia de todos los artes por acumulación de ellos. ¡Cineastas, dadles luz a los ojos del cine; que son ojos muy abiertos y muy entornados! ¡Y capaces de captarlo todo!

Estamos en guerra y estamos en España. Es el año 1938; dos años de una nueva vida que háy que vivir muy rápidamente ahora que la muerte nos ronda de cerca.

Los españoles quieren ponerse al día, tienen prisa. En poco menos de un año han hecho un Ejército formidable, y ahora están haciendo una gran nación. Y ahora la guerra es la guerra, y en la guerra todo es guerra. El cine en la guerra también será un cine de guerra, y será un arma más a emplear.

Los progresos y los inventos mortíferos han hecho de la guerra un arte insoportable y difícil. La fotografía se ha puesto a la altura de las circunstancias y se ha complicado. Si la cámara fotográfica se asemejara al fusil, la cámara cinematográfica sería como la ametralladora: disparará sus fotografías a 24 por segundo y lanzará sus ráfagas hirientes en el campo de batalla, pero sus tiros no quedarán nunca perdidos. Después, el laboratorio nos muestra otra vez la ex-

traordinaria escena del combate. Y luego la repetición lanzará unas copias por el mundo, metidas en cajas de hojalata, y allá irán por él para toda la vida. Serán las almas en pena del siglo xx.

Ese cine de la guerra tiene toda la importancia del observador auténtico y el historiador verdadero, pero además es como la conciencia viva de lo que fué.

En estos momentos, los cineastas, verdaderos soldados en la guerra de noticias, de verdades y mentiras, están haciendo el principio del buen cine que se ha de hacer en

España. Sus películas maravillosas serán luego recuerdos sangrientos para ellos mismos; serán una gran falta de respeto a los muertos y, a la vez, un gran homenaje.

¡Jóvenes cineastas, manteneos firmes; que vuestros ojos sucesivos y sin espanto arranquen la cruda realidad de la tragedia y la gloria de España! Y que cuando la guerra acabe el gran cine esté ya maduro y sea una sorpresa más para el mundo de las tantas que España ha de dar.

Cineastas, yo, espectador, me paso a vuestro bando...

LA RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR

por CESAR VALLEJO

César Vallejo, nuestro excelente camarada desaparecido, cuyo nombre recorre hoy todas las revistas, era un escritor honrado, en los sentidos humano y profesional de la palabra. Su vida—sacrificio pérenne—y su obra—trabajo responsable—le convierten en escritor “tipo” de nuestra generación.

Como verdadero intelectual que fué, no puede ser medido únicamente por sus escritos. Hay infinidad de ideas que no llegan nunca a escribirse; son el legado de recuerdos que guardamos cordialmente los amigos. Porque las amistades no las constituyen el culto ni al muerto ni al vivo (ni el de “los vivos” a los muertos, como ocurre con García Lorca). Son la vida compartida y, sobre todo, los pensamientos batiéndose en el aire de la conversación.

Y de lo que pensaba Vallejo nos interesa recoger, y darle la publi-

dad merecida, su intervención en el II Congreso Internacional de Escritores en Madrid. Así, EL MONO AZUL pone de nuevo en sus columnas la nota viva de un recuerdo permanente.

Traigo el saludo de mis compañeros al pueblo español que lucha con un interés sobrehumano, con una vocación sin precedentes en la Historia y que está asombrando al universo.

Vosotros sabéis que el Perú, al igual que otros pueblos de América, vive bajo el dominio de una dictadura implacable; esta dictadura se ha exacerbado. No se consiente que se promuncie una palabra respecto de la República española en las calles de Lima ni en ninguna ciudad de la República. Los escritores han organizado una campaña de programa enorme en las más apartadas reacciones del

país, y esta campaña ha merecido la condena del Gobierno.

Con este saludo de los escritores de nuestro país os traigo el saludo de las masas trabajadoras del Perú. Estas masas, contrariamente a lo que podáis imaginaros, tratándose de un país que arrastra una vieja cadena de ignorancia y de obscuridad, ha podido desde el primer momento apercibirse de que la causa de la República española es la causa del Perú, es la causa del mundo entero. ¿Por qué, me preguntaréis, esta capacidad de rapidez con que las masas del Perú y del mundo entero se han dado cuenta de sus deberes hacia la República española? La explicación es clara: los pueblos que han sufrido una represión, una dictadura, el dominio de las clases dominantes, poderosas, durante siglos y siglos, llegan por una aspiración extraordinaria a tener esta rapidez; porque un largo dolor, una larga opresión social, castigan y acrisolan el instinto de libertad del hombre en favor de la libertad del mundo hasta cristalizarse en actos, en acción de la libertad.

Las masas trabajadoras de América luchan, pues, al lado de las masas trabajadoras de España.

Hacen mal los Estados y los Gobiernos de América en tratar de impedirlo, porque a pesar de estas obstrucciones, de estas detenciones, de estas persecuciones, estas masas llegan a organizar una acción de conjunto en favor de la República española.

Camaradas: Los pueblos iberoamericanos ven claramente en el pueblo español en armas una causa que les es tanto más común cuanto que se trata de una misma raza y, sobre todo, de una misma historia, y lo digo, no con un acento de orgullo familiar de raza, sino que lo digo con un acento de orgullo humano, y que sólo una coincidencia histórica ha querido colocar a los pueblos de Amé-

rica muy cerca de los destinos de la madre España.

América ve, pues, en el pueblo español cumplir su destino extraordinario en la historia de la Humanidad, y la continuidad de este destino consiste en que a España le ha tocado ser la creadora de continentes; ella sacó de la nada un continente, y hoy saca de la nada al mundo entero.

Camaradas: He observado en el curso de los debates de este Congreso, desde sus comienzos, que todos los delegados han traído la voz pálida de sus respectivos países como mensajera de la vida revolucionaria de esos países; pero hay un punto, tocado muy someramente y que, a mi entender, es un punto de los más graves; es un punto que debía haberse tocado con mayor ahínco. Me refiero ahora al aspecto de la responsabilidad del escritor ante la Historia y, señaladamente, ante los momentos más graves de la Historia. Este aspecto pobre de conciencia profesional del escritor, el compañero, Grao, escritor holandés, lo ha tocado de un modo admirable.

Hablemos un poco de esa responsabilidad, porque creo que en este momento, más que nunca, los escritores libres están obligados a consubstanciarse con el pueblo, a hacer llegar su inteligencia a la inteligencia del pueblo y romper esa barrera secular que existe entre la inteligencia y el pueblo, entre el espíritu y la materia. Estas barreras, lo sabemos muy bien, han sido creadas por las clases dominantes anteriores al dominio de la monarquía. Creo, pues, necesario llamar la atención de los escritores del II Congreso Internacional Antifascista, diciéndoles que es necesario, no que el espíritu vaya a la materia, como diría cualquier escritor de la clase dominante, sino que es necesario que la materia se acerque al espíritu de la inteligencia, se acerque a ella horizontalmente,

no verticalmente; esto es, hombro a hombro.

Jesús decía: "Mi Reino no es de este mundo". Creo que ha llegado un momento en que la conciencia del escritor revolucionario puede concretarse en una fórmula que reemplace a esta fórmula, diciendo: "Mi Reino es de este mundo, pero también del otro".

Por desgracia, la conciencia de la responsabilidad profesional del escritor no está bastante desenvuelta entre la mayoría de los escritores del mundo. La mayor parte de los escritores están al lado del fascismo porque carecen de esta conciencia profesional, de esta conciencia de su acción histórica; pero nosotros tenemos de nuestro lado lo mejor del pensamiento del mundo, lo mejor en calidad. La prueba es que los escritores de mayor valor intrínseco han venido a este Congreso a manifestar su adhesión a la causa del pueblo español.

Otra prueba de que la conciencia de la responsabilidad del escritor no está bastante desarrollada es que en las horas difíciles por que atraviesan los pueblos, la mayor parte de los escritores se callan ante las persecuciones de los gobernantes imperantes; nadie pronuncia una palabra en contra, y ésta es una actitud muy cómoda. De desear sería que en estas horas de lucha en que la Policía, la fuerza armada, están amenazando la vida, la actividad de los escritores y del pueblo entero, que estos escritores levanten su voz en estas horas y que tengan el valor de protestar de esta tiranía, de esta actitud.

Un camarada de los más notables dijo que de desear sería exigir de las Internacionales Obreras una mayor presión sobre las masas para que expresen su protesta contra las actitudes de los Gobiernos respectivos, y para que bajen a la calle, a fin de prestar a la

España republicana el innegable derecho que tiene de armarse contra la invasión extranjera.

Los responsables de lo que sucede en el mundo somos los escritores, porque tenemos el arma más formidable, que es el verbo. Arquímedes dijo: "Dadme un punto de apoyo, la palabra justa y el asunto justo, y moveré el mundo"; a nosotros, que poseemos ese punto de apoyo, nuestra pluma, nos toca, pues, mover el mundo con esta arma. (*Muchos aplausos.*)

Naturalmente, el problema se reduce a un problema de tipo personal y de interés de los propios escritores, porque no movilizamos nuestras plumas, no estamos contra los Gobiernos, contra la Prensa enemiga, contra los escritores llamados neutrales...

En la mayoría de los casos, los escritores no tenemos heroicidad, no tenemos espíritu de sacrificio. Charloi decía: "Nosotros, los escritores, tenemos una vergüenza enorme que nos hace bajar la cabeza, y es la de ser escritores".

Hora es de asumir nuestro papel valerosamente, tanto en las horas en que estamos bajo un Gobierno propicio, como también en las horas que estemos bajo un Gobierno adverso.

Estoy abusando del tiempo escaso de que disfrutamos; este Congreso, naturalmente, no ha venido a discutir problemas de técnica profesional, pero hemos venido con un objeto, hemos venido en una misión profesional que consiste en darnos cuenta de la materia prima que debe tener cada escritor creador, cual es el contacto directo con la realidad, este contacto con la realidad española, que hoy más que nunca puede dar buenos frutos.

Para nosotros los escritores revolucionarios, un hombre culto es el hombre que contribuye individual y socialmente al desarrollo de la colectividad en un terreno libre

de concordia, de armonía y justicia por el progreso común e individual.

De aquí que cuando hemos sabido cómo el 5.º Regimiento había salvado los tesoros artísticos encontrados en el palacio del duque de Alba, y los había salvado al precio del sacrificio de alguna vida, exponiendo la existencia de estos camaradas, haya algunos compañeros intelectuales que se hayan preguntado: "¿Es posible que el concepto de cultura se haya tamizado hasta tal punto que el hombre tenga que ser el esclavo de lo que ha hecho sacrificando su vida en servicio de una escultura, de un cuadro de pintura, etc.?" Para nosotros, el concepto de cultura es otro; creemos que los Museos son obras más o menos perecederas de la capacidad más gigantesca que tiene el hombre, y querriamos que en un radio de ensueño artístico, de ideal casi absurdo, querriamos, digo, que en esta contingencia trágica del pueblo español suceda lo contrario. Que en medio de una batalla de las que libra el pueblo español y el mundo entero, los Museos, los personajes que figuran en los cuadros hayan recibido tal soplo de vita-

lidad que se conviertan también en soldados en beneficio de la Humanidad. Es necesario darnos cuenta de nuestra misión aquí.

Es necesario que cuando volvamos a nuestros países no olvidemos la situación de esta lucha del pueblo español. Hay que movilizar los espíritus, las masas, en favor de la República española.

Una palabra, y termino: Este Congreso se denomina Congreso para la defensa de la cultura, pero difícilmente los intelectuales del mundo se ponen de acuerdo.

Hace algunos años, este tema fué materia de discusión interesantísima para saber si un hombre es culto o no lo es. Un escritor inglés decía: "El hombre culto es un hombre honrado que cumple exactamente con sus deberes, con su amistad, etc., aun cuando sea un perfecto ignorante, un inepto y no sepa apreciar una sinfonía de Beethoven".

Un francés decía: "Para nosotros, un hombre culto es un hombre que se ha especializado en un ramo, y en ese ramo ha hecho un descubrimiento de gran beneficio para la Humanidad, aunque sea un hombre deshonesto y no honrado".

GUADALQUIVIR HOY FRONTERO

Si con tus aguas te bates
por defender el bracero.
Si luchas en los combates
por un tiempo venidero,
no serás del extranjero.

Si tus velas y tus ramos
quieren ser nuevos aún;
si estás con los que forjamos
esa victoria de un
mundo que ya columbramos;
si eres el fiel compañero
del soldado y del obrero,
no serás del extranjero.

No serás de quien tu orilla
envilece de traición.
Del que ennegrece Sevilla
de luto y de maldición.

Si acallan tu melodía
de paz, y tu son guerrero
alzas libre y altanero.
Si suena en el ancho día
tu heroico acento andaluz,
si levantas el testuz,
no serás del extranjero,
Guadalquivir, hoy frontero,
entre la sombra y la luz.

ANTONIO OLIVER.

FRANCISCO MATEOS Y SU ARTE

por SANTIAGO ONTAÑÓN [1]

Quiero comenzar pidiendo perdón por leer esta conferencia y no decirla, como debiera ser mi obligación, puesto que soy hombre que a veces peca de excesiva cordialidad. He decidido leer estas cuartillas, expuesto a resultar un poco monótono, por considerar que aquello que perdamos en espontánea amenidad lo ganamos en orden; orden que me dará una claridad de expresión de la cual no estoy muy sobrado. Así, pues, voy a meterme como un minotauro monstruoso en el laberinto de esta conferencia y haré de la disciplina de unas cuartillas el hilo de Ariadna que me saque de él.

Voy a hablar de Francisco Mateos. A Francisco Mateos le conocemos todos, y digo le conocemos todos sin excepción, porque estoy hablando ante vosotros, que estáis delante de su primorosa y agresiva Exposición. ¿Qué mejor presentación para un artista que su propia obra? Viendo estos aguafuertes, estos óleos, estas acuarelas, ya estáis presentados al autor: Francisco Mateos, un hombre de sensibilidad finísima y un antifascista. Dos cosas muy grandes, muy importantes, necesarias para ser un artista de hoy.

Yo confieso que de lo que carece en absoluto la Exposición de Mateos, aquí presente, es de placidez. Ante esta Exposición no se descansa como ante un Watteau, un Patinir, un Rubens u otros tantos, no; ante Mateos no se descansa. Yo por mi parte lo confieso. No se descansa porque se odia. Y ésta es una gran virtud. Mateos, muy gentilmente, me propuso una cosa, que

yo acepté encantado, y es el cambiarme un dibujo suyo de mi predilección, que está aquí presente, y se titula *El niño loco*, por un dibujo mío. Lo siento por él, que sale perdiendo en el cambio; pero en justa correspondencia a su amabilidad voy a serle franco: "Mateos, no pienses que al ir a mi casa vas a ver tu acuarela puesta en un muro de ella, no; y una vez terminada la guerra, menos. No la tendré constantemente ante mi vista haciéndome recordar a cada instante los horrores que hemos vivido en esta dolorosa hora de nuestra Patria. Pero cuando ya en la paz oiga ciertas cosas, vea posiblemente ciertas caras, abriré la carpeta donde guardaré cuidadosamente tu regalo. Ante él cobraré fuerzas para seguir tan firme en mis ideas y en mis odios como en aquellos días inolvidables de noviembre, en que ví arrojar por los balcones de varias casas de la cuesta de Santo Domingo a unos niños envueltos en colchones para que no fueran abrasados por las llamas producidas por las bombas incendiarias de la aviación alemana. Si algún día yo me sintiese vacilar ante una vieja amistad ya imposible, correré a contemplar tu acuarela, que es más fuerte con su recuerdo y advertencia que débil mi capacidad del odio, propicia al olvido."

He aquí la máxima virtud actual de la obra de Mateos: su odio ante el enemigo, su desesperación ante lo ignominioso, su dolor ante el dolor, y, sobre todo, un deseo de fijación eterna de nuestro drama, una documentación viva para el futuro. La otra tarde, hablando con él, me decía que la obligación del artista es dejar para el futuro un

(1) Conferencia pronunciada en la Alianza de Intelectuales Antifascistas.



1714
98

da santa caridad de Sevilla

testimonio de la barbarie y la injusticia de estos momentos. Y nada más justo; igual que el hombre que atravesó este enfurecido océano sin haberse mojado, no tiene derecho ni a la palabra. El artista que en estos momentos no haya puesto en sus pinceles el dolor de su sangre delirante de odio (como lo hace Mateos), no tendrá derecho a llamarse artista, ni hombre, ni nada.

Para mí, en esta fase de la pintura de Mateos, lo que más me interesa es su agresividad. Insulta la pintura de Mateos como un latigazo. A veces produce dentera, así en la acuarela titulado *De cada árbol uno*. Otras veces es un odio silencioso de puños crispados lo que se siente (*Han vuelto al garrote vil, Así lo fusilaron, Este es un hijo, Son moros*). Los temas son tan brutalmente descarnados, que es como si a Franco se le fueran pasando ante sus ojos los miles de cadáveres de sus asesinados. Ante la obra de Mateos yo no siento otra sensación que la de la agresión y el insulto. Algunas de sus obras son insoportables como el espectáculo de un fusilamiento o de una injusticia. A mí Mateos me da la sensación que cuando pinta o dibuja así *no lo puede remediar*. Tengo la seguridad de que cada cosa vivida, cada relato escuchado, cada noticia leída, le ponen en trance de fijarlo en el papel. Yo me le figuro diciendo para sus adentros mientras pinta: "¡Así!, ¡así!, para que veáis, para que luego no digan..." Y con un rencor profundo y un sentimiento humanísimo va creando esta colección admirable de dibujos y pinturas que nos ha hecho la gracia de dejarnos contemplar.

Estoy hablando de lo que de agresivo, de intención política tiene la obra de Mateos, como si éste fuera su único valor. Y no es eso sólo. Mateos no es de ninguna manera ese artista intuitivo que de buenas a primeras se arranca como

un toro y pinta a cornadas para que nos demos cuenta de que estamos viviendo a dos dedos de la muerte, no; Mateos es (lo es hace tiempo) un maestro (un joven maestro si se quiere); Mateos hace las cosas, no porque le salen, sino porque quiere que le salgan. Porque las siente y tiene condiciones para expresarlas. Ha habido en este *bamboleo artístico* una verdadera avalancha de lo que yo llamo *artistazos*. A últimos del mes de julio del 37 empezó a crecerles el talento, el genio pictórico a una serie de insensatos. A veces yo he pasado por ciertas calles con verdadero terror y pánico. A partir de esos días yo he empezado a saber que hay hombres que tienen ocho metros de perímetro torácico, hombres cuyos pies son siete veces mayor que la cabeza (hombres hechos para pensar con los pies). He visto campesinos, soldados, milicianos, niños, profesores, obreros, políticos, héroes, filósofos y porteros monstruos. ¡Todos, absolutamente todos, monstruos! Monstruos que resultan monstruos contra los deseos del autor, que pretendía hacer divinidades. Verdadero caos de producción enloquecida, falta de medida, de control.

¿No habéis notado la inconsciencia con que la gente opina sobre todo aquello que no se relaciona con las artes? En España es muy frecuente oír decir: "Yo antes dibujaba muy bien", o "Yo también soy poeta". En mis treinta y cuatro años cumplidos no he conseguido llegar a acostumbrarme, porque tampoco se me ha ocurrido nunca decirle a un ingeniero que tengo el cálculo hecho sobre la resistencia del transbordador del Niágara..., o a un médico decirle que descubrí el secreto de la curación radical del cáncer.

Pero, ¡qué se le va a hacer! La gente se ha creído que poesía es contar una cosa de manera que

ciertos renglones sean consonantes, y que la pintura es coger un papel y ponerlo de otro color. Color que, desgraciadamente, suele ser más feo que el blanco del papel, que es tan bonito y no le ha hecho daño a nadie. Otra vez tocaremos este punto, y ahora voy a volver a Ma-

cen a fuerza de tesón y donde la gracia llega a través del entendimiento. Mateos fué con la gracia y consiguió el entendimiento. Figuraos qué ventaja. Acostumbró la disciplina de su mano derecha en Alemania. (Alemania anterior a esa ave de rapiña que roba pueblos como



Clericivilones

teos, que es el niño mimado de esta tarde.

Yo quiero hacer un gran elogio de Mateos, y para hacerlo voy a decir lo que a mi manera de pensar es la gran condición de este artista y amigo. Mateos es ante todo un pintor español. Español por su filosofía, por su hombría y por su gracia. Como andaluz de tierras de aceituna, como éstas, es amargo, pero sensible al refinamiento. Mateos ha salido de España, Mateos se ha formado allí donde los dibujantes se ha-

carteras). Fué en la Alemania anterior al fascismo, en la Alemania de Alberto Durero donde Mateos estableció contacto con los maestros del aguafuerte. Después fué París, el imprescindible París quien le dió firmeza y desparpajo, quien le soltó las riendas de normas que pueden desbocarse sin perjuicio. Mateos quedaba en el París que yo abandoné el año 28. Todavía no existía "La Coupole" y "La Rotonde"; era nuestro todo: nuestra casa, nuestro estudio, nuestra academia, nuestro

sosegado rincón para los idilios. "¡La Rotonde!" Ella era por aquella época el consulado de toda nuestra alegría y la embajada de todos los locos del mundo, pero también el recinto imprescindible por el que había de pasarse para llegar a ser eso que se llama: un pintor de fama.

En siete años de fidelidad a "La Rotonde", ¡a cuántos artistas no habré visto desfilan por ella! Discípulos de Cecilio Plá que al día siguiente de su llegada a París pintaban como Picasso. Pintores serios, enormemente serios (muy malos pintores), bohemios con impertinencia, muchachitos de buena familia de esos que dicen: "Yo antes dibujaba muy bien", que regresaban a sus casas en cuanto su papá se cansaba de enviar dinero y, naturalmente, volvían dibujando muy mal. Allí hemos conocido gente inútil, gente sin talento, hasta imbéciles, vagos, borrachos, gente divertida, con ingenio y, sobre todo, gente con talento, con mucho talento. Allí hubo una buena y magnífica colección de pintores españoles, allí estaban (como antes habían estado Picasso, Juan Gris, Gargallo, Manolo, Benito y otros tantos) Bores, Cossío, Peinado, Viñes, Ismael, Esplandiú, Castagne, Hortelano, Alonso, Pruna, Servando del Pilar, Flores, Roca, Sunyer, Manolo Angeles Ortiz, Tono; más tarde Ponce de León, Bernal y algunos más que olvido probablemente. A esta generación pertenece Mateos. Yo le pondría entre los Bores, Cossío, Viñes, Pruna, Sunyer, Bernal y Flores, por ser éstos los que, dedicándose exclusivamente al óleo, no se habían desviado hacia el arte menor que es el dibujo, y el cual, muy a menudo, entraba en el terreno de la propaganda comercial, como es el *affiche* y el dibujo para el diario o la revista. Mateos puede ir orgulloso entre estos compañeros y entre gran parte de ellos con superioridad. Sobre todo con superioridad política. De alguno a cien codos de

distancia. No me gusta hacer el acusador o delator, pero esta vez aquí, entre nosotros, voy a contaros, y creo que esto me aliviará de mi indignación.

Cossío, Tono y Ponce de León se pasaron francamente al fascismo: Tres. Bores e Ismael, indiferentes. No tenemos noticias de su actuación ni de su fidelidad a los principios que defendieron siempre.

Pruna, al parecer demasiado mercantilizado, demasiado en contacto con *les comtesses* de París, ha concurrido a una Exposición internacional en Venecia. ¡Para mí, un traidor! ¿Quién me iba a decir a mí que Pruna, el benjamín de los españoles en el Montparnasse de 1921; aquel Pruna que soñaba con tirar bombas por la Rambla y lloraba cuando los evadidos de las garras de Martínez Anido nos contaban sus suplicios, debía en estos momentos permitir que sus obras fuesen admiradas por los mismos ojos que miran extasiados a la mandíbula sangrienta de su amo? ¡Mussolini!

Entre los dieciocho citados, seis desertores de las ideas democráticas y desertores de la amistad... Allá ellos. El resto, con orgullo de amigo lo digo, con orgullo de hombre que ha vivido junto a ellos los momentos más felices y dolorosos de su vida, he de decir que están con vosotros, junto a nuestro Ejército, trabajando, laborando y luchando por nuestra causa. Algunos de manera tan brillante como lo hace Mateos.

Perdonadme este pequeño recuerdo sentimental de los amigos de aquellos tiempos de formación. Con ellos aprendí a odiar al fascismo desde su advenimiento, con ellos he corrido mucho huyendo de los guardias de París y Madrid mientras gritábamos "¡Muera Mussolini! ¡Abajo Primo de Rivera!" Por esto, también me afectan tanto las deserciones como me enorgullecen los perseverantes.

Mateos, de todos ellos, puede con-

tarse entre los tres primeros en eso de gritar su indignación. Es el más violento, el más feroz, el que grita más alto.

En España había, hay, un grupo de pintores un poco más jóvenes que los anteriormente citados, que han sabido responder perfectamente a la imperiosa llamada, al grito de protesta. Entre ellos no podemos olvidar a Souto, Luna, Prieto, Gaya, Renau, Isaías, Morales, Alberto y todo ese grupo que componía y sigue componiendo (a pesar de estar en su mayoría cumpliendo con un deber en los frentes) la sección de Artes plásticas de esta Alianza y que no entiendo por si olvido a alguno y se enfada. Todos ellos en lo que va de guerra sólo por y para ella han trabajado con un entusiasmo y una fe que España no podrá olvidar.

Ahora bien; vamos a concretar un poco y a situar en su sitio la posición de un pintor, que, sin dejar de serlo, su valor principal es su antifascismo. Yo quiero intentar defender la pintura agresiva, la pintura de urgencia si se quiere, la pintura de Francisco Mateos.

Un escritor blando y un tanto empalagoso, discípulo predilecto en aquel famoso "Jardín de Academus" del tercer piso de una casa de la Gran Vía, donde se unían filósofos, condesas, dolicocéfalos, señoritos, ha publicado un artículo protestando de la poesía satírica. Recomienda dejar de hacer sátira que pueda ofender al enemigo. Rafael Alberti (quiero nombrarle sin adjetivos), indignado (con esa indignación suya que nos ha proporcionado gran parte de sus últimos maravillosos poemas), compuso la otra mañana (a raíz de la lectura del artículo) estos versos:

Monja lega, azucarada,
necio suspiro de alcoba,
hojaldre desqualdrajado
para barrido y borrado
con el filo de mi escoba.

Suenas de miedo, rechinas
al torno, hermana tornera,
gritando las medicinas
que levanten a letrinas
la España antipastelera.

Porque no creas, no croes,
lega de charco podrido,
que aunque ya sé lo que roes,
los sís tuyos serán noes
en este pueblo aguerrido.

Viene a decir en su artículo (este artículo que a Rafael Alberti le hace protestar con tal violencia que no debe de herir al enemigo ni encontrar odios) algo, así como que no es de buena educación. Mientras en la mente de este ser exquisito se cuece su artículo rezumando mojigatería y las linotipias lo reproducen, el enemigo ataca por el Este, por Extremadura y por Levante, bombardea toda la costa del Mediterráneo, y en las cárceles fascistas se mueren nuestros hermanos con un sufrimiento que este buen señor no puede ni podrá nunca imaginar porque su exquisitez se lo prohíbe.

Desgraciadamente hay gran número de antifascistas que piensan como este autor, que creen que estas cosas de locos sirven para alargar la guerra. Estos autores están a dos dedos de aquellas señoras tan graciosas que murmuran confidencialmente: "Ellos no son tan malos como dicen. ¿Usted cree que le fusilarían? ¡Qué barbaridad!" Son los que dicen: "¡Ay, que se acabe como sea, pero que se acabe!" No. ¿Verdad, Mateos, que esto no se puede acabar así?

Es necesario gritar mucho todavía, exteriorizar nuestro odio y nuestra indignación.

Es necesario seguir luchando. Decir a los que afortunadamente saben con más firmeza que esos tibios por lo que luchan, que no se fíen, que las balas de enfrente traen odios, odios vivísimos, que sólo con odio pueden ser vencidos.

Mientras en Madrid no dejen de

oírse los cañones enemigos, y la sorpresa criminal del obús nos amenace constantemente, no podremos dejar de pensar sin descanso en la barbarie enemiga y odiarlos. Mientras los partes diarios no dejen de contarnos escuetamente los bombardeos cobardes, tendremos que odiarlos. Mientras por la calle veamos compañeros mutilados, ciegos, inútiles para la vida, tendremos que odiarlos... Y nosotros, los que además de soldados llevamos todo lo que va de guerra exaltando por medio de nuestras obras el heroísmo y todo lo que de maravilloso y emocionante tiene nuestra lucha, no tenemos otra obligación que gritar, gritar hasta enronquecer, para que nos oigan en el último rincón del mundo. Como sea, con la pluma, con el pincel, con el lápiz, con la palabra, pero gritar, tan fuerte que nuestro eco quede vibrando en el aire eternamente. Esa es nuestra misión. Que cuando la guerra haya pasado, cuando los ánimos sigan cauces de sosiego, de vez en cuando podamos asomarnos a las ventanas que nosotros hemos dejado abiertas. Que nuestros hijos estén prevenidos. Que estas obras nuestras sean las que imaginaron sus ojos recién abiertos. Yo, con dolor, con nostalgia y con melancolía le prometo, Mateos, asomarme a estas ventanas del mundo que has dejado abiertas. Hoy lo hago con rabia nada más. Me desespera ver tu dibujo *Cunela*, porque he tenido la desgracia de ver rostros asombrados bajo el zumbido de los aviones. Me desespera tu dibujo *Por aquí pasaron*, porque sé de muchas cosas análogas. Me indigna hasta los gritos más feroces tus dibujos de fusilados, porque me han fusilado amigos entrañables. ¿Cómo no vamos a insultar? ¿Cómo podremos dejar de gritar? ¿Cómo vamos a pintar en estos momentos para exponer al mundo algo que no se relacione con esta horrible guerra? ¿Cómo quieren que exaltemos las cosas nobles, bellas de la vida, si

por dentro nos come (nos tiene que comer) el odio? No; hay que seguir atacando. Mientras silben balas, que nuestros lápices no se rindan y rocen contra el papel de una manera enérgica, viril, como soldados que somos. Porque es necesaria esta pintura. Cuando se contempla una de estas estampas se siente la misma sensación que ante la noticia inesperada de la muerte de un amigo en el frente, que levanta más odio, más deseo de venganza.

¿Estamos en guerra? Pues guerra. Ya vendrán otros tiempos y la Historia dirá. Porque no está el pintor aislado en su mundo, sino comunicándose con el espectador. Y esto de hoy es pintura al servicio suyo, de su idea, que es la nuestra, la de todos los españoles leales.

Yo creo (y conmigo muchos amigos de convicciones y talentos probados) que es necesaria esta pintura de urgencia como es necesario el "teatro de urgencia", y no hablamos "por boca de ganso", que es un poco la fórmula con que antes se hablaba en los cafés; no. Tenemos una experiencia. Sabemos de las reacciones del pueblo ante la sátira, la crudeza y la agresividad con que hemos reproducido sus problemas. Hemos escuchado comentarios, oído gritos espontáneos, imposibles de frenar. Observamos los rostros sencillos en los cuales se puede leer claramente como en los libros más hermosos. Y de esta experiencia hemos sacado en conclusión la eficacia de este *arte de urgencia*. Hay que conservar vivo el recuerdo constante que entra por los sentidos, que les hace ver su responsabilidad, dentro de la órbita en que se mueven, y la importancia de su trabajo y la auténtica defensa de sus derechos bien explicados en su conciencia.

Debo confesar que fué para mí una gran satisfacción cuando, en el día del estreno en el teatro de la Zarzuela de *El saboteador*, una se-

ñora de aspecto muy sosegado y pacífico, no pudiendo contenerse al comprobar el sabotaje de uno de los personajes, gritó: "¡Matadle!"; lo dijo con toda su alma. El público lo rió y, al llamarle la atención, ligeramente azorado, un señor, al parecer su esposo, la buena señora seguía indignada gritando: "Pues sí, que lo maten si es un canalla. ¿No has visto lo que ha conseguido? ¡Que lo maten, que lo maten!" Edmundo Barbero, el gran actor, no sabe en el inmenso peligro que estuvo aquella tarde. (Se lo digo ahora que ha pasado todo.)

¿Por qué no ha de ser la pintura como el teatro? ¿No hay una analogía entre los dibujos titulados *Marcialidad fascista*, *El gran desfile*, *Quiera Dios que gane Franco* y *Arriba España* con *Los salvadores de España*, magnífica farsa de Alberti?

Los dibujos *Las flechas vencedoras*, *Con licencia eclesiástica*, *El caballero* y *la muerte y el diablo* y *La revolución anarcosindicalista*, ¿no responden a la misma intención, de la última, cruda y dolorosa farsa del mismo poeta Radio Sevilla?

¿Qué impresión puede llevarse un combatiente al salir de esta Exposición?

Primeramente la de sorprender la belleza de la realización, la emoción y el apasionamiento en el color, lo rotunda y lo segura que es la mano maestra que los trazó. Su dolor, su poesía, su tristeza callada algunas veces, sus gritos desesperados en la mayoría de las obras admiradas le impresionarán después.

Algunos quedarán (los que ya están ligeramente maleados con las cosas artísticas. ¡Esas odiosas cosas artísticas!) un poco desconcertados por la soltura y la audacia de la realización, mas los entendidos y los no iniciados (que coinciden siempre) se llevarán exacta la sensación que Mateos ha querido conseguir. Saldrán de esta sala odian-

do al fascismo. Excitado el apasionamiento, la memoria por el camino maravilloso del arte. Lo encuentro esto magnífico... y necesario.

Trascendencia en el presente y para el porvenir. En el primero, ya lo hemos dicho, obediencia a una imposición inapelable. En el segundo, un documento para la Historia. Para el autor una necesidad espiritual de expansión, como se grita cuando el dolor es irresistible, o como se comenta la propia desgracia.

¡Desgraciado aquel que en estas dolorosas horas no grita ni llora! No piense hacer nada en el futuro, que hombre que no tiene voz para gritar ni ojos para las lágrimas es un ser muerto; un detenido en la vida, con la misma desgracia irreparable que en la copla popular:

Pasito que yo doy para adelante
se me vuelve atrás.

Aquel que no haya dado un paso adelante por los caminos del momento, lo dará hacia atrás; la copla lo sigue diciendo:

¡Qué desgracia tengo yo en el andar!

Pero afortunadamente ha habido hombres que dieron un paso adelante a tiempo... tan a tiempo que aún siguen andando, erguidos, asombrando al mundo.

Hubo (hay) un aragonés indomable que como nadie supo gritar, insultar, herir a tiempo. Francisco de Goya crea el tipo de dibujo agresivo más descarnado que se ha producido en la Historia del Arte. Es el primero que rubrica el dibujo con la noticia. El que rubrica (pero sin literatura, ¡eh!) escuetamente como un palo rotundo de aragonés. Goya es el padre y modelo del buen dibujante de periódico; es el genio capaz de suplir toda una página de periódico llena de literatura banal. Goya dibujando su *Justiciado* hace más en contra de la pena de muerte que cuanta literatura se ha podi-

do hacer alrededor de este castigo. Goya pintando la familia de Carlos IV hizo más en contra de la Monarquía que todos los conspiradores de la época. Y sobre todo, nos los ha dejado ahí, puestos como unos muñecos de pim-pam-pum de lujo, para irrisión de la gente.

En este pintor, como en ninguno, se puede ver y comprobar de qué manera, sin rehuir nada de lo que de sensual y bello tiene el arte de la pintura, se puede herir, y herir cruelmente, con el fino cuchillo de la sátira, cuchillo que él maneja como nadie. Y es que Goya puede ser citado como uno de los grandes maestros revolucionarios. No solamente en ciertas audacias pictóricas, sino igualmente por su contenido político y social.

Yo considero arte burgués aquel que se adapta al gusto, a la normalidad de la gente estancada. El arte burgués para mí es aquel que exalta lo cómodo, lo muelle, haciendo creer a los burgueses que lo más hermoso es lo que ellos poseen. Es burgués porque quiere que las cosas sigan como son, por encima de los sufrimientos ajenos. "Ande yo caliente..." es el lema de esos pintores que niegan el Arte como expresión de protesta en los artistas que no pueden pasar por la vida ajena al dolor contemplado. Goya con sus dibujos tenía forzosamente que indignar a los burgueses de sus tiempos. Eso para mí es ser un pintor revolucionario. Igualmente Mateos hace hoy protestar en silencio a todo aquel que no siente la causa grandiosa que defiende Mateos.

El español, con Goya a la cabeza, ha sido siempre modelo de protestante o protestador, y de insultador, y de hombre que no puede contenerse. No olvidemos que en ninguna parte del mundo se llegan los hombres a dar de puñetazos con tanta facilidad como en España. El símbolo de la pelea española (aunque fuera de ella crean que es la na-

vaja española) yo creo que es el *garrotazo*. El "Garrotazo y tente tieso" es la más exacta justicia. En ciertos lugares de Castilla llaman a esos terribles y durísimos bastones amarillos con dibujos grabados a fuego "códigos". Me parece admirable. Así Goya cuando satiriza emplea el *código* con mano maestra. Mano de juez inapelable.

Fuera de España, cuando alguien ha querido ser agresivo, como en el caso de Dornier, ha tenido que recurrir al *código* de Goya.

Los españoles hieren sin *esprit*. No dan lugar a tener que pensar que nos han sacudido; dejan sin sentido, simplemente.

Entre los dibujantes modernos, uno de los más mordaces es el alemán Gross, el cual ha insultado como nadie a esa clase de explotador europeo, el gran industrial, esos insaciables *marchands de canons*. Sin embargo, yo creo que a esa manera de hacer una recreación de lo "putrefacto" llega un poco por conducto intelectual, pasando antes por el cerebro que por el corazón.

Los españoles dibujan con el corazón, a corazonazos. ¡Perdón!

Una de las características de la pintura española fué la falta de adulación a la clase que la sostenía: en cierta época y con brillantez, la aristocracia. La pintura española rara vez ha mentido. Aun ciertos maestros que han pecado ligeramente de preciosismo, como Murillo, donde mejor se le puede apreciar es en esos maravillosos mendigos donde sale a relucir la más pura esencia española.

Ni Velázquez, que era un asalariado al servicio del rey, aduló jamás.

En nuestra época, Picasso es el más valiente y avasallador pintor revolucionario. No solamente tira por la ventana toda disciplina (a excepción de la del trabajo), todo cuanto hay de concesión literaria y anecdótica en la obra pictórica,

sino que a fuerza de sinceridad, de decir la verdad a veces, resulta desagradable. Después que los impresionistas hicieron a su vez su revolución y todavía quedaban los pintores vacíos, superficiales, de principios de siglo, sale Picasso como un auténtico toro español y acaba con las mujeres sibilinas, los ojos verdes, las mantillas y los refulgentes trajes de "lamé". Suprime la adulación a las princesas, los retratos de capitanes que parecen emperadores, los cuadros de imaginación calenturienta, con fiebre de un oriente de bazar. Va en busca de la verdad pura. No quiere engañar a nadie y da a cada cual lo que se merece. Una revolución que conmueve al mundo. En su afán de no engañar a nadie, de sinceridad absoluta, llega a destruir totalmente toda anécdota. Llega el amor apasionado de Picasso por la pintura, por la pintura como materia, tal como sale de su tubo, con su carnosidad, su sensual calidad y su pureza. De ahí su pintura abstracta y su cubismo, su atacado cubismo. Ese cubismo que ha hecho decir en el mundo las mayores tonterías (una de las causas de esas opiniones descabelladas es ese afán de que hablaba antes; la gente opina de pintura con un derecho inexplicable). Picasso piensa en plena pasión por la materia, que la obligación de todo pintor es dar la emoción de la pintura. La materia pintura, ¿lo oís bien? La pintura y nada más. Su disciplina máxima es no dejarse ni una sola salida por donde escapar, al campo de lo fácil, del *camouflage*. Porque hay cuadros (y voy a citar un clásico nombre de pintor moderno que ha hecho poner los ojos en blanco a casi la totalidad de España, y que si algún crítico me oyera posiblemente me desafiaría a una durísima polémica, que yo aceptaría naturalmente); este pintor es Romero de Torres.

Romero de Torres es contempo-

ráneo de otros tantos pintores del mismo tono burgués: Zuloaga, Beltrán Masses, Anselmo Miguel, Nestor, Benedito y otros tantos... Bueno, pues ninguno de ellos ha podido emocionar a nadie sensible a la Pintura (con mayúscula) con sus obras. Y es que los cuadros de estos pintores entraban por los ojos literarios que llevamos todos, y no por los ojos del tacto que en realidad es como se mira la pintura auténtica. Como se siente a los venecianos, a los grandes maestros españoles, a los grandes pintores de todos los tiempos. Fijaos bien en Romero de Torres, ¿qué es lo que admiráis? La belleza de sus mujeres. Ante ella se piensa en mocitos pintureros, en contrabandistas, en puñaladas y coplas flamencas. En historias cantadas en renglones que son consonantes, en fandanguillos de literatura podrida. La sensual llega a lo pornográfico; la *pura medida*, a lo escenográfico. Lo he oído miles de veces ante los cuadros de estos últimos pintores citados (con algunos de los cuales me ha unido y me une amistad); la consabida y popular frase española modelo de apetitos inconfesables: "¡Qué señora!" Y esto es tristísimo para un pintor verdadero. De eso hay que huir, lo primero por decoro y lo segundo porque corre uno el riesgo de terminar decorando estancos o sirviendo de autor predilecto para los almanaques que regalan en las tiendas de ultramarinos.

Huir de lo accesorio, ése es el gran valor de la pintura en Picasso.

¿Que está llevado a rajatabla? ¿Qué duda cabe! ¿Con fuerza y crudeza tan española que es casi siempre arisco? Desde luego. He aquí un sentido revolucionario de acción. Picasso es aquel hombre que en la manifestación popular tira la primera piedra contra el cristal.

También otra satisfacción. Todos los pintores vivos citados, esos que

yo combato, están con los fascistas. ¡Qué casualidad!

En cambio Picasso, desde el primer momento se ha puesto al lado del pueblo. Su prestigio de genio universal nos ha ayudado como un fusil en el frente. Nos ha enviado miles de francos, pero no francos recogidos en colectas suplicantes, sino dinero ganado por él, con su talento, su esfuerzo de hombre, de español apasionado. En nuestro pabellón nacional en la Exposición de París ha expuesto un verdadero modelo de "pintura agresiva" que titula *Guernica* y que ha impresionado a los turistas de la casa Cook como una bofetada inesperada. A algunos como un alud que se les echase encima. Picasso cumple su misión del momento. En una serie de dibujos grabados a "puntaseco" ha insultado a Franco de la manera más violenta. Como Matéos, Picasso insulta con ese tono desgarrado con el que hablan los españoles. A palabrota "limpia". En realidad, cuando habla uno de ciertas cosas no se puede contener.

¿Qué eficacia de propaganda puede tener esta agresión en la pintura? Enorme.

Vamos a hablar de un periódico español famoso y el de estilo más conseguido: *El Motín*. Perfecto, exacto en su intención. *El Motín* es el periódico anticlerical por excelencia. Venido al mundo nada más que para eso, para meterse con los curas. Preocupación muy española y comprensible (véase el resultado). Con un humor bien heredado da en el clavo de una manera perfecta.

No puedo sustraerme al deseo de repetiros una noticia leída en dicho periódico, forma escueta para la negación de la existencia de Dios. Decía:

"Ayer tarde cayó un rayo en la iglesia de San Luis, destrozando el Sagrario.

Mientras tanto, la Redacción de *El Motín* terne que terne."

Yo verdaderamente estoy un poco

con ellos. Encuentro la prueba graciosamente irrefutable.

En lo tocante a sus dibujos (que es a lo que voy) no voy a decir que son perfectos según las normas y cánones de un arte como el dibujo; no. Pero sí son perfectos de intención. Perfectos en su deseado cometido.

¿Quién puede negar que *El Motín* retrató (no caricatura, yo le llamo retrato) al cura cerril, obtuso, turbio, lleno de apetitos y sordo por los siete pecados capitales? Nadie. Qué perfecta ha sido esta crítica que todos habréis oído decir (cuando de un cura con las características citadas se trataba): "Este es un cura de *El Motín*", y como propaganda anticlerical entre el pueblo no digamos.

Paralelamente a *El Motín*, en Francia se publicaban unos cuadernos titulados *La asiette au beurre*, de gran semejanza. No tan limitado a lo anticlerical como *El Motín*, pero feroz de intención para lo criticado. No era tan obsesiva la sátira religiosa, pero esto es seguramente debido a que la influencia eclesiástica en Francia no era tan importante como en España.

Mucho mejor cuando a su confección que su hermano español. *La asiette au beurre* era muy superior tocante a sus colaboraciones. El dibujo estaba siempre por encima de lo literario. Todos los grandes dibujantes de la época nos dejaron muestra de su ingenio, de su agudeza y de su agresividad. En sus números se ridiculizaba todo, se desenmascaraba todo lo que de podrido tiene la sociedad; se ponía al descubierto todas las injusticias de las vilezas cometidas por una clase opresora. Se atacaba al imperialismo y, por lo tanto, a la guerra. Se atacaba a la banca, a la iglesia, a lo burocrático, a lo cursi..., a todo aquello que de opresor, asesino y mezquino tiene la Humanidad.

Yo he visto números primorosos. Había la costumbre de que cada número fuera íntegramente hecho por

un artista. Por eso Steinlein nos decía sus números llenos de ternura, como sus gatos silenciosos y sus niños hambrientos. Guillaume, sus críticas a la sociedad de los grandes salones y los brillantes saraos. Forain, el dolor de los trabajadores. Villette, la bohemia de su Montmartre y sus *pierrrots* queridos por la luna. Poulbot, sus niños raqueros, sus golfillos de París, ¡tan magníficos! El español Gossé, la vendida elegancia de las cortesanas. El ruso Carandach, la impertinencia de los *dandus*. Y así todos los dibujantes que por entonces representaban algo en su arte fueron dejando su aportación y su protesta hacia una sociedad injusta. Nuestro Sancha (recientemente fallecido), en su buena época, llegó también a colaborar en este periódico, del cual hoy es gloria el haber tomado parte.

Vemos, pues, la existencia casi constante de un "arte agresivo" que interesaba convencer de su verdad social.

De la importancia del arte como propaganda de las ideas hay una muestra imponente por su magnitud y claridad: el arte religioso: ¿quién duda que el arte religioso ha contribuido a la propagación del catolicismo en unas proporciones que casi obscurece otros medios? ¿Por qué los sevillanos creían (y siguen creyendo, para qué nos vamos a engañar) en la Macarena o en el Jesús del Gran Poder? ¿Por conocimientos teológicos? No; creen porque les gusta la Macarena, lo que de arte tiene la imagen.

Yo me atrevería a decir que un ochenta por ciento de las artes, pintura y escultura (sobre todo en España), son religiosos. Y con una fuerza tal de expresión y belleza que sobrepasa de todo lo hecho. Es muy frecuente ver en casa de un ateo (y muchas veces en casas de suscriptores de *El Motín*) cuadros religiosos. A veces de una propaganda agresiva, feroz, como son las imágenes de Cristo crucificado.

Yo sé que mucha gente ante las pinturas aquí presentes, diréis: "¡Qué barbaridad! ¿Por qué dar estas cosas con esta crudeza, con tanto realismo?" Y, sin embargo, contemplan con arrobo a Cristo clavado de pies y manos en una cruz. ¡Esos escalofriantes Cristos agonizantes de nuestros imagineros!

La propaganda religiosa ha sido tan enorme, que mucha gente ha creído en Dios de la misma manera que ha comprado el jabón Heno de Pravia. Pongo por caso como jabón bien anunciado.

Yo muchas veces me he puesto a pensar en la maravilla de la propaganda católica. Mucho mejor que la de la casa Singer o la de Kodak.

Su marca de fábrica no la ha mejorado nadie: una cruz, dos líneas, una más corta y otra más larga. Y el mundo está cubierto de cruces. Sobre todos los cielos se recorta la cruz; por todos los lugares del mundo, la cruz. (Es el sueño de ese terrible Ulloa óptico que nos ha echado a perder el paisaje de España).

Claro está que todo ha sido hecho con tal perfección, que gracias a eso lo hemos soportado, porque imaginaos por unos momentos qué sería del mundo si todas las obras del arte religioso fuesen de la calidad de los carteles que cubren Madrid en casi toda su totalidad.

Hemos pasado y aun seguimos pasando por una verdadera catarata de esperpentos pegados a las paredes. (Hagamos la salvedad de decir que la utilidad fué inigualable.) Salvo contadas y muy buenas excepciones, en España no se había hecho peor calidad de carteles; seguramente hechos hoy por el apremio y la urgencia. En España se había empezado a crear un tipo de cartelista digno de situarlo al lado de cualquier maestro extranjero. Alonso, Caviades, Pedraza, Esplandiu, Horacio Re-

nau (el mismo *Tono*) han creado carteles de primerísima calidad. Y aun dibujantes de menos talla que estos citados llegaban a una perfección técnica que llegó a convencernos de un efectivo nacimiento del arte del cartel.

Pero ahora se ha perdido el sentimiento de la medida y en la cantidad. Con los kilómetros de papel que se ha desperdiciado podría hacerse un paquete con el enemigo en total, con su material guerrero y todo, y echarlo al mar. Y con la tinta roja que se ha empleado, pintar de este color toda la zona invadida por el fascismo.

Por todo este desencauce de la calidad aplicada a lo útil, la pintura de Mateos, me llena de optimismo, profesional, naturalmente. Veo tras el arte de Mateos que hay maestros que han puesto "una pica en Flandes" y han llegado a decir lo que quieren, lo que sienten, valiéndose del más noble procedimiento: su pintura. El Arte al servicio de la causa más alta: nuestra causa.

Yo sé también que habrá mucha gente a la cual la pintura de Mateos no le agrada. ¡Qué duda cabe! Como sé que hay mucha gente que no quiere hablar de la gue-

rra y se mete en su casa como caracoles cobardes, alimentándose de la baba de los bulos y las insidias.

Pero esto es natural, es falta de preparación patriótica. No te apures, Mateos; no te preocupes, ya haremos su educación.

No te importe, Mateos. En Madrid hay miles de almas, esas almas, esas almas que ayer pisoteaban rabiando de odio ese pan arrojado por manos extranjeras, que nos desconocen y no saben que comemos pan y nos reímos de las bombas.

Esa, que es la buena gente, la que nosotros queremos con el alma; esa, cuando vea tus dibujos sentirá el mismo odio y gritará su dignidad ultrajada como ayer tarde lo hicieron, mirando con desesperación al cielo, a las explosiones de los antiaéreos, sufriendo de la imposible metamorfosis en balas. Su obligación es seguir el camino trazado. Sigue dejando grabada tu protesta.

Sigue con tu código español. Con tu hombría. Como un soldado en su trinchera: cara al enemigo, sin retroceder, que la victoria será tuya y de todos aquellos que sienten como tú.

VENTANA DE LA LECTURA

por PABLO DE LA FUENTE

LAS REVISTAS

La derrota de Francia y el pacifismo.—Veinte años después del 11 de noviembre atraviesa Francia por una situación inimaginable para Clemenceau y Briand. Toda la labor del primero para obtener de la victoria militar una debilitación permanente de Alemania, y los trabajos de Briand para estabilizar el *statu quo* de Europa, de

la nueva Europa reformada en Versalles, se han venido por tierra.

André Wurmser, en el último número de *Vendredi*, hace un recuento de los hechos y palabras correspondientes a cada uno de los veinte 11 de noviembre transcurridos. Gracias a su trabajo, podemos ver la línea que ha llevado la democracia vecina a ese estado de debilidad que hoy casi no nos sorprende. Es, durante la Repúbli-

ca de Weimar, el tenaz ataque incomprendido y revanchista de las derechas francesas y de su principal órgano capitalista *Le Temps*.

En 1923 *Le Temps* reprocha a Alemania sus seguros de paro, como Hitler reprocha hoy a Francia la semana de cuarenta horas:

"Alemania podría pagar si su Gobierno se decidiera a suprimir todos sus disparatados gastos para sostener una masa inútil de funcionarios y de obreros, más numerosos éstos, que paga para que no hagan nada."

Cuando en 1933 ya es Hitler canciller del Reich, *Le Temps* cambia hacia el frente interior sus ataques reaccionarios escribiendo:

"Habrá tal vez menos ametralladoras en Alemania si M. León Blum no hubiera reclamado con insistencia audaz nuestro propio desarme."

Y en 1937 *Le Temps* señala el objetivo que ha de utilizar más tarde Daladier para desviar la irritación popular:

"El fascismo y el hitlerismo han nacido del comunismo."

Agradecemos a André Wurmser el trabajo de recopilación del que hemos extractado las frases anteriores, siquiera sea hecho en un tono de lamentación fatalista y en las hojas del semanario que nació hace tres años para defender la política del Frente Popular y que hoy anuncia va a dejar de publicarse porque considera roto dicho frente. Sin hacer la crítica de aquellos que lo intentan dividir (no está roto aún el Frente Popular francés, aunque algunos dirigentes se coloquen a la deriva de las fuerzas reaccionarias), pasa a transformarse en un periódico que, guiándonos por su declaración editorial, con el título de "Reflejos" ha de ser:

"Una tribuna libre en la que serán llamados los hombres más razonables que tengan ideas opuestas sobre un mismo asunto, a defenderlas con sus mejores argumentos."

Nos falta el número de octubre de *Europa*, la excelente revista mensual, cuyo redactor jefe es

nuestro amigo Jean Cassou. Esto nos impide conocer la reacción directa de la revista sobre el acuerdo de Munich, si bien notamos en el de noviembre una mayor atención a las cuestiones políticas y una actitud un poco más violenta o, si se quiere, más vital. La carta de Rabindranath Tagore, que encabeza el sumario—y que reproduciremos en nuestro próximo número—señala el tono. Además, hay mayor atención hacia España.

Si la causa de España "*es la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva*", no podemos por menos de servirnos del interés que se la dedique como de un barómetro expresivo de la situación interior de cada país. Y, dicho sea de paso, las publicaciones francesas, especialmente las populares, venían defraudándonos desde hace algún tiempo por el elegante olvido de nuestra tragedia, a la que se asomaban solamente desde el ángulo sentimental. Ha estado a punto de crearse la españolada política.

Chamberlain y Daladier han llevado a todas las Redacciones el viento que precede a catástrofes como ésta, de la que nuestro pueblo se defiende, dando ejemplo, tal vez enojoso y áspero, pero que nadie como los franceses, ahora, son llamados a recoger. Y es que el acuerdo de Munich—la derrota de Francia—significa algo más que el desmembramiento de un pueblo:

"El acuerdo de Munich consagra la subordinación de las democracias al fascismo en las relaciones internacionales, lo que implica, por la fatalidad de las cosas, una subordinación idéntica en el interior de las naciones."

dice justamente Gabriel Cudenet en el número de noviembre de *Clarte*. Y sigue:

"La lógica de Munich implica la dislocación del Frente Popular, la demagogia xenófoba, la caza de los refugiados, el regreso a aquellos proyectos que van desde la amenaza a la revolución, según el procedimiento de Mac-Mahon; a la revisión de la Constitución, según el procedimiento de Gastón Doumergue."

Clarté es una revista mensual de información política, para la que no existen sorpresas. Las actitudes nerviosas se quedan para aquellos a quienes los hechos sacuden repentinamente. El Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo trabaja a diario y conoce paso a paso la vía de la fascistización de Europa:

"La Europa de mañana será fascista", dijo Mussolini. Y Daladier, hablando de la paz, va limpiando las alfombras para el paso de los dictadores. Pero *Clarté* es fiel a su título y proclama:

"Nada separará en adelante a monsieur Edouard Daladier de su destino, pero M. Daladier no es Francia. Nada se ha perdido. Todo, por el contrario, permite suponer que las masas populares encontrarán rápidamente su cohesión y su dinamismo. Ellas limpiarán al país del equipo de los muniquenses y reinstalarán la República sobre la base de la victoria de mayo de 1936."

Y Cudenet continúa:

"Todo está en que a la izquierda nadie caiga en la trampa que los maestros de la escuela de Berchtesgaden nos tienden. Esta trampa es un determinado pacifismo, que se parece al pacifismo verdadero lo que la impotencia a la castidad. Hay que denunciar la maniobra y mostrar que cuando nosotros gritamos "¡Viva la paz!", esto quiere decir: "¡Viva la fraternidad humana, viva la internacional de los pueblos!", mientras que cuando los manifestantes de los Campos Elíseos, los veteranos de febrero, gritan: "¡Viva la paz!", esto quiere simplemente decir: "¡Viva Hitler!"

Pues este tema de la paz es el punto eje de la polémica actual de Francia. Jean-Richard Bloch, en el número de *Commune* de noviembre, lanza a un llamado pacifista esta frase:

"Verdaderamente es usted un tipo raro de pacifista que viene a predicarnos la paz con las manos que chorrean sangre de esos combatientes que mueren desde hace dos años en la península española. Su expiación de la conducta que usted ha obligado al Gobierno francés a no abandonar desde julio de 1936."

Colocar la cuestión del pacifismo donde lo hace Jean-Richard Bloch es situarla en su punto exacto. Ni se puede hablar de paz, ni de tratados, ni de viajes, ni pactos, ni

mensajeros, ni nada semejante; ni se puede dar un solo "¡Viva la paz!" mientras en España continúa una lucha de invasión bárbara que no disimula, además, sus propósitos imperialistas. La respuesta de un pacífico a un llamado pacifista merece más que el comentario. Co-

If the time should come:

BE SAFE IN YOUR OWN GARDEN!

WITH AN

A.R.P.

ALL-METAL DUG-OUT

(Patent applied for)

- 1. EASY TO FIX**
Simply dig hole and slide in metal lining. One man can complete whole job in six hours.
- 2. PERFECTLY CLEAN AND DRY**
No damp, rough timber or mud floors to spoil clothes. Minimises risk of illness from after-effects of sitting in ordinary wet dug-out.
- 3. FINISHED IN RUST-PROOF METALLIC PAINT**
- 4. WILL LAST FOR YEARS**
- 5. FOLDS FLAT FOR EASY STORAGE**
Takes up little space when folded flat. Where dug-out has not been excavated, can be kept in a garage or shed ready for use should it be needed.
- 6. NOT AN EYE-SORE WHEN ERECTED**
When left in the ground as a permanent structure, a flower bed or rockery grown over the top makes it practically unnoticeable.

PRESENT PRICES
subject to market fluctuations in future.
Prices include carriage

SIZE A
FOR 3-4 PEOPLE
£8

SIZE B
FOR 6-7 PEOPLE
£11

All orders dealt with in strict rotation.

* Also supplied in sections for larger dug-outs suitable for Local Authorities, Hotels, Schools, etc. Prices on application. Enquiries to

C.P.C. METAL WORKS TELEPHONE 67261/2
Dept. T., WEST END, SOUTHAMPTON

mo la carta de Tagore, ésta de Jean-Richard Bloch será conocida íntegramente por los lectores de CUADERNOS DE MADRID.

La "paz" en Inglaterra.—Coincidiendo con el regreso triunfal de Chamberlain, ha comenzado a publicarse en la Prensa de Londres el anuncio que reproducimos más arriba, tomado del *Daily Telegraph* del 15 de octubre:

"Si llegase el caso, esté usted se-

guro en su propio jardín", dice el texto, y luego viene la descripción de un refugio "todo metálico" y "patentado" (ojo, imitadores), cuyas virtudes se enumeran, sin faltar la estética que recomienda el *camouflage* con flores. Todo por ocho libras, para tres o cuatro personas, y 11 para seis o siete.

Como hubo victorias pírricas, ahora hay paz chamberlainiana.

Lo que queda de Checoslovaquia y el Drang nach Osten.—He aquí el precio por el mantenimiento de la paz europea. Se han cedido a Alemania 28.200 kilómetros cuadrados, con 3.600.000 habitantes; a Polonia, 1.000 kilómetros cuadrados, con 230.000 habitantes, y a Hungría, 12.000 kilómetros cuadrados habitados por cerca de un millón. Así, pues, el Estado que antes del *diktat* de Munich cubría una superficie de 140.000 kilómetros cuadrados con 15.300.000 habitantes, ha quedado reducido a cerca de 100.000 kilómetros cuadrados con 10.500.000 habitantes.

Con este balance comienza el artículo de Rudolf Breitscheid, en *Clarté*, en el que examina las consecuencias para la política europea de la victoria del tercer Reich.

En el mismo número, un ex ministro de Negocios Extranjeros de Letonia, M. Félix Cielens, advierte la próxima marcha de Hitler hacia el Este e indica el papel que juega Polonia y la dictadura letona en este acuerdo:

"Polonia estaría dispuesta a ceder a Alemania el corredor, pero pediría una gran indemnización financiera y una importante reparación territorial. Lituania, con su puerto Klaipeda (Memel) sobre el Báltico, no le bastaría a Polonia; pediría además el puerto letón de Liepaja (Libau) con un pequeño *hinterland* letón."

Pero los intereses de Polonia y Alemania chocan al pretender ambos países establecer un protectorado sobre el resto de Letonia y Estonia. Así se explica que, por el momento, el Sr. Beck comience a

establecer una mayor cordialidad con la U. R. S. S., dándose cuenta de que la amistad con Hitler es peligrosa, pues éste no reconoce más que sus propios intereses y es capaz de adelantarse, asestandole un golpe por la espalda.

Queda por ver hasta qué punto puede subsistir el acuerdo polaco-alemán en lo que se refiere a la invasión de Ucrania. No puede suponerse que la U. R. S. S. haya dejado esta cuestión en el tintero, aunque es posible que el Sr. Beck quiera utilizar el pacto soviético-polaco como una carta de traición para obtener mayores ventajas en el diálogo con Hitler.

El artículo del Sr. Cielens no examina este nuevo aspecto de la cuestión, pues es posterior a su estudio; pero esperamos conocer lo que desde su seguro punto de vista considere modificado en la ruta hacia el Este del agresor hitleriano.

INDICE

EUROPE, número 191, noviembre 1938, París. En el sumario Rabindranath Tagore: *Respuesta a un poeta japonés*. Boris Pasternak: *Año 1905*. Ramón del Valle Inclán: *Lazo de sangre*. Alfred Kantorowicz: *Cómo nace un libro en Madrid*.

CLARTE, número 26, noviembre 1938, París. *La paz de Munich*, por Gabriel Cudenet. *Europa después de Munich*, por Rudolf Breitscheid. *Hitler y el Báltico*, por Félix Cielens. *Carta de un demócrata alemán de Praga*, por el Dr. Sitte.

COMMUNE, número 63, noviembre 1938, París. Jean-Richard Bloch: *Respuesta de un pacífico a un llamado pacifista*. René Blech: *Paul Vaillant-Couturier, combatiente de la paz*. Rafael Alberti: *Fermín Galán*. Crónicas y críticas de Fouquet, Sadoul y Clauveline.

OPPORTUNITY, Journal of Negro Life, octubre 1938, New York.—*O Black But Comely Bard, Sing On*. Poema por James E. Dykes.—*Southern Circumstance*, por Manet Fowler.—*I Heard A Voice*. Poema por Alex R. Schmidt.

ruta, número 4, septiembre 1938, México.—*Pablo Neruda en el corazón*,

por Octavio Paz.—*Madame Curie y la terapéutica del cáncer*, por Ignacio Millán y M.—*Literatura guerrera del Chaco*, por Celestino Herrera Frimont.

IZQUIERDA, órgano del Magisterio guanajuatense, número 8, octubre 1938, Guanajuato.—*Tiranía y educación*, por J. Ramírez.—*Organización de los Institutos de mejoramiento profesional en el Estado de Guanajuato*.

FABULA, cuadernos de Literatura y Arte, septiembre-octubre 1938, La Plata.—Contiene principalmente poemas de Olivares Figueroa, Arsène y Yergath, Jean Poilvet; artículos sobre el arte abstracto de Alberto Sartoris y la crítica de *Para las criaturas sin ojos*, de José Luis Sánchez Trincado.

Es una revista que anda aún por las nubes... de 1921.

MEDIODIA, semanario popular de La Habana.—El número 88 publica: *Sobre los compromisos*, por Lenin.—*Relato de guerra*, de Theodor Balk.—*El saqueo de Nankin*, por John Maloney.—*Explico algunas cosas*, por Pablo Neruda.

COMISARIO, número 3, noviembre 1938, editado por el Comisario del Grupo de Ejércitos de la región Central.—Magnífico número dedicado a la defensa de Madrid, con excelentes acuarelas de Eduardo Vicente. Textos del excelentísimo Sr. Presidente de la República, General Miaja, Jesús Hernández, Francisco Antón, Coronel Casado, Osorio y Tafall, Romain Rolland, Luigi Gallo, André Marty, Pablo Bono.

Trabajos sobre la propaganda, las canciones, el arte, la prensa, la poesía, los héroes de la defensa de la capital.

Conmemoración del XXI aniversario de la U. R. S. R.

Todo ello en un esmerado trabajo tipográfico que puede servir de modelo.

LOS LIBROS

Pocos llegan a nuestra mesa. La lectura de las críticas que publican algunas Revistas nos hace añorar la falta de tiempo para leer el material acumulado. Por ellas sabemos que han aparecido recientemente algunas obras de indudable interés. Por ejemplo: *Méditations catastrophiques*, del gran amigo de España que nos visitó al comienzo de la guerra, Elie Faure, hoy desaparecido para siempre. *La*

culture et le peuple, de Máximo Gorki. *La France, histoire d'un peuple*, de André Ribard. No la historia de reyes y fechas, que es lo que tomamos siempre como historia de un país, sino la verdadera Historia: la del pueblo (¿quién cumplirá el deber de escribir la Historia del Pueblo Español?). *Géographie économique et sociale de la France*, de Pierre George, y, en fin, *La Defense accuse*, de Marcel Willard, dedicado a la actitud de los revolucionarios ante sus jueces. La reseña del sumario acrecienta su interés. Se compone de tres partes: 1.ª Los precursores Babeuf, Bianqui, los communards, Martv. 2.ª El proceso de Leipzig, dominado por la personalidad de Dimitrof, y 3.ª Discípulos y émulos de Dimitrof, alemanes, austriacos, polacos, españoles, japoneses, etcétera.

"Autodefensa—dice—no significa defensa de sí mismo, de su propia persona, sino, al contrario, defensa de su clase, de su causa, de su partido, por uno mismo..."

Esta cita que extraemos de la crítica hecha por V. Feldman en *Clarté* da medida del interés de la obra, en la que se establece el contraste entre la actitud de los revolucionarios y el derrumbamiento moral de los trotskistas condenados en Moscú.

De lectura directa no podemos hablar más que de tres pequeños libros de versos, que están inspirados en nuestra lucha: *Gestas leales*, de Alejandro Hidalgo, escrito al día por un camarada del Sindicato de la Hostelería, y, como dice Manuel Pérez Gómez en el prólogo, son "bellos en la forma y nobles en el fondo. ¿Qué más puede requerir una idea sana?" Son, además, directos. Escritos cada uno para un hecho concreto, le recogen con emocionado recuerdo lírico.

Desde allende el mar, nos llegan los otros dos libros. Uno de Chile: *Animo para siempre*, de Alberto Baeza Flores, y *Vitalidad para ser*, de Juan Arcos, ilustrado con dibujos y fotos de nuestra guerra y dedicado a Lina Odena, Paca Solano, Aida Lafuente, Fernando de Rosa y Andrés Martín. Tienen más vuelo poético, como permite la lejanía. Su evocación resuena grande, abierta, profunda, removiendo al lector.

Y por fin, el tercero, que llega de Buenos Aires, se llama *Palabras a España*, de José González Ledo. Unos cuantos romances conmovidos de dolor por la tragedia. Un bello gesto de solidaridad espiritual.

Cuando el número está ya preparado llegan:

Vicente Salas Viu, *Diario de guerra de un soldado*, Barcelona, Ediciones Ejército Popular.

Simone Tery, *Front de la liberté*, París, E. S. I.

Rudolf Leonhard, *Spanische gedichte und tagebuchblatter*, París, Editions Prométhée.

PRENSA

Recibimos:

Nueva República, órgano de la Juventud de Izquierda Republicana.

Tierra y Libertad, órgano de la Federación de grupos anarquistas de Cataluña.

Ejército Regular, órgano de la Octava División.

Labor, portavoz de la 111 Brigada mixta.

España, portavoz del Tercer Cuerpo de Ejército.

Hierro, de las fuerzas de enlace del Centro.

Pasaremos, órgano de la 11 División.

La Armada, órgano del Comisariado de la Flota.

Y los siguientes diarios:

Hoy, de La Habana; *Tierra*, de Bogotá, y *La Nueva España*, de Buenos Aires, que dedican interés preferente a nuestra lucha.

Merece destacarse un excelente artículo de nuestro amigo Córdova Turburu sobre las Internacionales, en el número 202 de este último periódico. Por el 212 nos enteramos de que la candidatura popular derrotó, por cerca de 10.000 votos contra 2.690, a los fascistas del Centro Gallego, incorporándose esta organización al servicio del Gobierno de la República.

Le Travail, de Ginebra. La actitud de León Nicole en sus editoriales y en el Parlamento puede servir de ejemplo para los líderes socialistas de otros países.

En una de sus últimas intervenciones propuso que se enviase el sobrante de leche de Suiza para los niños españoles. Fué rechazada su proposición "para mantener la neutralidad". Nicole destacó briosamente, calificándole como corresponde, este acuerdo, ¡Animo, camarada Nicole!

NOTAS

LAS CONFERENCIAS EN LA ALIANZA DE INTELLECTUALES.—Tomás Malonyay, pintor húngaro, siguiendo las interesantísimas conferencias que los intelectuales madrileños dictan semanalmente en la Alianza de Intelectuales, ha hablado sobre el Greco. No ha sido un estudio más sobre el Greco lo que nos ha ofrecido, sino una lección vivísima, haciéndonos seguir desde su trama y urdimbre la composición de un cuadro del cretense avecinado en Toledo, hasta ser obra maestra de la pintura española. Y no ha sido una fría y alejada disertación erudita desentendida de la palpitación española de hoy, mas por el contrario, haciéndola razón viva de esta conferencia, puesto que solamente por los esfuerzos de la Junta del Tesoro Artístico y de los hombres de ciencia y trabajadores que los secundan, ha sido posible conocer tanta intimidad en la pintura salvada de la destrucción de la guerra.

CUADERNOS DE MADRID se honrará publicando en todos sus números la marcha y anecdotario de esta salvación de la cultura española, donde se distingue por su trabajo fraternal Tomás Malonyay, pintor húngaro.

En diciembre hablaron también:

El día 9, Rosario del Olmo, sobre "El cuarto poder".

El 16, D. Leocadio Lobo (presbítero), sobre "La liturgia cristiana y el arte".

El 23, D. Tomás Ardid (coronel jefe de Ingenieros), sobre "Los ingenieros en la guerra".

Y el día 6 de enero lo hizo María Teresa León, sobre "Un teatro para la paz".

Estas conferencias, con la de Malonyay, constituyen la tercera serie, habiéndose oído en los ciclos anteriores el siguiente programa:

Miguel San Andrés, "Los intelectuales adictos al pueblo".—Rafael Alberti, "Homenaje a Federico García Lorca", representándose escenas de "Doña Rosita o el lenguaje de las flores", "Bodas de sangre" y estrenando "Amor de Don Perlimplín con Belisa en su

jardín". Los primeros papeles de esta obra fueron cubiertos por María Teresa León (Belisa) y Santiago Ontañón (Don Perlimplín).

Dr. José Estellés, "Los motivos sanitarios en la propaganda de guerra".

Jesús García Leoz, "Comentarios sobre la música de cámara española", con un excelente concierto de obras de P. Antonio Soler, Arriaga, Chapí, Del Campo, Blanco, Bacarisse y Leoz.

Dr. Plácido G. Duarte, "Cirugía del dolor".

José Sanchis Zabalza, "Conjeturas acerca de la orientación económica española en la postguerra".

Florentino Hernández Girbal, "Vida y gloria de Charlot", con proyección de alguno de sus mejores films.

Dr. Pérez Dueño, "El arte y la ciencia de la cirugía", con proyecciones y un film.

Gabriel Abreu, "Música española moderna de autores españoles y franceses", con un concierto al piano de obras de Severac, Debussy, Ravel, Falla, Albéniz y Esplá.

CINE-TEATRO-CLUB.—La Alianza de Intelectuales dará próximamente su primera sesión de Cine-Teatro-Club. Se propone dar a conocer en sus sesiones todas aquellas obras, tanto pasadas como actuales, que merezcan ser recordadas o dignas de ofrecerse a sus socios por sus valores literario, documental o artístico. Estas sesiones serán alternadas con conciertos de música de cámara.

El primer grupo de sesiones de cine tiene el siguiente programa:

La censura y los censores, comentarista José Luis Salado.

Documentales de la guerra española, comentarista Julio Angulo.

Trayectoria artística de Walt Disney, comentarista Luis Gómez Mesa.

Las películas de "cow-boys", comentarista F. Hernández Girbal.

Fritz Lang y "Los Nibelungos", comentarista Rafael Gil.

Los films de amor, comentarista Santiago Ontañón.

Buster Keaton y su arte, comentarista Pedro S. de Neyra.

Las primeras sesiones teatrales serán:

El enfermo de aprensión, de Molière. *El milagro de San Antonio*, de Maeterlinck. *De un momento a otro* (drama de una familia española), Rafael Alberti. *Doña Rosita soltera o El lenguaje de las flores*, Federico García Lorca. *El hombre y el loro*, de P. S. de Neyra, y *Lidio y Lidia* (siglo xv), Cardenal Bibiena.

En los meses de septiembre y octubre se verificó una exposición de estampas de Francisco Mateos y de esculturas de Yepes.

En esta exposición pronunció Santiago Ontañón la conferencia que publicamos en otro lugar.

La labor de la Alianza fué recogida en una bella exhibición inaugurada al comienzo del primer ciclo de conferencias. En varios bastidores había montajes fotográficos dando cuenta de las tareas realizadas, que podemos resumir así:

Organización en Madrid del II Congreso Internacional de Escritores.

CINEMA (por A. R. C.), 18 de julio en Madrid. Defensa en el campo. Defensa de Madrid. Guerra en el campo. Un año de guerra. Guerra en la nieve. Salvad la cosecha, por A. R. C. y R. Gil. La Mancha y el azafrán, 18 de julio 1936-38.

TEATRO DE ARTÉ Y PROPAGANDA. Temporada de 1937-38 en la Zarzuela. Obras presentadas: *Los titeres de Cachiporra*, de García Lorca. *La cacatúa verde*, de Schnitzler. *La tragedia optimista*, de Visniewski. *Numancia*, de Cervantes (arreglo de Alberti). *El bulo y El saboteador*, de Ontañón. *El dragoncillo*, de Calderón de la Barca. *Sombras de héroes*, de Bleiberg. *El agricultor de Chicago*, de Marc Twain. *El talego niño*, de Quiñones de Benavente. *Chateau Margaux*, de Jackson Veyan.

GUERRILLAS DEL TEATRO, por frentes, fábricas y clubs (119 representaciones), presentaron las siguientes obras: *Los miedosos valientes*, de Aparicio. *Un duelo*, de Chejov. *El vengador*, de

Ayora. *El dragoncillo*, de Calderón. *Café... sin azúcar*, de P. de la Fuente. *El saboteador*, de Ontañón. *Evadidos*, de P. de la Fuente. *Los salvadores de España*, de Alberti. *Radio Sevilla*, de Alberti, y *Cantata de los Héroes y la Fraternidad de los pueblos*, de Alberti, con partitura preparada exprofeso por Jesús G. Leoz.

Se inaugurará en la tercera conferencia del ciclo en curso, y en la sala de Exposiciones de la Alianza, una interesante muestra de las obras de Julio Antonio rescatadas de la metralla.

La Alianza de Intelectuales de la República Argentina escribe anunciando el éxito de las fiestas que en nombre de España realizan. Libros, colecciones, periódicos, representaciones teatrales, todo tiene el mismo inmediato fin y recuerdo.

CUADERNOS DE MADRID, con la Alianza y la Delegación de Propaganda, organizarán próximamente un acto radiado para América española, que se oirá en un gran acto que los intelectuales argentinos organizan.

Pablo Picasso ha entregado 200.000 francos para las necesidades de la España republicana. Pablo Picasso pintó su cuadro *Guernica* y dibujó *Vida de Franco*.

Pablo Picasso respondió al poeta italiano Marinetti, ante la tumba de Apollinaire, poeta francés, al tenderle aquél la mano: "¿Ha olvidado usted que nuestros dos países están en guerra?" Y le volvió la espalda.

Pablo Picasso no ha recibido nunca ningún homenaje, aliento, estímulo de su país cuando era Monarquía y, sin embargo, sigue sintiéndose español porque siente dentro de sí que ahora sí que es su patria España.

El Tercer Cuerpo de Ejército tiene una segura dirección cultural. Exponente de ella es la curiosa exposición permanente de trabajos de los solda-

dos que recorre las unidades, enriqueciéndose con las creaciones e inventos de los combatientes.

Dos concursos tiene abiertos en la actualidad, uno de cuentos y otro de portadas para su revista. El número de cuentos recibidos y su calidad son un asombroso caso de elevación del nivel cultural de nuestro Ejército.

La 111 Brigada ha formado una guerrilla. Se va sintiendo en estos grupos teatrales una ambición de selección en su repertorio. Ya no suelen encontrarse aquellos equivocados conjuntos que

seguían el mal teatro burgués con tanto entusiasmo. Ejemplo: La 111 Brigada ensaya *Los miedosos valientes*, farsa de guerra, del poeta Antonio Aparicio, y *El médico*, de Lope de Rueda.

El Dr. Madinaveitia ha muerto. Vino desde Francia a Barcelona porque pensó que era útil a la República. Fué una lección de dignidad para muchos hombres fuertes que aún vacilan en la tercera España a caballo en las posibilidades.

NOTA IMPORTANTE

Las enormes dificultades que hay que vencer hoy para dar cima en Madrid a la impresión de una revista como la que tienes en tus manos, lector, obligan a cerrar la admisión de originales con anterioridad de un mes a la fecha de salida.

Sirva esto de explicación para los datos que puedan haber quedado retrasados.

Rivadeneira, S. A.—Paseo de San Vicente, 28.—Madrid.

